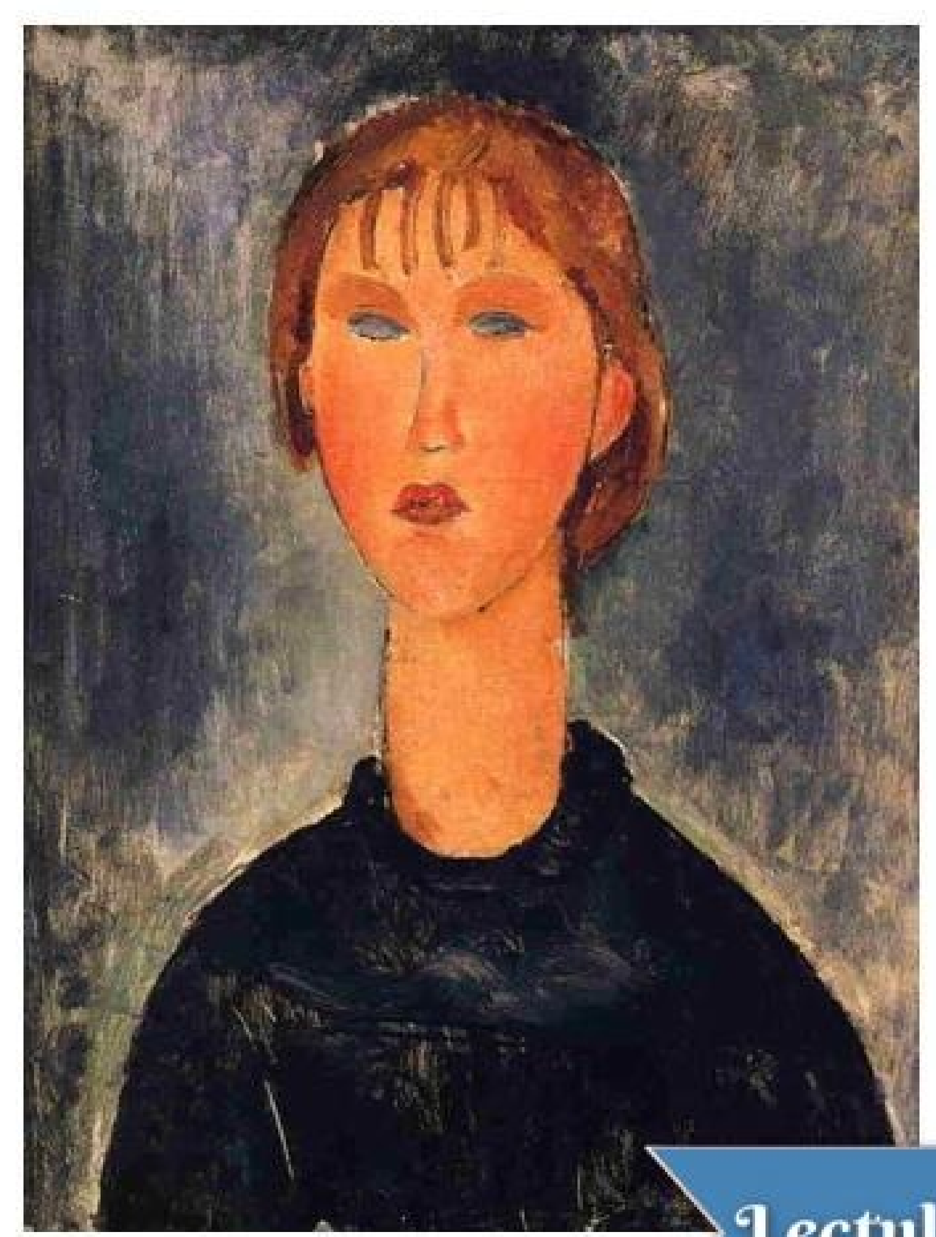
Wenceslao Fernández Flórez

Volvoreta



Federica, llamada Volvoreta («mariposa»), entra a trabajar en la casa de los Abelenda. Sergio, el hijo de la señora, pronto se enamorará de la muchacha, con quien pronto comienza a verse a escondidas.

Aunque el tema no es demasiado original, la novela es más que notable por la belleza y opulencia en las descripciones, el lirismo que envuelve de manera cuasi mágica las descripciones del paisaje rural y campesinado gallego, la viveza y realismo de los frescos diálogos, a los cuales Fernández Flórez impregna del hablar de la zona, y el tono agridulce y melancólico, con sutiles roces humorísticos en algunos personajes.

Lectulandia

Wenceslao Fernández Flórez

Volvoreta

ePub r1.0
Sibelius 19.03.14

Wenceslao Fernández Flórez, 1917
Según la edición de Biblioteca Básica Salvat RTV, n.º 78, 1970.
Prólogo de José Manuel Alonso Ibarrola

Editor digital: Sibelius
ePub base r1.0

Prólogo

El 29 de abril de 1964 fallecía, en el número 12 de la madrileña calle de Alberto Aguilera, Wenceslao Fernández Flórez. Días más tarde el diario *ABC*, glosando la figura y la obra del desaparecido, desvelaba uno de los «misterios» que más celosamente guardó en vida el escritor: su edad. Tenía a la sazón 79 años. No los confesó en vida ni a los más indiscretos periodistas que impertérritamente le entrevistaban, buscando muchas veces en él la entrevista brillante. Pero Wenceslao Fernández Flórez, discreto, sencillo y comedido, no contaba cosas «graciosas», porque el escritor fue siempre un hombre serio, elegante en el decir, que guardaba su humor para las cuartillas. Tampoco aceptaba contestar —ni quería— a la cuestión de por qué no se había casado. Su mejor respuesta fue su muerte, porque prácticamente había sobrevenido dos años antes, al fallecer su madre, viuda prematura y con la que convivió siempre, tanto en Galicia como en Madrid.

En la capital de España había vivido casi medio siglo de su existencia. Al fallecer, Fernández Flórez vio cumplido uno de sus más fervientes deseos: volver a su tierra querida, a su Galicia natal… En La Coruña descansan ahora sus restos mortales.

Su madre y Galicia: las dos grandes pasiones del autor de *Volvoreta*. Y junto a ellas otra pasión, vocación, mejor dicho: la literatura. La dilatada existencia de Fernández Flórez está rubricada, colmada por una producción literaria muy estimable, a la que alguna vez han acudido los cineastas para realizar sus películas: *Huella de luz*, *Los que no fuimos a la guerra*… son filmes, con más o menos fortuna, basados en obras suyas del mismo título. Y también por la pequeña pantalla se dio, hace unos años, *El malvado Carabel*. Hoy día quizás se hallen un tanto olvidadas sus obras, pero los grandes escritores son aquellos que saben resistir el transcurso del tiempo, y a la obra de Wenceslao le falta todavía el tiempo necesario para afrontar la prueba y disponer de la necesaria perspectiva histórica. Téngase presente, además, que Wenceslao fue —lo es también ahora— un escritor «comprometido», políticamente hablando, dentro de determinada situación que rige y perdura todavía. Y su compromiso —que desarrolló tanto en su faceta de escritor como en la de periodista— está ahí, en sus libros, en sus artículos, en el recuerdo de una mayoría; lo que motiva, obviamente, la falta de juicios objetivos, que precisan ante todo olvidar por un momento al periodista que honestamente —según su libre entender y criterio — defendió sus ideas en determinada época de la vida política española. Cuando hayan transcurrido más años y los críticos afronten, sin prejuicios de ninguna clase, su producción literaria, quizás nos demos cuenta del valor que demostró este gallego denunciando a la sociedad burguesa española de su tiempo, para descubrir su fariseísmo, su hipocresía, su falsa moral…

Volvoreta, a pesar de ser una de sus primeras obras, no escapa a estas

consideraciones. En la copiosa producción literaria, *Volvoreta* destaca, no como la mejor ni la más humorística, sino como una de las más entrañables. Fernández Flórez, como todos los escritores, se vio sometido al encasillamiento, y como «escritor humorista» ha sido encasillado. Esto le dolía sobremanera, y con razón. Cierto que en su producción hay obras de humor muy características, escritas en una segunda época de su vida, pero también es cierto que obras como *El bosque animado* —su obra particularmente preferida—, y la misma *Volvoreta*, poco tienen que ver con el humor.

El mismo autor, en el prólogo a sus *Tragedias de la vida vulgar*, se reconoce «víctima de una extraña tragedia» al verse encasillado bajo el rótulo de «humorista», pero reconoce que esto no es lo peor, sino «la interpretación que da el vulgo a la palabra "humorista"». Resulta ineludible citar estas líneas, miles de veces reproducidas: «El humorista no es un *clown*. El humorista es un hombre perfectamente serio, que trata con toda seriedad asuntos serios…», las cuales encuentran su continuación, con la más alta expresión de su ideario, en el discurso que leyó ante la Real Academia Española el día de su recepción en la misma, el 16 de mayo de 1945. En él expuso toda su teorética sobre el humor, con definiciones que han pasado definitivamente a la historia de la literatura española: «El humor es sencillamente una posición ante la vida»; «el humor tiene la elegancia de no gritar nunca y también la de no prorrumpir en ayes. Pone siempre un velo ante su dolor. Miráis sus ojos y están húmedos, pero, mientras, sonríen sus labios…»

No digo nada nuevo al afirmar que el realismo y naturalismo, que tan en boga estuvieron a finales del siglo pasado y principios del actual, influyeron en el autor. El mismo lo ha confesado repetidas veces, y admitió que *La procesión de los días*, *Volvoreta* y *Ha entrado un ladrón* bien podrían ser registradas en aquella escuela. Se trata de sus tres primeras obras, citadas por orden cronológico. Luego su producción se libraría de aquellas influencias para hacerse más intencionada, a través de un humor incisivo, elegante y de gran calidad literaria. De todas maneras, la «Carta al ilustre doctor Fiaño», que antecede a la obra, indica que el autor no aceptaba en su totalidad las directrices literarias de aquel entonces, que anteponían a toda obra artística la «tesis», la famosa «tesis», madre de innumerables esperpentos artísticos que Wenceslao se negaba a implantar y sostener en su obra.

En *Volvoreta* no hay, ciertamente, «tesis» alguna. Es un canto al primer amor, a los sentimientos juveniles, a las primeras desilusiones que nos da la vida, a la tierra que nos ve nacer y nos forma, conforma y predispone para el resto de nuestros días… *Volvoreta* no es totalmente ajena a la propia biografía del autor. Y narrar sucintamente ésta supone hallar la clave de la gestación de la obra.

Como tantos otros, Wenceslao Fernández Flórez comenzó a escribir, desde muy temprana edad, versos que enviaba al diario coruñés *La Mañana*, cuyo director no

concebía cómo aquel tímido muchacho de quince años podía producir tales cosas, dada su calidad contrastada. La prematura desaparición de su padre obligó a Wenceslao a sacar provecho material de su afición y predisposición literarias. Pero, como de versos no se vive, comenzó a trabajar como redactor en el *Diario de La Coruña*. A pesar de su escasa afición por la noticia, supo imponerse en su trabajo. Se cuenta una anécdota de esta época, muy característica, que su mismo protagonista ha admitido como verídica y que refleja el carácter del autor: Ardía una serrería en el paraje denominado La Gaitera y su dueño se desesperaba y lamentaba. Encargado de llevar a cabo la crónica del suceso, Wenceslao se presentó en el lugar, y regresó más tarde a la redacción sin haber escrito una sola línea. «¿Cómo iba yo —se excusó ante su director— a preguntar, a un hombre que permanecía allí con cara desolada, la cuantía de las pérdidas, el seguro, las impresiones…? Aquel hombre no estaba para nada. Y o no hubiera hecho más que molestarle…»

Aunque parezca mentira, el director se mostró comprensivo y no le despidió. Es más, en 1908 se traslada a El Ferrol para hacerse cargo del *Diario Ferrolano*, que disponía ya del «telégrafo sin hilos», nada menos. Wenceslao Fernández Flórez adquiere más «oficio» y sigue escribiendo, ahora cuentos cortos. Al cabo del año y unos meses retorna a La Coruña e ingresa como colaborador en un diario de ambiciones intelectuales: *Noroeste*. Pero Wenceslao Fernández Flórez, como cualquier ambicioso muchacho de provincias, comprende que, si quiere dar rienda suelta a su vocación, ha de irse a Madrid… Y con gran dolor de su corazón y veinticinco años de edad, Wenceslao Fernández Flórez inicia su particular conquista de la capital de España, no como periodista, sino como funcionario de Aduanas, aunque también cuenta con la colaboración fija en *Noroeste* y las páginas abiertas de *La Esfera* y *Diario Gráfico* de Barcelona. En su maleta guarda celosamente una novela, *La procesión de los días*, y en su mente *Volvoreta*. El gran dolor que le causa el adiós a su querida tierra quiere reflejarlo en una obra… Será *Volvoreta*, que se llevará el premio del Círculo de Bellas Artes, por decisión de un jurado de prestigio: la condesa de Pardo Bazán, don José Ortega y Gasset y don Ramón Pérez de Ayala. Para Wenceslao, supone el espaldarazo, el empujón definitivo en su carrera literaria. Por otra parte, su fracaso como funcionario de Aduanas ha sido brillantemente superado con la prometedora carrera periodística que ha iniciado en el diario *ABC* y que hallará brillante culminación en sus crónicas parlamentarias, publicadas con el título de *Acotaciones de un oyente*.

Volvoreta, con el transcurso de los años, ha conocido más de treinta ediciones en lengua castellana. No es la mejor novela del autor, pero sí una de las más entrañables, sinceras y sentidas. En *Volvoreta* están ya anticipadas sus cualidades descriptivas, que años más tarde encontrarán su máxima expresión en *El bosque animado*. En la obra, además de su declarado amor por la tierra, hay poesía, humor, penetración

psicológica… En Sergio, el protagonista, depositó el autor muchos de sus sentimientos personales y experiencias profesionales. Del tímido Sergio, que sufre las bromas de sus conciudadanos, a Wenceslao Fernández Flórez, que se siente incapaz de escribir una nota de sucesos, no media distancia alguna. Y ese primer amor —que siempre es «grande»— de Sergio traerá a muchos el recuerdo de similar experiencia sentimental. Siempre hay en la vida una «mariposa» («volvoreta») de ojos verdes y corazón frío…

JOSÉ MANUEL ALONSO IBARROLA

CARTA AL ILUSTRE DOCTOR FIAÑO

Cuando terminé de corregir las pruebas de este libro, amado y culto doctor Fiaño, en ese angustioso momento que precede a la aparición de una obra propia ante el público, pensé en ti con terror, con un terror hondo y repentino. Súbitamente vi tus grandes bigotes caídos, tu cráneo calvo, tus ojos menudos, en los que luce toda la sabiduría de un doctorado de Filosofía y Letras; te vi detrás de la ventana del Casino y en la tribuna del Ateneo, bajo la terrible oleografía de nuestro señor rey, esa oleografía azul, amarilla y roja —irrespetuosamente maculada por todas las moscas de avanzadas ideas que han tenido el honor de volar en ese sabio ambiente de quince años a esta fecha—, hacia la que tú has extendido fervorosamente tu mano pidiendo un *viva* siempre que al final de tus discursos te ha faltado la inspiración.

Cuando leas esta novela, ¿qué gesto será el tuyo, eminente crítico?… Yo lo sé. Yo sé que con este puñado de cuartillas te voy a producir un lamentable disgusto. Al llegar al final, tú arrojarás el volumen con desaliento; tú harás un gesto de tristeza, que será corregido por un gesto de desdén.

Habrás descubierto que esta novela no tiene tesis.

No tiene tesis, ¡ay de mí!, es verdad. ¿Qué viene, entonces, a hacer al mundo?… ¡Dios mío, no lo sé!… Yo bien comprendí que mi deber sería enriquecer la moral del lector con una máxima, o su experiencia con un relato instructivo. Yo no puedo ni aun alegar ignorancia de mis obligaciones. He leído muchos libros en los que los hombres más profundos practicaban esa conducta ejemplar. En unos se convencía a las gentes de que el amor de un anciano a una joven es fuente de desgracia; en otros nos advertían los peligros de querer a una mujer morena y voluptuosa; tal novela me enseñó que el ideal huye delante de nosotros; alguna me instruyó acerca de la crueldad de enamorar a una doncellita provinciana cuando uno está de paso por el pueblo. He visto muchos dramas en los que la fatalidad desanudaba las corbatas de los personajes por esa extraña relación que la tragedia guarda siempre con las corbatas de los cómicos. Todo esto templa el espíritu, es elevado, es educador. Sin duda, las moralejas de los libros van delante de la Humanidad, guiándola por el camino del bien y de la ética, escrupulosa, y es triste pecado de frivolidad haber escrito estas páginas sin que de ellas pueda salir al final, como de una cajita de sorpresa, un apotegma más que se agarre a las riendas del alma y la separe del sendero del mal, por el que han ido tantos estudiantes enamorados de tantas modistas.

No supe, formidable Fiaño, no supe. Cogí, para hacer la novela, el espejo aquel de la frase de Saint-Real que tomó por lema Enrique Beyle, el que amó la sencillez tanto como yo la amo, y lo paseé, como él quería, a lo largo de un trozo de camino. Nunca copió mi espejo más que la misma vida, y al rebuscar en ella no encontré el sistemático triunfo de una idea, ni el de la acción moral, ni el de la acción impura.

Hace tiempo que ha muerto aquella cruel Fatalidad, que pasaba lentamente, con sus ojos inmóviles y sin luz, como los de una estatua, a lo largo de las viejas fábulas. Los hombres la vemos apenas como una sombra alta y negra en los horizontes de la antigüedad. Tras ella hicimos surgir otros fantasmas: el del Destino moral. Y el Destino moral pasó por nuestras novelas también rígido, también inconmovible, llevando en una mano el premio y en la otra el castigo, para repartirlos con una severa equidad…

Pasó… Yo no alcancé a verlo en los caminos de la Vida, considerable Fiaño. En las novelas que va tejiendo esa Vida, muy pocas veces se preocupa de escribir moraleja. Las mejores páginas son las que ella sabe trazar, y, sin embargo, ¡cuánta sería tu indignación, erudito Fiaño, si un osado escritor recogiese en algún libro alguna de esas novelas!… ¿Te acuerdas de Martín?… Martín era joven, era amable, tenía una existencia lógica y feliz. Un día jugó su partida de tresillo en el Club, comentó las murmuraciones de momento, te dio una palmadita en la espalda y se marchó a dormir. Fue a dormir naturalmente, tranquilamente. Había de madrugar para despedir a su novia, que iba a un balneario.

Martín se acostó tarareando una mazurca, desprendió los tirantes de los pantalones con una habitual sencillez… Al día siguiente os enterasteis, con sorpresa, de que Martín había muerto de una inesperada manera repentina. Algo se le había roto en el corazón. Medita, Fiaño, ¡qué absurda manera de terminar el libro! El protagonista ha jugado a las cartas, tiene una novia que va a emprender un viaje, no hay asomo de tragedia, todo circula por un cauce suave y normal. De pronto, la novela termina: el hombre hizo una contorsión entre las sábanas y murió estúpidamente. La vida es así, y en la vida, sin embargo, todo puede ser una novela.

Quizá, austero Fiaño, en el rostro de alguno de los personajes que van a destilar ante ti creas advertir rasgos conocidos de seres reales. Entonces te indignarás. En mi descargo, yo te suplico que recuerdes aquellas palabras de Beyle, mi consejero:

—¿Cómo se ha atrevido usted a decir tal cosa? Ha pintado usted a lo vivo a Fulano o a Fulana: eso es indiscreto, poco delicado, terrible.

Los interpelados sonríen. ¿Qué es lo que han tomado ellos de esas personas? Su superficie de muñecos moviéndose en el aire, mientras que ellos mismos, dando vida: a esos muñecos, nos han revelado otras cosas. En su ficción nos dejan ver que han sido los amantes, los amigos cobardes o atrevidos de los personajes que han creado en su novela. Han vivido la vida de todos en una ubicuidad mortífera; han sembrado, en cada uno de los trastornos, los cariños, los errores, las bellezas, las sequedades, las desesperaciones, los sufrimientos, las alegrías que su personaje, diversificándose, ha imaginado sentir. Y todo esto lo ha exagerado o atenuado según el capricho de su fantasía.

Lo que mi espejo copió, aquí está: una brizna de dolor, una brizna de ironía, una

sonrisa y algunos de esos episodios que todos pueden vivir. Si no existieses tú, inmenso Fiaño, yo estaría contento, con la ilusión de haber hecho una labor sencilla y clara. Pero el terrible gesto desdeñoso que adivino bajo tus bigotes me preocupa y me amedrenta.

Fiaño, comparezco ante ti con una novela sin tesis… ¡Perdón, Fiaño!

W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

I

Erguida en el umbral, doña Rosa Abelenda clavaba el mirar agudo de sus ojos en la rapaza, recogida en una modesta actitud.

—¿Quién te mandó venir?

—Mandóme la señora de la Cruz del Souto.

—¿Serviste tú a la señora de la Cruz del Souto?

—Serví en casa de su hermana, en la ciudad, hay dos años por San Martín.

—¿Y qué sabes hacer?

La moza balanceó el hatillo que llevaba colgante en la diestra. Miró al ama serenamente:

—Sé hacer lo que manden. Pero en la tierra no puedo trabajar; me enferma. Por eso me puse a servir. La señora del Souto me dijo que aquí se necesitaba una muchacha para la labor casera nada más.

Doña Rosa aclaró:

—Pero tendrás que lavar y tendrás que cuidar de la comida del ganado.

—Bien está, sí, señora.

—Y te daré doce reales al mes y un traje para la fiesta.

—En la ciudad ganaba más.

—Pero esto no es la ciudad. Tú dirás si te conviene.

—Bien está, sí, señora.

—Entonces, entra; te voy a enseñar tu habitación.

La moza entró. En la mitad del pasillo inquirió doña Rosa, sin detenerse.

—¿Cómo te llamas?

—Federica.

—¿Federica?… Ese no es un nombre de criada.

Y se volvió para mirar recelosamente el aspecto poco rústico de la moza, en la que la sencilla blusa blanca y la negra saya y los cabellos rizados junto a las sienes delataban un leve refinamiento ciudadano. Doña Rosa observó con cierto disgusto que los zapatos de la muchacha tenían alto el tacón y que llevaba al aire la rubia cabeza, sin el habitual abrigo del pañuelo de seda atado bajo el mentón, con el que doña Rosa había visto, sin excepción alguna, a toda cuanta criada llamó a sus puertas en busca de jornal.

Federica soportó el examen moviendo un brazo en aquel vaivén que imprimía al hatijo, y que era en ella la expresión de un ligero azoramiento. Explicó, sonriente:

—En mi tierra me llamaban también Volvoreta.

—¿Por qué te llamaban Volvoreta?

—No sé.

Tampoco se mostró doña Rosa muy satisfecha del poético apodo: *Mariposa…*

¡Hum!… Más bien creía ella descubrir en el remoquete condiciones de travesura y de holganza, de vano ir y venir, de ligereza, que mal se acomodarían al cumplimiento de 1os deberes de trabajo; siguió andando y gruñó:

—Más valía que te llamasen Pepa o Manuela, como se suelen nombrar las muchachas humildes. Las mejores criadas que yo tuve se llamaron así.

Subieron unos crujientes escalones. En el último piso, en un cuarto formado por tabiques de madera, sin cal y sin papel, y cuyo techo en declive se juntaba al suelo en una tenebrosa angostura, estaba la alcoba de la sirvienta: el catre de lona, y sobre él, el jergón de secas hojas de maíz, que mostraba su contenido en las dos aberturas por las que habían de entrar a diario las manos que hubiesen de mullido. Una estampa de Santiago el Mayor, tieso en su cabalgadura, que atropellaba a unos pobres moros despavoridos, era todo el adorno de la pared. El viento marino pasaba, estremeciendo una alta ventana casi horizontal, por cuyas uniones hacía entrar, en los días de lluvia, algunas gotas de agua. Y aquella ventana inundaba la estancia de una luz a la que hacía dorada el dorado tono de las desnudas tablas de castaño de la pared.

La casa estaba en medio de la gándara, verde y riente. Había sido construida con pretensiones de chalet, con arreglo a un gusto poco común, sin la pesada abundancia de granito que las lluvias frecuentes aconsejan en el país galiciano, con balcones de madera pintada bajo tejados puntiagudos y de salientes aleros. Parecía una casa arrancada de un cromo holandés. Seguramente fuera construida para recreo de veraneantes, y, en algún tiempo, todos los terrenos que la rodeaban habían sido jardín. Aun ahora, frente a la entrada principal, se conservaban unos macizos con camelios y rosales pobres; la hierba, que antes bordaba cenefas en sus orillas, había aprovechado la ausencia de jardineros para invadir la tierra y sólo sucumbía en el centro de los caminos, donde las pisadas frecuentes la extirpaban. Las tenaces matas de alhelíes se habían salvado de aquella catástrofe y sobresalían multiplicadas, entre la hierba, con su tono más apagado. Y, en primavera, todo su aroma delicioso invadía la vieja casa y el viejo jardín, y pasaba a la carretera —entoldada de olmos gigantescos— sobre la verja de barrotes aguzados, rota en tantos sitios y que mal zurcía la hiedra. Un mirto, en algún tiempo recortado en forma de cono, crecía ahora libremente; el antiguo estanque se había ido llenando poco a poco de tierra, y sólo su borde de cemento, cubierto de musgo, sobresalía del nivel del jardín. El angelote mofletudo que soplaba el surtidor a lo alto por un caracol, yacía, con una pierna encogida, como si le doliese aún el quebranto de la otra. Al lado opuesto del edificio extendíanse los campos de labranza, repentinamente cortados por un bosque. Más allá estaba el mar tranquilo de la ría, y los árboles bajaban de la gándara casi hasta la misma orilla y se detenían allí, como gigantes que vacilasen ante un vado.

En su interior la casa perdía aquel exotismo de sus fachadas; pero guardaba en sus muebles y en sus paredes una estrecha relación de ancianidad con lo externo. En las

alcobas, las camas de hierro habían perdido en parte su barniz; no todas las sillas poseían íntegros sus travesaños; las oscuras maderas de los pisos estaban en el centro de los corredores y en torno a los muebles de colocación inmutable, desgastadas, hasta quedar sus nudos en relieve, y el retrato del señor Abelenda —jefe de la familia, cuyos huesos estaban ya, seguramente, mondos en el campo santo de la ciudad— difícilmente podía conservar el grave prestigio, que le daban su condición de jefe y de difunto y la severa toga y el austero birrete de abogado con que el lápiz del dibujante se había complacido en representarle, dentro del marco, cuyos dorados se descascarillaban lamentablemente. Rafaela, la vieja fámula que había sido acicalada doncella al servicio de la señora de la casa de la ciudad en los primeros años del matrimonio, la mocita traída por doña Rosa de su solar como azafata, y por ella pulida y educada hasta en los más pequeños ademanes que convienen a una doncella de casa señorial, solía detenerse frecuentemente ante este retrato, con las manos bajo el mandil azul, reposando sobre el vientre, para considerar con honda tristeza:

—¡Ay, si el difuntiño viese estas cosas…!

Lo primero que el *difuntiño* desconocería, probablemente, sería a la propia Rafaela. En la ruina de las casas, los criados son siempre los que, aun a su pesar, revelan claramente, milímetro a milímetro, la velocidad de la caída. Los señores saben, con frecuencia, guardar un gesto de disimulo y un traje cuidadosamente repasado y teñido; los criados, con menos vanidad que defender, se entregan antes a los arañazos de la suerte, así como un vendaval arranca primero todas las hojas secas de un árbol, y aun sus débiles ramas, antes de romperlo. Cuando el señor Abelenda murió y se perdió el pleito contra sus hermanos, y se fue a pique su pesquero *Rosita* en los bajos de la Lobeira —cuatro años seguidos de malaventuras—, la viuda se refugió en aquella casa de la gándara, que era toda su riqueza, y después de unos meses de desorientación y de anonadamiento, se dedicó, con aquella gran decisión de espíritu, con aquella fuerte voluntad que constituía el fondo de su carácter, a explotar por sí misma las escasas tierras anexas a la finca, y que, dadas en arrendamiento, producían apenas para tapar las goteras del chalet. Licenció a sus terratenientes, y era ella la que discutía el precio del pino cortado y el del ferrado del trigo, y la que alguna noche aparecía en el umbral de la amplia cocina, ordenando:

—Que se acueste Chinto en seguida, que mañana hay que ir temprano con los terneros a la feria del Quince.

Siguiendo la evolución, Rafaela, la doncella meticulosa que había ido envejeciendo junto al ama, abandonó poco a poco el negro vestido y el menudo delantal de encajes, y fueron entrando en sus baúles y acumulándose en los clavos de la pared de su alcoba los rojos refajos, los pañuelos de lana y las chambras de franela; engordó lentamente, se tostó su faz y fue cubriéndose de arrugas; desdeñó las tenacillas para peinar sus cabellos, muy estirados hacia atrás, y ató el cabo finísimo

de su trenza con cintas de algodón; finalmente, olvidó el castellano. De la cámara de la señora pasó a la cocina; ella hacía el condumio de los jornaleros y empuñaba alguna vez la azada o volvía del campo oculta bajo un enorme y verde haz de hierba, y, despertando atávicamente el cariño a los animales provechosos, común a los labriegos de que descendía, jamás nombraba a la vaca, ni al cerdo, ni a las gallinas, sin aplicarles uno de los diminutivos cariñosos en que es tan pródiga la lengua gallega:

—¿Diste de comer a la vaquiña, hom?

O bien:

—Mañana hay que matar el cerdiño pequeño.

Y era un poco cómico ver cómo ella misma ayudaba a sujetar al puerco sobre el banco de la matanza y le dirigía tiernas expresiones mientras el animal lanzaba sus berridos agónicos.

Al servir la cena, Federica curioseó con disimulo el grupo familiar. Isabel, la primogénita, delgada y alta, con el rostro alargado, lo mismo que su madre, y la misma contracción de voluntad en su boca; pálida, a pesar de su vida campestre; perdidas las redondeces de las formas en el frío de sus treinta años de soltera, cumplidos ya. Sergio —al otro lado de doña Rosa, en la mesa de albo mantel—, menudo, enmarañado el pelo, naciente apenas el bozo de su boca un poco sensual. Cuando los dos hermanos la miraron, Federica bajó los ojos, recogió la fuente vacía y se marchó.

—¿Es la nueva criada? —inquirió Isabel.

—Es. ¿Qué te parece?

Isabel contestó a su madre con un mohín:

—Bien. Los primeros días todas parecen bien.

Y se sirvió agua, tocando antes con el índice y el pulgar en cruz el borde de la jarra y de la copa, rápidamente. Era uno de los que pudiéramos llamar en ella *tics* de misticismo. Sin ser de exaltada devoción, más bien fría cumplidora de sus deberes religiosos, estaba poseída y esclavizada por cien preocupaciones de una extravagancia inverosímil. Antes de coger un objeto había de tocarlo con sus dedos en cruz; suponía que su mano y su pie izquierdos tenían funesta influencia en sus contactos con las cosas; había dentro de ella una voz misteriosa que le hacía las más absurdas amenazas. Le decía, por ejemplo, esa voz, yendo ella por los campos:

—Debes cambiar de vereda e ir hasta aquel pino alto que hay cerca del trigal.

Y aunque llevase prisa y el camino que le designaba la voz la obligase a un rodeo, iba y tocaba el árbol con sus dedos en cruz; y seguía después, satisfecha. Otras veces se le ocurría pensar, al sonar una hora en el reloj de la casa: «Debo rezar una salve para que en esta hora no muera mamá.»

Y rezaba, y a la hora siguiente volvía a ocurrírsele el mismo temor, y aquella

salve la rezaba ya siempre que el timbre del reloj abría una nueva hora. Era, en verdad, una esclavitud, que se le hacía muchas veces acongojante. En ocasiones había intentado resistirse a esa tiranía; pero quedaba tan sobresaltada y medrosa, tan desasosegada por la certeza de que había de ocurrirla algún mal, que prefería obedecer al impulso neurótico.

Terminada la cena de los amos, Federica ocupó su puesto en la gran mesa de blanco pino, cerca del hogar, en la amplísima cocina de la casa. Rafaela le señaló un lugar, bajo la lámpara de petróleo colgada en la pared. Rafaela era el ama de aquel recinto. Colorada por el fuego, iba y venía distribuyendo el caldo sabroso y el pan dorado de maíz. Sólo Chinto no comía en la mesa. Falto de costumbre, apenas rebosaban en su cuenco las verdes coles tronzadas en menudos pedazos, y humeaba entre ellas el caldo en que las costillas del cerdo habían dejado pequeños discos de grasa, Chinto, el mozo de labor, alargaba, para cogerlo, sus anchas manos recias, deformadas por el rudo trabajo, negras por la tierra, con cicatrices de cortes de hoz, grandes, de dura piel callosa, y apartaba su taburete de la mesa y se encorvaba sobre la taza, izando el contenido hasta la boca con su fuerte cuchara de boj. Cuchara de boj: Chinto no concebía que se pudiese comer el caldo con una cuchara de metal. Ningún sibarita puso jamás en el saboreo de manjar alguno la delectación con que el labriego engullía el clásico alimento, hasta limpiar con sus labios endurecidos la harina de la deshecha patata que se adhería al boj; en los días señalados, cuando bajaba el vino a la cocina, Chinto vertía una parte de su ración en el cuenco de barro esmaltado para limpiarlo con él, y lo bebía tras de agitar la taza lentamente.

—¡Por eso… —alababa— no hay casa de rico en la gándara donde se tome el caldo como en la casa de Abelenda! ¡Así Dios me salve!

Federica comió calladamente, oyendo la charla de los jornaleros, que despertaba en ella el recuerdo de las charlas en torno al hogar, en su casita de Dumbría, entre los pinares abundantes, que llenaban montes y montes. Desde la pared, la lámpara daba luminosidad de halo a sus rubios cabellos. Después, poco a poco, dejó de escuchar, porque su alma marchó tras el recuerdo. Doña Rosa apareció bruscamente en lo sumo de la breve escalera que daba acceso a la cocina. Se destacaba sobre el negro vano.

—Chinto, puedes cerrar. Buenas noches a todos.

—Buenas noches nos dé Dios —contestó el coro de voces. Y los zuecos claveteados de Chinto resonaron, arrastrándose por el cemento. Los jornaleros marcháronse tras él. Rafaela fregoteaba, envuelta en un mandil de arpillera. Menguaba la llama en el quinqué. La vieja servidora advirtió a Federica:

—Puedes irte a acostar.

Y la moza se puso en pie.

—¿Quiere que la ayude?

—No; vete a acostar.

Se oyó en toda la casa el chirrido del pasador de hierro, que Chinto corría en la recia puerta. Federica deseó, humildemente:

—¡Descansar!…

Aún le avisó Rafaela, sacando del barreño un brazo humeante:

—Si tienes miedo por la noche, llamas a la pared. Yo duermo al lado.

La moza sonrió.

—Nunca tengo miedo.

Y subió a su alcoba y se acostó. Vio lucir una estrella sobre su cabeza al través del amplio tragaluz; después vio cómo una nube la tapaba; luego sintió el rumor de los árboles, y oyó correr, empujada por el viento, una arenita por el cinc del tejado. En el crujiente jergón de hojas su cuerpo hizo pronto un hueco profundo. Y todas esas cosas: la estrellita lejana, y la arena, y el remoto rumor, y la sensación de estar hundida blandamente, la llenaron de dulce pereza y estiró su cuerpo entre el alboroto de las hojas, y sonrió pensando:

«En invierno se debe de dormir muy bien aquí.».

II

En las tardes serenas Sergio bajaba a estudiar al viejo jardín. Más que a estudiar, a dejar correr su alma, libre de fiscalizaciones que leyesen la distracción de sus ojos fijos en las páginas. Doña Rosa se había obstinado en que Sergio fuese bachiller. Se abrió luego un paréntesis duradero de vacilaciones y de dudas respecto a su porvenir. Doña Rosa hubiera querido hacerle abogado, para que la toga y el birrete tuviesen en la familia otra representación más eficaz que en el retrato del difunto; pero ni aun con grandes esfuerzos podría sostenerse el largo derroche de una estancia en Santiago. Un día, al fin, don Miguel, el cura de Santa María de la Gándara, al volver de un viaje a la ciudad, se detuvo en la quinta para ofrecer a doña Rosa la solución del porvenir del pequeño Abelenda. Desplegó un ejemplar de la *Gaceta* y leyó una convocatoria para cubrir buen número de plazas del Cuerpo de Correos.

—Un porvenir, doña Rosa, un porvenir. Esto es cosa que está naciendo aún, y puede hacerse carrera. Y nada de gastos, ¿sabe? Se le compran los libros y que estudie en casita, ¡caramba!, que algo ha de hacer.

Doña Rosa torció un poco el gesto. Y aquello, ¿qué era?… Verdaderamente, don Miguel no debía olvidar que los Abelendas eran gentes de distinción, que habían tenido siempre profesiones brillantes. Mal estaban los tiempos; pero también… convertir en cartero a un Abelenda… Quizá valiese más esperar, con la ayuda de Dios.

Mas don Miguel protestó, indignado. ¿Cómo cartero?… Entonces su señora doña Rosa no tenía ni la más remota idea de lo que se trataba. Eran plazas de oficial, de o-fi-cial de Correos. Los hijos del coronel Varela se estaban preparando ya, y un sobrino del fiscal de la Audiencia, con ellos. Mucho señorío.

—No; no es cosa trivial.

Argumentó aún, como para derrotar todo escrúpulo:

—Además, tienen uniforme con espadín. Y digo yo que un hombre que lleva un espadín lleva un diploma. ¿No es esto?

Doña Rosa meditó:

—¿Llevan espadín?

—Llevan espadín, doña Rosa. Me consta.

La madre se dejó vencer. Como pariente del coronel, el cura comprometióse a suministrar más amplios detalles y traer de la ciudad los libros precisos; más aún: él ayudaría a Sergio en los estudios conforme su humilde ciencia se lo permitiese. Un par de veces por semana, que fuese a la rectoral. Ya era tiempo de decidirse: dieciocho años hechos por San Juan y sin camino abierto… Los vicios podrían posarse en él, a pesar del edificante ambiente de la casa. ¡A estudiar, señor!…

Y así quedó decidido el porvenir de un Abelenda.

Pero Sergio acogió de mala gana las áridas materias de la preparación. Especialmente entre los millares y millares de nombres de la Geografía postal, su memoria naufragaba. Bajo la vigilancia de su madre o de Isabel, sentado cerca de ellas en la galería, le irritaba, en medio de una distracción, la voz que le recriminaba con acento eternamente igual:

—Estudia, Sergio.

Y optó por hacer del jardín su lugar de estudio, al amparo de sutiles pretextos. Una hora después de comer bajaba con sus libros y se tumbaba sobre la hierba bajo la sombra de los manzanos y de los perales mandados plantar por doña Rosa en un triunfo del utilitarismo sobre la estética. Y, tumbado cara al cielo, se dejaba mecer en el poderoso runrún de vida del campo: el insecto zumbador, la inquietud de las hojas, el agua de los surcos…, todo, en fin, lo que entraba en aquella vibración perenne, en aquel hervor de existencias a ras de la tierra, sobre la tierra y bajo la tierra; la mies que ondea, los pájaros piadores, el topo que socava, y el viento y el mar y los regatos y las nubes lentas, de formas cambiantes, que al pasar ante el sol hacían correr unas largas manchas de sombra por el suelo.

A veces, por entre los podridos barrotes que separaban ambos jardines, venía Juan, el hijo de la vecina señora de Solís, a solicitar de Sergio una fruta. La casa de los Solís estaba contigua. La envolvía siempre una preocupación de tristeza. Ni en las ferias, ni en las romerías, ni en las reuniones en que se juntaban de cuando en cuando los señores de la Gándara, se vio jamás a los vecinos de los Abelendas. Tan sólo alguna vez, en las mañanas veraniegas, doña María, envuelta en sus negros vestidos, flaca y dolorida, paseaba por la carretera el cochecito en que su hijo menor estaba, hacía tres meses ya, entablillado, tieso, siempre mudo, lívido como un cadáver que sólo conservase vivos sus ojos, ojos grandes, que parecían tener la grave mirada de un hombre maduro, en aquel cuerpecito enclenque de siete años.

Doña María de Solís había tenido cinco hijos. Al cumplir los dieciséis años murió el mayor; cerca de ellos murió también la segundogénita. Doña María, arrebatada de horror y de duelo, se propuso defender a los aún vivos contra aquel horrible destino. Y se enterró en el campo para siempre, dispuesta a la lucha diaria y heroica con la muerte, pero invadida de tristes presentimientos. Todos cuantos medios de prevención pudo conocer los puso en práctica. Se dormía en la casa con las ventanas abiertas, entre el susto de las criadas aldeanas; se ajustaban las comidas a métodos dispuestos por el doctor; una fámula fue despedida por haber dejado beber a los niños un sorbo de leche sin hervir; ante el temor de que pudiesen, a hurtadillas, comer fruta verde en el huerto, los árboles fueron talados. En el centro del jardín, doña María hizo construir una choza de tablas bien unidas, techada de cristal. Allí, tendidos sobre un colchón, todos los días sus hijos tomaban, bajo su dirección meticulosa, un largo baño de sol. El sol era la máxima esperanza de la madre infeliz; ella había oído

asegurar a alguien la salvación de un hemoptísico por ese medio. El doctor, consultado, no negó la posibilidad. Doña María entonces sintió encenderse la llamita de la fe en su pecho. Si podía curar, ¿cómo no había de prevenir?… Y el sol iba tostando, a la hora de sus mayores energías, los cuerpos delgados y angulosos, de fina piel, de Maruja y de Juan —al pequeñín no podía sacársele de su tabla—, cuyos quince y cuyos diez años iba viendo doña María, con una mezcla de temor y de confianza, aproximarse al plazo fatal.

Esta tarde, como casi todas, Juan asomó el estrecho cráneo entre los barrotes y siseó, para advertir a Sergio de su presencia.

—¿Me das una manzana?

Pedía con una vocecita triste, con acento aldeano, alargando las vocales. Estaba envuelto en un mandilón de luto que hacía mayor su palidez de raquítico. A Sergio le inspiraba una piedad mezclada de repulsión, una repulsión orgánica; la del fuerte para el débil. Cuando alguna vez tocaba las manos del niño, siempre frías, frotaba luego las suyas, sin darse cuenta, contra las ropas.

—¿Me das una manzana?

—No hay manzanas hoy.

Retiró un poco la cabeza el pequeño y se elevaron más los arcos de sus cejas inclinadas hacia fuera, en una constante expresión penosa. La mirada de sus grandes ojos vagó por los árboles. Volvió a hablar, lento, con su tono de mendigo:

—Sí, las hay. Yo las veo.

El joven le entregó la fruta apetecida, de mal humor. Luego fingió abstraerse en el estudio. Pasó un rato aún. Federica apareció de pronto en el extremo de la calle de arbustos, con un cestón vacío en las manos. Sergio miró rápidamente para la verja donde, entre hiedra, la pálida cara de Juan permanecía aún, contemplándole.

—¿Todavía estás ahí? —gruñó él, incorporándose.

Se sentían cercanos, al otro lado de la valla, los pasos de la criada de los Solís, que volvía arrastrando el cochecito del enfermo. Juan ocultó apresuradamente la manzana bajo su ropa y huyó, temeroso. Entonces, Sergio volvió a inclinar su cuerpo, medio soliviado, para contemplar a Federica, que había arrojado al suelo el cestón y comenzaba a llenado con los frutos de que despojaba a las ramas. Y cuando el joven se vio sorprendido en su mirada por la de la moza, preguntó, como si quisiera justificar su curiosidad:

—¿Para quién son?

—No lo sé, señorito; me mandó doña Rosa.

Y él volvió los ojos al libro. Pero sentía palpitar su corazón en el cobarde deseo de hablar algo más. Poco a poco, en los quince días que la joven llevaba en la casa, había ido sintiendo crecer su interés por ella. La tez levemente rosada, los grandes ojos cándidos, de verde tono; el pelo del color de la miel, de un rubio apagado; el

joven cuerpo arrogante, lleno de abundancia, de turgencias firmes, había ido grabándose, detalle por detalle, en el recuerdo de él. Noches atrás, en el oscuro corredor que conducía a la cocina, se habían tropezado sin verse. La mano del varón, en la instintiva defensa, se apoyó fuertemente en el pecho de Federica. Ella rio, tras un «¡Jesús!» de susto. Él quiso reír también; pero su mano conservaba la sensación del dulce contacto, y al evocarla aún quemaba más la sangre en sus venas.

El deseo de hablar, de decir a la joven cualquier palabra, por fútil que fuese, se acrecentaba en aquella soledad del rincón huertano y se hacía en Sergio casi doloroso. Miraba ir y venir la gentileza de aquella figura —quizá demasiado plena ya, demasiado hecha para sus dieciséis años—, y la frase que parecía ir a brotar no se formulaba en su cerebro.

Federica, al fin, llena la cesta, volvióse hacia él:

—¿Quiere ayudarme, señorito?

Y él acudió y alzaron la carga hasta la cabeza de la servidora.

—¿Va bien?

—Va bien; muchas gracias.

Se alejó hacia la casa. Volvió Sergio a tenderse y a mirar el cielo y a soñar, ahora con un fuerte latido en sus arterias. En el ensueño se refugiaba su timidez de muchacho alejado por la vida aldeana del trato con el sexo femenino. Sus vagos anhelos, los requerimientos de su sana juventud no habían tenido nunca más que una sola concreción sentimental, grotesca —él se lo confesaba: grotesca—. A los diez años, Sergio se había enamorado profundamente de Celsa Ruiz, ya casada entonces con Poupariña, José Poupariña, el dueño de la casa del Pinar. Celsa Ruiz era gran amiga de Isabel, y solía pasar las tardes en la quinta de los Abelendas. Desde un rincón, Sergio la miraba arrobado. ¿Sabéis lo que son esas prematuras pasiones de los niños, tan frecuentes, tan tiernas, conservadas en un extraño secreto, llenas de detalles conmovedores, que después la gravedad de los años va haciendo olvidar?… Sergio guardó una horquilla caída de la amada cabeza y el hueso de una claudia que ella comió, y vagaba por el Pinar para extasiarse en la blanca casa de Poupariña, y un día en que Celsa le besó como se besa a un niño, Sergio corrió a su alcoba, enloquecido, y se arrojó sobre la blanca cama y rompió a llorar.

Nunca otro nombre tuvo para él la dulce música de aquel nombre. Su exaltación cristalizó en unos versos absurdos, en los que mezcló todos cuantos tópicos habían ido dejando en su memoria las lecturas escolares. Los tituló *A C****, con tres estrellitas junto a la C, como escapándose por su boca abierta, como él había visto en dedicatorias análogas. Luego pensó en que el nombre de Celsa tenía cinco letras y le pareció imprescindible añadir una estrellita más. «Tus ojos —decía el primer verso —, tus ojos causan enojos…»

Dos años duró esta pasión. Celsa dejó de pronto de hacer tan frecuentes visitas a

Isabel. Advertía Sergio, alarmado, un evidente desmejoramiento en la amada. Celsa estaba pálida. Celsa tenía unos cercos oscuros en los ojos. El mal fue creciendo. Se hundieron las suaves mejillas, se ensanchó la cintura, se deformó el cuerpo adorado en una lamentable hinchazón. Celsa caminaba lentamente, gemía alguna vez, y cuando engullía en el amplio mirador, a la hora de la merienda, el sabroso dulce de cerezas de doña Rosa, se lamentaba:

—Acaso mañana no pueda venir a probarlo. Sírvame un poco más, doña Rosa. ¡Qué manos de mujer! ¡Cómo sabe darle el punto al almíbar!

Y un día, en efecto, no fue; ni al siguiente, ni en la semana, ni en el mes. Sergio supo que no salía de la casa del Pinar. ¡Oh, si ella muriese!… El rapazuelo se entenebreció, obsesionado por la fúnebre idea; comía poco; vagaba, siempre que podía escapar, por los alrededores de la blanca casita, jaula de la doliente. Cierta noche, después de un día angustioso en que la lluvia había impedido su habitual correría, oyó pronunciar entre la servidumbre, sentada en torno a la amplia mesa de la cocina, el nombre del señor del Pinar. Chinto había estado allí aquella tarde a llevar un regalo de la señora: un bote del dulce tan grato a la enferma. Entonces Sergio inquirió:

—¿Y sabes cómo está doña Celsa?

—Va marchando —contestó el labriego.

El niño insistió, tras una pausa, fijos sus ojos en el ascua del hogar, con la emoción de quien teme perder para siempre algo muy caro:

—¿Quedará siempre así, tan hinchada?

Estallaron risas unánimes. Chinto, socarrón, uniendo sus manazas en torno al cuenco de barro replicó:

—No quedará, hom, si Dios quiere.

Sergio indagó, cándidamente intrigado por las risas:

—Entonces, ¿qué tiene?

—¡Ay! —zumbó Chinto—, lo que tiene que te lo explique el señor Poupariña, a ver qué demontres le hizo ¡que él lo sabe bien!

Tornaron a sonar las carcajadas chillonas. Rafaela, riente también, censuró:

—¡Vaya, Chinto!…

Sergio, azorado ante la hilaridad, inexplicable, enmudeció y se fue; pero a solas interrogó al criado:

—Dime ahora qué tiene doña Celsa.

—¿Y qué va a tener, rapaz?… Está embarazada.

E hizo un leve y brutal comento, riéndose apagadamente, con la negruzca punta del cigarrillo colgando, pegada a un solo labio.

Aquello fue un golpe de hacha en la pasión infantil. Vibró de indignación y de asco su tierno espíritu. Durante varios días le obsesionaron en su oído las palabras del

gañán, y le martirizaban más agudamente aún que un sufrimiento físico. Nada fue entonces tan innoble para él como Celsa. Su imaginación se la representaba de continuo entregada a actos repugnantes, que él no podía precisar concretamente, en unión del protervo Poupariña. Y odió a Poupariña, a sus ojos saltones, que se le antojaban desencajados por curiosidades abyectas, a su barbita de chivo, a sus manos peludas… ¿Cómo podía Celsa soportar las caricias de aquellas manos de ogro?… Celsa murió dolorosamente en el corazón del rapaz; quedó bajo la losa de un recuerdo de humillación y asqueamiento. La revelación brusca de la triste y miserable verdad de la vida casi enfermó al niño. Una noche, heroicamente, rompió sus versos y tiró por la ventana, al oscuro jardín, el hueso de la claudia, amorosamente guardado. Lo tiró con tanta rabia y con tanto desprecio como si hubiese estado en la boca de Poupariña, bajo el bigote, en el que un día, comiendo en el Pinar, vio quedar colgantes unos pequeños trozos de fideos.

Desde aquella ocasión desventurada, Sergio no volvió a sentir al amor llamar francamente a las puertas de su corazón, ya juvenil. Pero el ansia palpitaba en su interior, y él sentía muchas veces sus estremecimientos, como las madres sienten los de los hijos ocultos aún en sus entrañas. Y ahora era Federica la que le agitaba, de una manera bien distinta, ciertamente, a aquella de los años de la niñez, sin tópicos en verso, sin sueño candoroso, sin huesos de claudia guardados a hurtadillas, con una mareante emoción en el alma trémula. Ahora, Sergio, más que manías de fetichismo amorosos, tenía la de recorrer frecuentemente el oscuro pasillo que unía el comedor con la cocina, y cuando, por casualidad, la nueva criada transcurría al mismo tiempo que él, irremediablemente tropezaban.

Aquella tarde, caídas ya las primeras sombras azules sobre la aldea, Sergio halló a Federica en el umbral. Con esa brusca valentía que a veces tienen los tímidos, él, alentado por el ambiente y la soledad confidencial de los anocheceres, le asió una mano por la espalda, como en juego, y al volverse la moza, aun sin intentarlo, el brazo de Sergio rodeó el talle femenil, libre de corsé, en el que la carne palpitaba. Los grandes ojos verdes lo miraron con su cándida serenidad. Sonreía él, azorado. Dijo Federica, en voz baja, con un misterio de cómplice:

—Suelte, que van a vernos.

Y marchó hacia el campo. Sergio entró en su casa, tembloroso de dicha.

III

Al día siguiente, doña Rosa y su hija disponíanse a salir para visitar a los Poupariñas. Celsa ya no aparecía por la Gándara sino de tarde en tarde: la prole había aumentado en aquellos nueve años y los quehaceres de la casa con ella; Celsa, además, estaba siempre entregada a las molestias de la concepción. Su prolijidad era tal, que no se la concebía sin el vientre hinchado y la tez pálida, hundidas las mejillas, lento el andar. Doña Rosa e Isabel, cuando algún ocio se lo consentían, si las corredoiras estaban sin barro, iban a charlar un rato con la vieja amiga, y estas visitas, cada vez más rareadas, se revestían de caracteres de acontecimiento, en la soledad en que unas y otras veían transcurrir su vida.

Sergio esperaba con impaciencia el momento en que la marcha de las mujeres le dejase dentro de la casa en libertad de arrojar los libros y consagrarse a la persecución de Federica. Vio irse rehaciendo sobre la cabeza de su madre el alto moño que ella nunca quiso trocar por otro peinado; vio cómo Isabel se empolvaba ligeramente ante el espejo… Al fin las vio dirigirse a la puerta. Pero desde la carretera llegó el sonido de un cascabel, y un tílburi tirado por un caballo del país, pequeño y peludo, se detuvo ante la verja; Isabel adivinó:

—Es Rodeiro.

Era Rodeiro. Pronto se vio su corpulenta estatura envuelta en el invariable traje de pana de color caramelo. Sus grandes bigotes oscuros dividían en dos la redonda cara picada de viruelas, como si hubiesen pasado por ella un ancho pincel embetunado. Isabel y su madre se miraron indecisas. Isabel había sentido siempre cierta cordialidad hacia el mocetón. Aun ahora, pese a los cuarenta años de Rodeiro, que hacían resaltar la panza bajo la chaqueta abotonada hasta el cuello como una casaca, la señorita Abelenda tenía ante él ciertos rubores y ciertas alegres risas inusitadas, y sus ojos vulgares brillaban más. Acaso Rodeiro la había querido secretamente alguna vez. La verdad era que sus atenciones para con ella nunca habían pasado los límites de cortesías de amigo. Cuando perdió casi toda su hacienda y arrendó su casita de la gándara para marchar a hacerse cargo de su destinejo en Madrid, se afirmó en los contornos que Rodeiro volvería a pedir a Isabel. Rodeiro volvió, pasados tres años, trasladado a la capital gallega; entonces iba frecuentemente a la gándara, donde una vieja servidora cuidaba de su caserón y del minúsculo huerto. Pero el repatriado no habló jamás de amor con la hija de doña Rosa. Llegaba a veces, bebía un gran vaso de claro vino de la tierra, rogaba a la joven que tocase una canción gallega en el piano, hablaba mal de Castilla, con la estentórea pasión que ponía siempre en sus afirmaciones, y volvía a marchar alegremente. Sergio lo vio ahora entrar, maldiciendo de la inoportuna visita.

—¿Qué?… ¿Iban a salir?… Me marcho.

Isabel le disuadió cortésmente:

—Salíamos por no saber qué hacer. Puede quedarse.

—¿Es que hay misión en la iglesia?

Doña Rosa rechazó la sorna de la pregunta:

—No hay misión, republicanote; no hay misión, aunque buena falta hacía. ¿Es verdad que le da a usted ahora por escribir en *El Avance*?

Rodeiro sonrió:

—¿Quién lo dijo?

—Lo dijo don Miguel.

Rodeiro se acomodó en una silla, echando hacia delante el robusto pecho, que parecía ir a hacer estallar la pana.

—No; no es totalmente exacto. No puedo negar que los de *El Avance* me han pedido que les lleve algo alguna vez. Pero hasta ahora estoy indeciso. Lo que hice el otro día fue un suelto contra don Rosendo, el cacique de la Gándara. Bien lo merece, ¿eh?… Ya sabe usted cuánto daño le debo. ¿Leyeron el artículo?… No estaba mal. Firmaba *Oriedor*, un seudónimo que se me ocurrió; es el apellido al revés.

Se dejó mirar, retrepado en la silla.

—Pero de eso a que me haya alistado con ellos hay un abismo… Yo tengo mis ideas: voy más allá. Creía en Rosales, ¿sabe usted?… En Rosales, sí, ¡caramba!… Tan austero, tan grave, tan puro… Toda aquella gente lo adora. A los «fondos» de *El Avance* que hace él no hay nada que pedirles. Realmente, el partido tiene fuerza en la ciudad y gana elecciones desde que ese hombre está a su frente… Sin embargo, tengo que confesar que hoy… me encuentro un poco distanciado de él… Hay cosas…

Hizo chasquear la lengua, con un gesto de disgusto en la ancha cara. Luego, como adoptando una resolución, contó:

—Aquí, en confianza… El otro día jugábamos en el Casino…, entre amigos, para distraemos… Tallaba yo. Entonces entró Rosales y dio unas vueltas alrededor de la mesa, y al cabo de un rato apuntó una peseta. Ganó. Se me ocurrió pensar: «He aquí una ocasión de conocer a este hombre», y al pagar le grité, como si me distrajese: «Dos, que hacen cuatro», y le di cuatro pesetas. «Si es el hombre austero que imagino, las devolverá», me dije. Pero Rosales se guardó las cuatro pesetas y se marchó. Al llegar a casa anoté en mi diario: «Todos son unos.» Y para mí es como si le hubiese puesto un epitafio.

Doña Rosa opinó:

—No debe usted jugar.

Él hizo un mohín:

—No juego casi nunca más que por distracción. Jugar alguna vez está bien. Debiera ser obligatorio. Presta energía, acostumbra a la conformidad con la desgracia. El jugador piensa: «Ha venido la mala», y tiene la fortaleza de la fatalidad.

Isabel le miraba cariñosamente.

—Y ese ascenso, ¿cuándo llega?

Él hizo un gesto ambiguo:

—No sé; le temo mucho al ascenso. Pudieran trasladarme, alejarme de aquí, quizá hacerme marchar otra vez a Castilla. ¡Aquella Castilla horrible, seca, amarillenta!…

Su amor a la tierra siempre extremoso desde que advirtió el menosprecio fuera de ella, se agudizó en aquel instante. Suplicó:

—¿Quiere tocar algo, Sabeliña?

Isabel sonrió, abriendo con lentitud la tapa del viejo piano de teclas gastadas a través de los años por sus dedos. Pasó el índice y el pulgar en cruz por toda la escala suavemente, sin despertar los sonidos. Inquirió mirando al techo:

—¿Y qué quiere que toque?

—*Negra sombra*. Haga el favor, Sabeliña.

Y Sabela continuó un momento mirando al techo como si estuviese recordando la melodía que tantas veces había tocado ya. Era la favorita de Rodeiro. Como su voz, un poco dura, no le permitía cantar, seguía a boca cerrada las inflexiones de la triste sonata, elevando las cejas, estirando lentamente el cuello con un leve balanceo de su humanidad, cabeceando. Alguna vez se atrevía a pronunciar en falsete una frase de canto, pronto cortada:

O pe d'os meus cabezales…

Una noche, en Madrid, oyendo cantar inesperadamente en el Real a las masas Clavé, este coro, rompió en sollozos, invadido por una morriña gigantesca, y si al salir del teatro hubiese podido hacerlo, aquella misma noche hubiese tomado el tren para Galicia.

Del viejo piano salieron de pronto las primeras notas melancólicas de la balada. Sergio, oculto en el extremo de la amplia galería, abandonó su libro y se asomó. Con esa admirable facilidad con que el alma sabe encontrar en los paisajes el mismo matiz de sentimiento, le pareció que la gándara toda estaba invadida de aquella misma suave y enamorada tristeza del cantar. Moría el sol, y al morir besaba a la casita y parecía encenderla de rubor. Los pinos del bosque se iban tornando negros. Todo el campo estaba en una gran quietud, y en una negra parcela, recientemente roturada, los montoncitos de tierra y raíces ardían lentamente, dejando escapar columnitas de humo blanco y azul. Cuando el disco luminoso y sangriento se hundió, subieron haces de luz enrojecida al sereno cielo de otoño, y la serenidad misma de los cielos cayó sobre la tierra toda. Se hicieron más sombríos los hondos cursos de las corredoiras que cruzaban los sembrados como cauces secos; nació tras el bosque la sutil neblina del mar callado; una creciente vaguedad envolvió el verdor de la tierra,

la blancura de las casitas diseminadas, el grupo de castaños de un soto; y en una heredad el agua de un regato brilló de pronto melancólicamente, como una lanza de plata tendida en el suelo. La noche nacía abajo, como nace en la aldea; en los surcos hondos y entre las copas de los árboles y bajo los rústicos alpendres y en las laderas de los montes, donde el rudo tojo comenzaba a cubrirse con su hermosa flor dorada. Y en los montoncitos de rastrojo que ardían se hizo más blanco el humo, y en uno de ellos se vio —cuando las sombras crecieron— la mancha roja del ascua. Al final de la gándara, al través de la noche, parpadeó una luz blanquecina: la de la casa del Pinar…

Sintiéronse, bajo la galería, los pasos pesados de los bueyes, que tornaban, conducidos por Chinto, invisibles todos en las tinieblas.

Y hacia aquel tierno desleimiento de las cosas, hacia aquella dulzura, volaban por las ventanas abiertas las notas de las baladas de melancolía, como si volviesen a la tierra que las hizo nacer, para transformarse en el grato misterio de la noche y ser al día siguiente florecillas de tojo o mariposas, o sumarse perpetuamente al rumor de los pinos o al ronroneo del mar, donde el músico las había hecho cautivas; y en aquella dulzura crecía en Sergio la multiforme ansia juvenil; oscuro deseo de llorar, oscuro deseo de cariño, confuso despertar acongojado de recuerdos: el de un verso, el de un rincón umbroso del Pinar, el del cuerpo tibio y duro de Federica…

Y Federica entró. Dibujóse toda ella en la luz que llegaba del comedor hasta la galería y hasta un trozo del huerto. Fue descolgando del cordel donde se secaban los encajes trabajados por Isabel, puestos aquella tarde al sol. Cuando se acercó al extremo oscuro donde Sergio anhelaba, los brazos del joven la ciñeron fuertemente. En voz muy tenue, junto al rostro de la rapaza, afirmó, como si suplicase:

—¡Te quiero; te quiero!

Y la besó. El cuerpo de la joven, sudoroso por el ajetreo de la jornada, olía a romero, un humano olor a romero. Y aquel olor se obstinó toda la noche en la memoria de Sergio y le permitió volver a gozar del instante dichoso, y paladearlo, diez veces, cien veces, con la misma fuerza de la realidad gustada.

Cuando Sergio veía salir a Federica por el portón con el enorme lío de ropa, bien atado, puesto sobre la rubia cabeza, marchaba él hacia el río por caminos recónditos. Se encontraban allí. Ocurría una vez por semana. El resto del tiempo, encerrados en un disimulo cuidadoso, apenas si podían concederse una breve charla en el jardín, un furtivo beso en un pasillo, un contacto de apariencia casual cuando Federica servía la mesa. Todo con un sobresalto, con un temor que hacía palpitar sus corazones.

El río estaba distante, oculto de la casa por la suave curva de la gándara y por tojos crecidos. A sus orillas erguíanse sanguiños y álamos jóvenes de hojas plateadas, que cruzaban sus copas de una a otra margen. Charlaban los novios mientras ella batía en la piedra blanqueada del lavadero las telas chorreantes y enturbiaba el agua

con el jabón. Sentía Sergio, viéndola así, un sordo rencor contra la injusticia de la suerte.

—No debías tú venir al río. Mi madre hace mal en mandarte…

Ella le miraba riente, sin compartir su cólera:

—No me hace daño.

—Tú naciste más bien para señorita.

Se sentía halagada y suspendía el recio frote en la tela:

—¿Por qué?

Y le gustaba oír cómo él analizaba sus gracias: las cejas de trazo fino; el suave color de miel del pelo recogido sobre la nuca, los grandes ojos, la silueta airosa, pese a la redondez especial de las formas. Terminaba él:

—Tú eres la hija de unos señores que te abandonaron en la aldea. Cuando menos lo pienses, te reclama el príncipe, tu padre.

Una vez preguntó: .

—¿Por qué te llaman Volvoreta?

Y ella, sencillamente:

—Por ser así, ¿sabes?, un poco traviesa… Tenía muchos novios… A lo mejor, tres a un tiempo… Los sábados llegaban los mozos de aldeas distintas a llamar a la puerta de nuestra casa para tunar conmigo.

Él calló, pensativo y celoso.

—Era por risa, no creas; no me gustaban. Ya ves, en cuanto pude me marché a la ciudad.

Los domingos eran para el enamorado los días más felices. Esperaba, soñando, la hora de la tarde, en que Federica había de obtener licencia para alejarse del chalet. Por la mañana era preciso acompañar a su familia a la misa de Santa María de la Gándara. Atravesaba los caminitos aldeanos sin advertir el airecillo mañanero, lleno de todos los perfumes del monte; ni el brillo del sol, ni aquel aspecto especial de los campos, sin gente más que en las veredas; mujeres engalanadas con pañuelos en la cabeza y refajos chillones o negras faldas de merino, y aldeanos que lucían la blanca camisa de lienzo, y sobre un hombro, la chaqueta de remontas de pana; gentes que saludaban respetuosamente, cediendo el angosto paso:

—Buenos días nos dé Dios, doña Rosa y la compaña. ¿Y luego?… ¿Se va a oír misa?

—Para allá vamos.

—¡Vaya, que Dios los ayude!

La pequeña iglesia, cercana al mar, amarilleaba bajo los líquenes. La cuerda de las campanas caía sobre la fachada, y el acólito les hacía sonar desde el mismo atrio. Don Miguel decía la misa con lentitud. Después, en el presbiterio, pronunciaba invariablemente un sermón, en el que a veces hasta hacía reproches a personas

determinadas a las que nombraba sin eufemismos. Los aldeanos le oían con sumisión. Sus homilías tenían a veces este tono:

—Ved el caso de Mingos, el del Pinar, que hizo un pozo en la Xesteira y se gastó todo el dinero que le dieron en la taberna de la *Miñoca*. Y su mujer anda layendo con el hambre y sus hijos también. Después queréis que con estos ejemplos en la feligresía ampare Dios vuestras cosechas, y cuando pedís que cesen las lluvias, no vos acordáis de vuestros pecados. En cuanto a María, la de Gayoso, y a Rosendo el *Tolo*, que den gracias a que están presentes los señores de Abelenda y de la Cruz del Souto, más los del Pinar; si no, bien los iba a poner colorados por los ejemplos que están dando en todas las corredoiras de la gándara, que parece que no, pero yo bien me entero de todo.

Después de la misa, en el atrio, los aldeanos formaban grupos pintorescos. Los señores de los contornos que tenían asiento en el presbiterio se detenían también a charlar brevemente antes de seguir los divergentes caminos. El atrio estaba alfombrado de hierba. Y en un rincón veíase el sepulcro de los Rodeiros —el más hidalgo apellido de la Gándara—, humilde y blanco, con un escudo borroso. Cerca de él, un corpulento castaño lo envolvía totalmente en sombras, y a veces sentábanse las rapazas en la losa para palicar. Poco a poco se diseminaba por el camino el gentío, alegrándolo con los colorines de sus trajes, y don Miguel salía presuroso hacia la blanca y vecina casa rectoral, en hambrienta demanda del desayuno.

Por la tarde, doña Rosa y su hija salían casi siempre a visitar a alguna amistad. Entonces Volvoreta, bien rizada, bien gentil, dentro de su blanca blusa y de su falda negra, con un anillo de cobre, brillante a fuerza de frotarlo con arena, en un dedo, se presentaba a pedir permiso y salía a pasear. Sergio esperaba en la arboleda, y por ella vagaban, al abrigo de las miradas de todos, hundiendo sus zapatos en el musgo, un poco sojuzgado él por esa solemne gravedad misteriosa de los bosques.

Los árboles iban cambiando lentamente el tono de sus hojas. Desde la quinta se veían sus copas como masas doradas y amarillentas, y de color sepia y verdes aún.

Cubrían a veces los senderillos del bosque las hojas caídas, y estallaban bajo los pies las pequeñas ramas desprendidas por los vientos del otoño. El mar iba tomando un color plomizo, entre la augusta calma de las altas riberas.

Al fin vinieron las primeras nubes en masas formidables por el Sur. El sol, débil, miró tristemente a la tierra, en una despedida para sabe Dios cuantas semanas. Las nubes avanzaron y cubrieron la redondez del cielo. Aún se sostuvo el tiempo así algunos días. Las primeras gotas sorprendieron a los novios en lo alto del monte, cierta tarde en que Volvoreta había ido a recoger, para el fuego, las piñas caídas de las ramas. Abandonaron el saco a medio llenar y corrieron los jóvenes a ocultarse bajo el saliente de una roca quebrantada por la dinamita para alguna construcción aldeana. Todo el paisaje de la gándara estaba ante ellos. Vieron blanquear, bajo el choque de la

lluvia, las aguas pizarrosas de un trozo de la ría; vieron el turbión deshacerse en largos hilos y borrar los horizontes, y en una cañada frontera, al otro lado de la gándara, fingir humo en los remolinos a que lo obligaba el viento. Brillaron las tejas de las casitas, y todas las parcelas que guardaban ya entre sus surcos la siembra de los cereales se ennegrecieron más aún bajo la lluvia. Recogidos, apretados sus cuerpos, un poco inclinados bajo el reborde de la roca, veían los jóvenes llover, con esa alegría extraña que la lluvia produce cuando se presencia bajo la guarida segura. No hablaban. El espectáculo de un labriego que allá abajo abandonaba su labor, saltando sobre la húmeda tierra, para recogerse bajo un alpendre vecino, les hizo reír, gozosos. Y nuevamente enmudecieron, y del vasto espectáculo de la lluvia en el monte redujeron su mirar, un poco abstraídos, a la visión de cómo unos erizos de castaña, vacíos ya, tirados ante la roca, iban siendo limpiados de tierra por el golpear de las gotas, y cómo otros, con sus púas hacia abajo, iban llenando de agua la blancura de su concavidad.

IV

Al través de los surcos que las gotas de lluvia trazaban en los cristales de la galería veíase el campo tan solo como una informe mancha verde. Sergio, en pie, frotaba sus dedos húmedos contra las láminas de vidrio, y se complacía en arrancar estridentes gorjeos, que crispaban los nervios de Sabela.

—¿Quieres estar quieto? —le gritó.

Y él enfundó sus manos en los bolsillos y dio un suspiro ruidoso que empañó el cristal.

—Entonces… ¿qué quieres que haga?… No he visto cosa más desagradable que la lluvia.

Doña Rosa intervino, mirándole severamente sobre sus gafas:

—Yo creo que sí: los libros de estudio.

Él calló. Realmente, estaba desesperado contra aquel incesante aguacero que encharcaba los campos desde hacía una semana ya. Las deliciosas entrevistas con Volvoreta habían terminado desde entonces. ¡Oh, aquel tedio de la casa, llena siempre del rumor de la lluvia, alterada alguna vez la quietud por los gritos de Rafaela contra los aldeanos que no limpiaban sus zuecos antes de entrar y manchaban de lodo los pisos!… Sergio iba frecuentemente a la cocina, con el pretexto de fumar. Aunque doña Rosa lo sabía, no consentiría jamás que su hijo arrancase ante ella una bocanada a un cigarro. Desde que era bachiller, Sergio podía fumar en la cocina, por un acuerdo tácito. En alguna de sus frecuentes ausencias, preguntaba ahora la madre a Isabel:

—¿Dónde está tu hermano?

—Debió de ir a fumar.

Doña Rosa observaba:

—Fuma mucho estos días. No me gusta eso.

—¿Qué le vas a hacer?… Se aburre.

Federica entró aquella tarde en el comedor a anunciar:

—Está ahí doña María, la de Solís, que pregunta por la señora.

Doña Rosa alzó la cabeza de la costura para inquirir, con un leve asombro:

—¿Doña María de Solís?

—Sí, señora.

—Que pase, mujer.

Y madre e hija abandonaron sus quehaceres y sacudieron de sus regazos los trozos de hilo que se habían desprendido de las labores.

Avanzaron al encuentro de su vecina. Sabela dio, como siempre, un ligero saltito para no pisar una baldosa de la galería, donde el pico del carpintero había trazado, quizá para distinguirla, una pequeña cruz.

La señora de Solís entró. No eran frecuentes sus visitas. Tan sólo en alguna

ocasión señalada —Año Nuevo, fiesta de días, enfermedad—, la triste señora aparecía un momento «para cumplir», y, pretextando el cuidado de sus hijos, volvía a marchar, sin haber reído, sin haber hablado apenas, sin haber aceptado un dulce ni una fruta, ni un dedalito del vino tostado del Rivera, que doña Rosa solía ofrecer sólo en esas grandes ocasiones.

—¿Qué milagro, doña María?… Siéntese.

A pesar de la vecindad, se veían, en efecto, mucho menos que los demás señores de la gándara. Doña María se sentó quedamente, con aquel aire silencioso que le había impuesto su dolorosa costumbre de andar por alcobas de enfermos. Resaltaba su palidez sobre las negras vestiduras, y el carmesí de los párpados, irritados por el llanto y el insomnio, sobre su palidez. Pero en toda su figura había una gran distinción, y en su rostro, esa dignificación amarga que dan los pesares. Cruzó las manos lívidas, y habló:

—A molestarlas, doña Rosa; a molestarlas.

—¡Por Dios!

—Quería saber si tienen ustedes alguna estufa, algún calorífero, para pedírselo prestado.

Doña Rosa miró a su hija, como en consulta.

—Hay mucha humedad —continuó doña María—; ya ve, para dormir los niños con las ventanas abiertas… Y como la casa es grande… Yo encargué a la ciudad una salamandra. Pasado mañana me la traerán, y pasado mañana les devolveré la estufa.

Doña Rosa se lamentó:

—¡Dios mío, nosotros no hemos tenido jamás nada de eso! ¡Qué pena, doña María!… Gracias al Señor, como salud tenemos, y el frío no es mucho en esta tierra…

—No; el frío, no; pero la humedad, la humedad…

Casi gimió, con los ojos espantados:

—¡Un catarro viene tan pronto!… ¡Y después!

Hubo un silencio. Doña María miró al través de los cristales el cielo plomizo, cubierto por una sola nube inmóvil.

—Hace siete días que no hay sol…

Luego clavó sus ojos en las pálidas manos cruzadas:

—¡Yo no sé qué hacer…; no sé qué hacer!

Doña Rosa intervino con consuelos. ¿No era exagerado todo aquel temor?… Los niños no parecían estar mal; paliduchos y delgados, sí; pero la aldea se encargaría de darles colores y grasas. Allí estaban los hijos de los labriegos, semidesnudos, durmiendo en paja; mojados cuando llovía y quemándose con el sol; comiendo tan sólo borona y caldo de unto. Y tan fuertes y colorados. La aldea es salud. No había que tener preocupaciones extremadas. Dios es bueno; aprieta, pero no ahoga. Y si

Maruja tenía quince años ya, y Dios se había llevado a los otros a los dieciséis, ¿iba a suponerse que se había de repetir la desgracia?… ¿No era absurdo…?

Doña María la miraba sin cambiar la expresión de pena. Después suspiró hondamente. Se levantó como una sombra.

—¡En fin!… Perdonen la molestia.

—¿Qué molestia?… Lo que siento yo es no tener lo que desea, doña María. Ya sabe que toda la casa y todos nosotros… Y cualquier cosa que se le ocurra…

Acompañáronla hasta los mismos umbrales del portón. Ella marchó como una sombra negra, entre la lluvia; y doña Rosa suspiró al volver, penetrada de toda aquella honda angustia de madre que en su propia maternidad hallaba un eco de compasión gigantesca.

Por la noche, deslizándose al amparo de los salientes aleros, esperó Sergio bajo el alpendre la presencia de Federica, avisada por él. Esperó unos minutos que se le antojaron inacabables. Desde los canalillos que las tejas formaban caían al suelo chorros de agua, que habían cavado débilmente la tierra a lo largo del cobertizo, en su persistente choque. Cuando Sergio chupaba el cigarrillo, se avivaba el ascua y veía brillar los goterones en su rápido descenso. La lluvia, invisible en la noche, dejaba oír su sordo rumor en todo el campo encharcado.

Federica llegó al fin, cubriendo su cabeza con parte de la falda, recogida sobre los rubios cabellos como un mantón:

—¿Qué quieres?

Él arrojó el cigarrillo, que se apagó en el agua.

—Que no podemos seguir así. Es preciso idear algo para vernos.

Ella meditó:

—¡Esta dichosa lluvia…!

Callaron un instante. A sus espaldas, hasta tocar con el techo del alpendre, se hacinaba el tojo tierno, dispuesto para mullir los establos y hacer de él, ya pisado, cama para las bestias, y después, abono de las tierras. Y su recio olor de monte bravo se diluía en el ambiente húmedo. Sergio opinó:

—¿Quieres que le hable a Mingos, el casero, para que nos deje reunir en su choza?

Receló ella:

—Lo sabría tu madre.

—Entonces…, ¡no sé!

Descubrió de pronto Volvoreta:

—Podrías subir a mi alcoba cuando todos durmiesen.

Sergio quedó un momento confuso. Le latió más fuerte el corazón al escuchar la proposición inesperada, como si antes de precisarse en su magín toda la encantadora sensación de la aventura le hubiese ya recorrido la sangre, en un giro loco. Pero

Volvoreta había sugerido el recurso con una absoluta naturalidad. Sergio, temeroso de despertar un arrepentimiento, dijo con sencillez:

—Es verdad.

—Pero ve con cuidado. Ya sabes que el cuarto de Rafaela está al lado del mío. ¡Si nos sintiesen!… ¡Por Dios!…

Y separáronse. Sergio permaneció unos minutos bajo el cobertizo saboreando la temerosa delicia del proyecto. Le pareció estar abocado a una empresa de novelón. La densa oscuridad de la noche le sugería ideas de sagacidad y de astucia, y se vio a sí mismo atravesar la casa entre las tinieblas y trepar hasta los cuartos de la servidumbre, cauto y silencioso, como un ladrón de folletín o como un conspirador heroico. Chinto salía entonces de la casa y pasó junto al cobertizo sin verle en las sombras profundas. Él se había recogido y hasta había contenido el aliento. Este incidente le dio una alta idea de su disposición de hombre misterioso y le hizo tener una alegre confianza en sí.

Durante la cena miró alguna vez a Federica, como para recordarle el complot. Federica, gravemente, no parecía darse por enterada. Sergio pensó entonces, ante toda aquella serenidad, que ella tenía una decisión y una valentía superior a la suya, y se reprochó el no haber tenido él la misma idea de la cita en la alcoba. Se escrutó y tuvo que confesarse que no se le habría ocurrido nunca.

Cuando, después de su habitual presencia en la cocina para dar órdenes a la servidumbre, doña Rosa reapareció en el comedor y deseó buenas noches a sus hijos, Sergio sintió agigantada su emoción. Besó a su madre y se retiró a su cuarto. Eran las diez. Sentóse indeciso, sin saber cómo llenar todo aquel tiempo que faltaba aún para el momento de la aventura. Al fin, temeroso de que la luz le delatase, desnudóse, se metió en la cama y sopló la bujía.

Esperó. Llegaba de la cocina, muy amortiguado, el ruido del fregoteo de Rafaela. Podía saberse cuanto colocaba sobre la limpia piedra del vertedero para que escurriese el agua humeante: los platos hacían, al superponerse, un ruido más agudo; los pucheros de hierro, más hueco y sordo. Después tintinearon, al caer sobre el granito, desde el paño que las secaba, las cucharas, los tenedores… Sergio seguía a la vieja criada en todos los momentos de su ocupación, hasta en todos sus ademanes, como si la estuviese viendo. De pronto, un portazo estremeció la casa y se oyó el ruido metálico de la barra de hierro que ajustaba Chinto en sus encajes para reforzar la seguridad de la vivienda, Luego, unos pasos resonaron en la escalera que conducía al piso aguardillado donde estaban las habitaciones de la servidumbre, de las dos criadas nada más, porque Chinto dormía en el bajo, para mayor tranquilidad de doña Rosa. Sergio pensó que aquellos pasos eran los de Federica, que se retiraba siempre antes que Rafaela.

Y esperó más. Por fin, los tramos rechinaron bajo el andar de la vieja criada.

Arriba, al través del techo se sintió aún el trastear de sus pies. Más tarde cayó el silencio sobre la casa toda: un silencio en el que al joven le parecía que toda idea de tiempo diluíase y escapaba al cálculo. Pero en el silencio fueron naciendo mil pequeños rumores y mil ruidos sólo perceptibles en la anhelosa atención del enamorado: el crujir de una viga, las pisadas misteriosas del gato, que cruzaba ante su dormitorio, dueño de las estancias y de los pasillos llenos de sombra; después, el viento comenzó a quejarse bajo las puertas, como en invierno. Fue un momento en que la lluvia dejó de caer. La ventana del cuarto se estremecía en sus encajes, y a veces se sentía la furia de las ráfagas estrellarse contra la casa toda, hermética y muda en la enorme soledad del campo, entre tinieblas, mientras los árboles se encorvarían gimientes y en los prados la hierba sería como una cabellera peinada en un mismo sentido por el viento.

Las ráfagas traían hasta la casa un sordo rumor —quizá el de los árboles, quizá el del mar—, en el que Sergio creía descubrir también el silbido arrancado de los alambres del telégrafo que seguían la cercana cinta de la carretera, y que cortaba el vendaval como una espada afiladísima, oscilando un poco entre poste y poste.

Pero las ráfagas cesaron. Cayó un fuerte aguacero, y su apremiante llamada a los cristales llenó toda la casa con su ruido. Después amainó, y volvió la lluvia a su lenta mansedumbre.

Sergio esperó aún, receloso. Se le ocurrió pensar —tumbado boca arriba en el lecho, abiertos los ojos en la oscuridad— qué clase de mujer era aquella, inocente o ducha en amores, que por propio impulso y con toda sencillez daba una cita de tamaño riesgo —él no pensó «tan escabrosa»—. Pero ni su experiencia, ni su edad, ni la inquietante emoción que sufría, le permitieron grandes meditaciones acerca del tema. El reloj del comedor dio las doce. Temió él haber contado mal, y esperó a que las repitiese. Entonces se deslizó de su cama; a oscuras se embutió en el pantalón, en la chaqueta… Iba descalzo… Abrió la puerta de la alcoba… Salió…

Ante la puerta, sin separar los dedos del pestillo, aún escuchó un buen rato. Después se decidió a andar… Apoyaba ambas manos en la pared, como si quisiese descargar sobre ella todo el peso de su cuerpo. El piso estaba enarenado, según la costumbre del país, con una arena traída de la playa, y al ser restregada contra la madera producía un leve rechinamiento. El joven ponía, para impedirlo, sus pies de plano, y algunas arenas gruesas le producían dolor.

Llegó a la escalera. Tenía en sus oídos el tictac del corazón y el sordo runrún de la lluvia… Subió un peldaño, otro…; algunos crujían, y Sergio se detenía entonces, anhelante, con los ojos abiertos, abiertos… Creía él que en aquel momento su madre, y su hermana, y Chinto, y Rafaela, se removían entre las sábanas, prontos a despertar. Pensó también en que a veces doña Rosa sufría insomnios duraderos… Al llegar al primer recodo de la escalera, un tablón carcomido gimió bajo sus pies largamente.

Entonces pensó en desandar el camino y volver a su cuarto; pero ya estaba más próximo el de Federica… Continuó… En el pequeño pasillo, al que daban los dormitorios de las dos mujeres, se oía la fuerte respiración de Rafaela. Esto le dio vigor. Empujó lentamente la puerta de la alcoba de Federica. Pensó que estaría ella detrás. Esperaba que sus manos avanzasen para guiarlo. Creía ser tocado por ellas a cada instante, y esta presunción de unos brazos en la sombra le produjo una inquieta nerviosidad. Pero ningún cuerpo vivo rozó el suyo. Entró con cautela extremada, temiendo derribar algo, extendidas sus manos hacia el frente, comenzando a encontrar interminable aquella horrible excursión entre las tinieblas y el silencio, respirando con la boca abierta para que ni aun se advirtiese el rumor de sus aspiraciones.

Al fin, sus muslos tropezaron con algo. Bajó las manos cuidadoso. Bajo ellas sintió el tibio bulto de Federica, acostada, cubierta por las ropas del lecho. Le secó los labios una oleada de emoción. Se inclinó sobre la bella cabecita; susurró tenuemente.

—Soy yo…

Ella no se movió; volvió a advertirle:

—Federica, soy yo…

Apoyó sus manos en el cuerpo tendido con una suave presión. Federica dio un fuerte suspiro y se estiró en el lecho. ¡Dormía! ¡Gran Dios, dormía!… Sergio se maravilló sinceramente. Volvió a apremiar, con la punta de sus dedos, el cuerpo perezoso. Y de pronto, tras un rebullir, que se tradujo en un ruidoso alboroto de hojas secas del jergón, los calientes brazos de Federica se enroscaron a su cuello, y él, entonces, buscó sus labios y los besó estremecido.

—¿Dormías?

Y ella, con voz enronquecida por el sueño y llena de añoranza de él:

—Sí.

Sergio tuvo que sacudirla:

—¡No grites, mujer!… pueden oírnos…

Entonces bajó mucho la voz, como una niña a quien se reprende, para repetir:

—Sí.

Continuaba con los desnudos brazos sobre el cuello del joven. No se veían. El rumor de la lluvia era más fuerte en el pequeño cuarto; se sentía su repiqueteo en el cinc del tejado y sobre los vidrios del tragaluz. Sergio se iba sintiendo presa del frío.

En la cima de su empresa ocurríasele ahora, preferentemente, la terrible idea de tener que volver a su estancia con todas las mismas minuciosas precauciones. En la alcoba contigua, a través del delgado tabique de madera, se oyó el ruido del jergón donde Rafaela debía de haberse agitado. Entonces Federica iba a decir algo al oído de Sergio, pero éste la hizo callar con sobresalto.

—¿No oíste? —dijo apenas él, con la tenuidad de un suspiro—. Debe de estar

despierta.

Le invadió el miedo. Dio otro beso a la novia.

—Bueno, me voy.

Ella tornó a abrazarle. Aún le retuvo para pedir:

—Tápame bien…

Sonrió en la sombra. Metió parte del embozo bajo la espalda de Volvoreta, le dio una palmadita de despedida, y súbitamente, esclavo de su hondo temor, comenzó otra vez el peregrinaje. En la escalera sufrió angustias mayores, porque el descender en la oscuridad era mucho más difícil que el subir. Creyó que no se acababan nunca los peldaños. Ya en el pasillo del primer piso, sus pasos fueron más ligeros. Entró en su dormitorio, dando un profundo suspiro de placer, como si saliese de una pesadilla. Se zambulló en la cama. Tenía los pies helados, con algunas arenas del pasillo incrustadas en ellos. Se arrebujó apretadamente y quiso saborear sus sensaciones de la noche, pero se durmió.

Soñó que quería correr hacia Volvoreta. Volvoreta le esperaba con sus rizados cabellos de color de la miel y su blusa blanca de los domingos. Él quería correr, porque su madre le perseguía; pero sus pies no podían apartarse del suelo. Corría, corría, y no avanzaba ni un solo punto…

V

Meditó Sergio después en su cobardía de la víspera, en la brevedad de su estancia en el cuarto de Volvoreta, y se hizo reproches y se prometió una mayor decisión. Vencido el misterio de la empresa, el éxito obtenido le alentó. Tenía para él una enorme e intensa poesía de aventura aquella visita cautelosa, aquella oscuridad que los hacía invisibles, el secreto de la andanza, mientras la gente, confiada, dormía… Le pareció que los pasillos y las escaleras que recorrió, sin ver, en una duradera y lentísima caminata, no eran los pasillos y las escaleras tan conocidos de su casa, sino que el genio travieso de la noche y de los amores lo habían transformado todo. Sentía aún la dulce presión de los tibios brazos en torno al cuello, y ansiaba volver a entregarse a aquella caricia turbadora, no probada jamás.

Al encontrarse Federica y él, se sonrieron, como cómplices de una misma travesura. Pero, evidentemente, ella no concedía una gran importancia a lo ocurrido. Hubiera ansiado Sergio contarle con todo lujo de detalles la excursión nocturna, mas no hubo ocasión. Tan sólo, al cruzarse en un pasillo, pudo decir brevemente:

—Hoy volveré.

Y ella, que marchaba hacia el comedor, no hizo el menor gesto, y, al hablar con doña Rosa, su voz tenía el mismo bello timbre de siempre, sin que lo alterase la emoción.

Fingió estudiar durante toda la tarde en la galería. En realidad, soñaba. Vio cómo los árboles se doblaban ante las ráfagas. Vio salir a Chinto, cubierto por un capote de paja cosida, que era su aldeano impermeable, chapoteando en el lodo con sus zuecos de aguda punta retorcida. Vio en el mirador de la casa de los Solís cómo doña María asomábase, enlutada y triste, a contemplar el cielo. Los ojos de la madre se apenaban más ante aquel espectáculo de la nube igual y plomiza, sin principio ni fin, uniforme, que vertía incansablemente la lluvia. Apenas se adivinaba por una ligerísima luminosidad el sitio donde el sol estaba oculto en el cielo. Y en aquel sitio se obstinaba el mirar de doña María, como si rogase, como si mentalmente hiciese al astro magnífico la confidencia de todo su drama y le pidiese que dejase llegar algunos de sus rayos vivificantes a aquella caseta del jardín, techada de vidrio, donde las tablas estaban ya ennegrecidas por la lluvia, para que el rayo fuese como una lanzada que matase el germen del mal en los pechos aquillados de sus hijos.

Pero a Sergio el espectáculo del agua implacable le producía ahora un íntimo contento. Sentía gratitud hacia los hilos de lluvia que rayaban el campo y hacia la negra nube inmóvil que los dejaba caer, porque a esto debía el sabroso goce de su alma. ¡Bendita lluvia!… Aunque llegase a pudrir el grano en los surcos, ¿no había sido ella la madre de este florecimiento de sensaciones felices en su corazón?…

Y aquella noche volvió a subir; y la siguiente, y todas. Cada vez tenía mayor

confianza en la impunidad; pero no lograba sacudir por completo el temor que se enroscaba en él a lo largo de aquellas inacabables excursiones, en las que antes de asentar un pie tanteaba el sitio donde apoyarlo, para resbalar después con igual cautela las frías manos por las ásperas paredes. Llegó a familiarizarse hasta tal punto con los incidentes del trayecto, que sabía en qué lugar rechinaba una tabla del piso y cuál era el peldaño que crujía escandalosamente bajo su presión. Volvoreta casi siempre estaba dormida al llegar él, y él tenía siempre el mismo sobresalto, el mismo miedo a sorprender con su llegada y que gritase, sin darse cuenta exacta de quién era el nocturno visitante. Pero ahora Volvoreta ni aun rebullía en el lecho. Extendía siempre sus brazos, como en la primera noche, y, juntas las cabezas, se hablaban nimiedades de enamorados; él, en pie, encorvado, en una violenta postura, sin apoyarse mucho en la cama por miedo al crujido del jergón.

A veces se desprendía del lazo tibio de los brazos y se incorporaba para librar a su espalda de la tortura de aquella actitud de arco. Pero conservaba entre sus manos las manos de Federica, como si temiese, al soltar las, que las sombras cavasen un abismo entre ellos.

En alguna ocasión, el mismo contenido tono de su charla, una frase trivial cualquiera, les provocaba un loco deseo de reír, tanto más fuerte cuanto más se lo prohibían sus temores. Y entonces Volvoreta, menos dueña de sí, sentía hinchar sus carrillos de risa, y la risa se escapaba al fin, de pronto, con el mismo ruido que hace una gaseosa al destaparse; esto terminaba por vencer los esfuerzos de Sergio sobre su hilaridad, y ambos reían ahogadamente; ella escondía la cabeza bajo las mantas para sofocar el rumor, y él sentía su, cuerpo hipar en la jocundidad contenida. Después se asustaban mucho y quedaban largo rato escuchando, por si en la alcoba de Rafaela se advertía algún ruido sospechoso.

—Querría estar siempre a tu lado en esta alcoba —susurraba Sergio.

Y era verdad; no había para él en toda la casa un lugar de mayor sugestión. Pensaba ya, en su lecho, muchas veces, que era más grata aquella otra estancia de techo aguardillado, donde se sentía fuertemente el paso de las ráfagas, donde la lluvia tecleaba ruidosamente sobre el cinc, donde se veían pasar, tras los cristales del tragaluz, las nubes negras y las blancas nubes, procesionales, y también el parpadeo de una estrella que parecía estar en lo sumo nada más que por curiosear lo que en la alcoba ocurría; tal brillo de mirada humana tenía su mirada; tal vez se veía, entornando un poco los párpados, cómo el haz de sus rayos llegaba hasta dentro de la misma alcoba, al través del cristal.

Cuando el nimbo se abría alguna vez en descanso de la lluvia y la luna asomaba por el desgarrón momentáneo, entraba poco a poco en la alcoba una suave luz misteriosa, que iba creciendo a medida que la gasa de nieblas disminuía ante el satélite. Entonces surgían todos los objetos de la oscuridad: se veía la blancura de la

palangana de hierro esmaltado lucir en un rincón; y las sayas colgadas de clavos en las paredes, como pequeños fantasmas con un capuchón puntiagudo; y brillaba extrañamente un diminuto espejo, semejando una ventana abierta en el tabique, y a la cama llegaba a veces la luz azulada del astro y se veía su raudal bajar del vidrio, recortando en el aire su forma prismática, a la manera de esos raudales que en los cuadros místicos bajan desde el cielo para envolver las figuras de los santos. Las sombras huían hasta el rincón donde el tejado y el suelo se unían en una arista, y se agazapaban allí. Y Sergio podía ver, un poco confusa, sin embargo, la cara de Federica, en la que los cándidos ojos verdes lucían como si concentrasen la dulce luz; y veía también el bulto de su cuerpo adorable, acusándose bajo la colcha de tela rameada. Callaban entonces, porque les parecía que en la claridad habían de sonar más fuertes sus palabras. Sergio conservaba en los ojos la visión de la silueta adivinada bajo las ropas, y cuando se volvía a hacer las tinieblas paseaba sus dedos sobre la colcha desde los pies hasta la garganta de la novia. Y al llegar allí la besaba. Volvoreta permanecía inmóvil, sin protestar, sin estremecerse.

Cuando sus manos, heladas por el contacto de las paredes, tocaban los brazos o los hombros de la joven, ella sofocaba un grito que la fría impresión estaba a punto de arrancar. Entonces guardaba un momento aquellas manos bajo las tibias sábanas y él permanecía un instante así. Pero, a medida que se aproximaba el invierno, el aire que se desrizaba en la casa por las rendijas de las puertas, el tránsito brusco de su lecho templado a la atmósfera húmeda y fría de los pasillos, le aterían. Llegaba a veces al final de su peregrinaje tiritando, y tenía que esperar un poco para poder hablar, porque sus dientes entrechocaban.

VI

El grito de doña María de Solís llegó hasta la casa.

Viose correr a una criada por el mirador con aire azorado, y un minuto después volver a cerrar apresurada las ventanas de guillotina, que batieron fuertemente en su encaje. Entonces doña Rosa, asustada, se echó un viejo chal sobre los hombros y salió.

—¡Dios mío, algo ha pasado en casa de los Solís!…

Y atravesó el jardín, y orilló un pequeño trozo de carretera, y entró en la finca próxima. El jardinero ensillaba nerviosamente un caballejo castaño, de larga crin.

—¿Qué ha ocurrido?

—La señorita Maruja se puso mala de repente.

Doña Rosa subió. La niñera, trémula aún, torturaba entre sus dedos la punta del delantal, en el comedor, a la puerta de una alcoba en penumbra. Doña Rosa preguntó en voz baja, llena de ansiedad sincera:

—¿Están ahí?

Y, como la criada afirmase, pasó.

Pero se detuvo casi a la entrada. Hacia el fondo de la amplia alcoba se veía blanquear la cama de Maruja: la luna de un armario reflejaba un trozo. Habían entornado, casi hasta unirlas, las contraventanas, y la claridad exterior se dibujaba en sus intersticios formando como una T, que en el trazo superior, junto al dintel, tenía los extremos aguzados. En la semisombra, los lienzos que en la pared pendían de cordones de seda eran imprecisas manchas oscuras. Doña María inclinaba su sutil silueta, más enflaquecida aún por el luto, sobre el lecho donde su hija reposaba. Se oía su voz, toda llena de inflexiones dolorosas, como si de un momento a otro fuese a romper a llorar.

—Muy quietecita, ¿sí?… ¡Has de estar muy quietecita!… Así, boca arriba; sin moverte…

Sus manos arreglaban las almohadas en torno a la cabeza de la enferma. Hubo un silencio. Después, la voz débil de Maruja indagó temerosamente:

—¿Era sangre, mamá?

Se hizo mimoso el hablar de la madre:

—¡No, hijita, no!… ¿Cómo iba a ser sangre?… ¡Qué tonterías se te ocurren!… Fue el desayuno, que te hizo daño, bobiña. ¿Cómo iba a ser sangre?

Quería fingir risa ante la sospecha de la adolescente; pero sus palabras temblaban con un espanto contenido. Doña Rosa, inmóvil, sintió llenarse de lágrimas sus ojos.

—Quietecita, ¿eh?

Y doña María se alejó. Entonces se vio sobre la blancura del embozo y de las almohadas amarillear el rostro de la enferma, con los ojos hundidos en un halo de

negrura. Al dar la espalda al lecho, el llanto retenido arrugó en mil arrugas la flaca cara maternal e hizo bajar como para un sollozo las comisuras de los labios. Acudió a sofocarlo con su pañuelo. Miró a doña Rosa, con una mirada de desesperación a la que los párpados rojos y el brillo de las lágrimas silenciosas daban una trágica intensidad, y salió al comedor y avanzó hasta el último rincón de la galería. Entonces abrazó a doña Rosa y lloró convulsivamente sobre su hombro.

—¡También ésta se me va! ¡También ésta!…

Doña Rosa balbucía consuelos:

—¡Vamos, dona María…, no se ponga usted así!… ¡Dios es bueno!…

—¡Oh, si bien sé lo que tengo que esperar!…

Entonces la criada rompió a llorar en el comedor. Doña María la llamó imperiosamente:

—¿Qué la ocurre a usted? ¿Por qué llora?…

Calló la rapaza, hipando aún, con las mejillas rojas. Doña María ordenó:

—Pase en silencio a la alcoba. Como la señorita la oiga llorar, la despido a usted.

Después, a solas en la galería, explicó. Había sido una cosa imprevista. Maruja parecía estar bien de salud: comía regularmente, no se quejaba de nada; alguna que otra vez, dolores de cabeza, que pasaban pronto. Aquella mañana había estado jugando con su hermano Juan. Repentinamente, al bajarse a coger la pelota con la que se distraían, tuvo un vómito de sangre, poca. Doña María, al verla, había dado un grito, y Maruja, asustada, sufrió un desvanecimiento.

—Creo que ha visto la sangre; yo quise engañarla, pero me parece que la desdichada lo sabe tan bien como yo… ¡Pobre hija mía!

Doña Rosa volvió a intervenir para deslizar un rayo de esperanza. ¿Cuántas personas conocía ella, y también la señora Solís, que habían tenido hemoptisis en su juventud y que después habían curado?… Allí estaba, en el cementerio de la Gándara, el antiguo cura, don Francisco Javier, que, hasta cumplir los cuarenta, todos los años tenía algún vómito de sangre, y que murió a los sesenta y tantos, de una indigestión. Las cosas ocurrían siempre como Dios las ordenaba, y no estaba bien entregarse a desconsuelos prematuros.

—Pero ¡en esta edad, doña Rosa, como los otros!

—Los otros estaban en la ciudad. La aldea es más sana.

—Sí; la aldea…, la aldea…

Doña María paseó una mirada por el campo entero, por la carretera donde el agua brillaba en los surcos, por los olmos crecidos, sin hojas ya; por la lejanía de los prados y de las tierras donde las semillas, bajo la humedad, iniciarían entonces la misteriosa evolución de la vida en sus entrañas harinosas, y miró también el cielo gris, sin sol, y al trozo de mar que ahora se veía al través de los desnudos troncos del bosque. Y parecía pedir a todas estas cosas indiferentes algo del oxígeno que

exhalaban y de la vida que sabían hacer germinar, y también su suprema e inmóvil quietud, su insensibilidad para todos los males que conturban al hombre.

El médico llegó por la tarde y permaneció largo rato en la casa de los Solís. Antes de que regresase a la ciudad, Chinto fue a requerirle en nombre de doña Rosa, y él acudió a saludarla.

—¿Qué?… ¿Muy mal?…

Naturalmente, muy grave. Para ir tirando unos meses. Y el hijo menor, el entablillado, con el mal de Pott. Aquello no tenía remedio. Era una familia de tuberculizados. Gracias a la higiene meticulosa, y a la existencia ordenada, y a la sobrealimentación, podían fingir una apariencia de vida; pero en cuanto el organismo hacía una demanda de fuerzas para su desarrollo, la economía presentaba su quiebra. Habló luego, con cierta circunspección, del difunto señor Solís, de su vida de crápula, de taras y de estigmas… Doña Rosa le ofreció una copita de tostado del Rivero, y él la bebió, desnudando lentamente su mano derecha para cogerla.

Al salir, Chinto se acercó, levantando un poco por el ala el sombrero mugriento:

—Entonces… Ya que el señor facultativo está aquí…, bien podía, de paso, echar un ojo a mi hermano Ramón, que el pobre no se tiene en pie hace diez días.

El doctor, contrariado, miró su reloj. Inquirió doña Rosa:

—¿Y qué tiene tu hermano, Chinto?

—Yo no sé… Para mí, que es *andancio*.

El médico intervino:

—¿Está aquí?

—Como estar aquí, no está, no señor; pero le coge de camino.

—Andando entonces.

Sergio fue también, más por dar un paseo en el automóvil del doctor que por cariñosa curiosidad hacia el doliente. Chinto, al fin, indicó una choza situada al borde de la carretera. Entraron. La choza estaba formada por trozos de piedra pizarrosa, unidos, más que con argamasa, con arcilla. Tenía la forma de un cajón negruzco, con vetas de líquenes amarillentos, y el tejado bajaba desde el muro posterior, con un pronunciado declive. Entre las tejas crecían ortigas y se escapaba el humo del hogar, falta de chimenea la vivienda. Una sola ventana daba una dudosa luz al interior; el suelo estaba pisado de tierra. Empujaron la puerta, pintada de verde y partida horizontalmente en dos, y nadie salió, ni se alzó voz alguna en el oscuro recinto. El médico comentó, esperanzado:

—No hay nadie dentro.

—No hay, no, señor —replicó Chinto—, porque van en el campo. Pero Ramón está.

Y gritó:

—¡Ay Ramón!

Una voz, entre malhumorada y doliente, contestó:

—¿Qué quieres?

Y en una especie de arca, próxima al muro del fondo, hubo un rebullir de trapos.

—¡Ay Ramón —insistió Chinto—, levántate, hom, que aquí te traemos al facultativo!…

Pero el doctor ya se había aproximado. Encendió una cerilla. El enfermo, con la barba descuidada, revuelto el pelo, se incorporó, parpadeando ante la proximidad de la luz. Se dejó tomar el pulso; enseñó la lengua, y mientras apretaba el brazo contra el cuerpo para sostener el termómetro en la axila, Chinto paseó su mirada satisfecha por el grupo del médico y de Sergio y del chófer, imponente con su chaqueta impermeable y sus polainas de cuero, y murmuró, alegre:

—Lo que es…, bastante señorío te traigo. ¡Si no sanas de ésta…!

En una hoja arrancada de su cartera, el doctor, sin detenerse a explicar, recetó nerviosamente. Chinto tomó el papel entre sus dedos deformes.

—Dios se lo pague, señor.

Ordenó el médico entre dientes, al marchar:

—Tres cucharadas al día. Dieta. Que no salga al trabajo.

Y saltó al coche. Chinto aún indagó, un poco defraudado por todo aquello:

—Dígame, señor: y esto, ¿costará mucho?

Repasó el doctor la receta de una ojeada.

—Unas doce pesetas. Manden a buscarla a una botica de la ciudad.

—Bien está, sí, señor.

Y mientras el automóvil se alejaba salpicando la turbia agua de los baches, hasta las cunetas, Chinto, caviloso, dobló muy bien el papel y lo guardó en el bolsillo del chaleco, donde acostumbraba guardar las colillas de sus propios cigarros.

Dos mujerucas, atraídas por la detención del automóvil ante la choza, se habían acercado a observar, con las manos ocultas en el pañolón cruzado sobre el pecho, surgiendo sus canillas de las zuecas como dos estacas.

—¿Qué dijo? —curiosearon.

—Lo que dijo, no sé; pero como él dejó la receta…

Y meditó, rascándose la frente:

—¡Caray!… ¡También…, doce pesetas!

—¡Ave María! —comentó una mujer.

—Mércase un cocho pequeño —calculó la otra.

Chinto encogióse de hombros.

—Mi padre verá —resumió; y volvió a entrar, buscando la receta en el bolsillo para dejársela a su hermano.

Una mujeruca gritóle aún desde la puerta:

—Eso no es más que el *andancio*, Chinto, que hay mucho *andancio* en la gándara

y más allá de la gándara.

Sergio saltó a la carretera y volvió hacia la quinta, sin esperar por el criado. La tarde declinaba y el verdor de las matas era más oscuro y el aire tenía, en el crepúsculo que se iniciaba, una extraña diafanidad. El camino estaba desierto, bajo el varillaje de los olmos que sobre él se cruzaba, y al través del cual se veía el cielo como al través de una red; todas las hojas habían caído ya, y en alguna horquilla de las ramas se veía, quizá, un nido abandonado, negro, del mismo color de la corteza. Las llantas de goma del automóvil habían dibujado sus relieves en la blanca superficie de la carretera, y Sergio las seguía silbando, con aquella abstracción, con aquel extraño sentimiento que diluía su espíritu cuando se hallaba solo en la vastitud del campo callado. Pero súbitamente se detuvo. De una corredoira que salía al camino real acababa de surgir Volvoreta. Y Volvoreta no iba sola. Sergio lo advirtió, con un furioso fluir de sangre al cerebro. Volvoreta iba con un jovencito vestido de cadete. Después de la ceguera de sorpresa, Sergio conoció en él al hijo de los señores de la Cruz del Souto, que había vuelto de Toledo a pasar en el pazo las Navidades. Hirviente en cólera, conteniendo el impulso celoso, se acercó. Pudo oír decir al cadete:

—Paso poco tiempo; pero estaba seguro de no haberla visto… Tan hermosa como es usted…

Sergio los sobresaltó con su presencia repentina. Prescindiendo del acompañante, el joven, pálido, cruzó sus brazos ante Federica, asestándole una fiera mirada:

—¡A casa!

Ella dio un paso atrás.

—¡Pronto!

Marchó, acelerando el andar, sin volver la cabeza. Entonces él se volvió hacia el cadete, que batía su pantalón gris con su espadín, jactanciosamente. Miró su figurilla menuda de adolescente y alzó la cabeza para preguntar, con una sonrisa desdeñosa:

—Y tu, Souto, ¿qué haces aquí?…

—¡Ya ves! —fanfarroneó el pequeñuelo.

—¿Vienes de enseñarte por las fincas con tu traje de máscara, Souto?

—Vengo de donde quiero.

El enamorado avanzó un poco.

—Pues si te vuelvo a encontrar entreteniendo a mis criadas, te hincho las narices de un puñetazo. No sería la primera vez, recuerda.

Hablaba casi pegado a él, dominándolo con su estatura, con fuego en los ojos. El cadetillo, un poco pálido, quiso protestar:

—Yo haré lo que me parezca.

Pero él lo empujó:

—¿Harás que te golpee ahora?…

Souto le miró rencorosamente y marchó. Cuando estaba algo lejos, arrepintióse Sergio bruscamente de no haberle pegado. En un impulso de ira, miró en rededor, cogió un trozo de cuarzo de un montón que blanqueaba al margen del camino y lo arrojó contra el jovenzuelo. Souto, sin volverse, dignamente, torció por una corredoira. Entonces echó a correr. Sergio lo adivinó, porque la teresiana sobresalía de las paredes que encajonaban el sendero. Y esta huida le llenó de orgullo y aquietó su rencor. Continuó hacia la finca, sin cólera ya, pero con un celoso roer de amargura contra Volvoreta.

VII

Como reiteración de este enfado celoso, Sergio no subió aquella noche las carcomidas escaleras que llevaban al cuarto de Federica. Hasta bien tarde meditó, ceñudo —en las sombras de su habitación, embozado en las mantas del lecho—, en aquel que se le antojaba asomo de coquetería y de falacia. La primera pasión siempre es celosa, y Sergio encontraba fácilmente graves motivos con que robustecer esta condición. ¿Podía creer que Volvoreta le quisiese?… Repasó hasta sus orígenes el breve curso de sus relaciones. Ella había cedido a todo sencillamente, naturalmente, sin arrebatos ni hipocresías, con la fluidez con que una fuente mana y con la indiferencia con que deja a unos labios acercarse a ella y beber. Jamás Federica le instigaba ardor alguno y jamás lo rehusaba tampoco. Sus palabras de cariño, bien compendiosas, eran siempre contestaciones a las inquietas preguntas del mozo; por sus ojos verdes no pasaba nunca una turbación, ni un rubor por su rostro. Era como si las fuerzas sencillas de la Naturaleza, que hacen germinar al grano en el surco y florecer a las plantas humildes en los rincones de las tapias, sin estremecimientos, sin complicaciones, por pura función biológica, la llevasen a ella también a ser el manso eco de aquel amor que la había requerido. Nunca una caricia espontánea ni una charla de cariñosas naderías. Los elogios a su belleza la halagaban fugitivamente, con un halago invisible que hacía sonreír los labios bermejos y los verdes ojos grandes, tan llenos de candor, un candor que supervivía a todo, que quizá fuese el secreto fondo del alma.

«Lo mismo hubiese hecho caso a Chinto», pensaba ahora Sergio.

Desde la noche en que las hojas de maíz habían crujido bajo el peso de los dos cuerpos jóvenes, Sergio estaba roído por esta inquietud. Le parecía que, lo mismo que a él, Volvoreta había de entregarse a cualquiera. Cuando tardaba en volver de un recado, el novio, impaciente, atalayaba desde todos los balcones, víctima de tremendas sospechas. Mientras fumaba su cigarrillo en la amplia cocina, oía alguna vez las bromas de Chinto a la rapaza, bromas que a veces llevaban socarronamente disimulada alguna malicia, que todos, hasta Volvoreta, reían sin reservas. Pero Sergio fruncía el ceño y clavaba en ella una dura mirada. Cierta vez Rodeiro había elogiado a la servidora:

—Eres bien garrida.

Y Sergio le odió. Cuando, por las noches, después de regresar a su alcoba, se oía en el silencio de la casa el crujir de una viga o el gato fingía ruido de pisadas, Sergio cavilaba que alguien podía sucederle a él junto a la novia y salía al pasillo a escuchar. Todo callaba. Un minuto, cinco, diez, estaba él así, inmóvil, anhelante; por fin le atería el frío, y sus ojos, cansados de mirar en las sombras, comenzaban a ver como manchitas de colores que parecían volar en la oscuridad y que se extinguían cuando

él parpadeaba. Entonces volvía al lecho, tiritando, un poco más tranquilo, pero dudoso aún en su deseo de volver a subir.

Se reprochaba a veces la propia flaqueza, pero la sinrazón vencía. ¡Tan guapa era, tan guapa!… No podía haber ningunos labios que tuviesen aquel sabor; ni ningún cuerpo, aquel suave olor a romero y aquella gallardía, aquellas líneas, aquella tersura; ni ninguna cabellera el suave tono de color de miel, tan justo, tan bello… Una vez había visto todos estos encantos cuando la luna entraba por el tragaluz y llenaba el lecho con su dulce luz azulada. Volvoreta sólo protestó cuando el frío mordió en sus duras carnes, puestas al descubierto. Aquella visión turbaba siempre con su recuerdo al enamorado. ¡Tan guapa, tan bien hecha!… Ni la hija de los Acevedos, que a veces llegaba a la playa toda vestida de blanco, en un bote, desde el otro lado de la ría, remando como un varón, ni ninguna señorita de la ciudad podía ser comparada con ella. Pensaba a veces que aquella broma suya de que un príncipe la había abandonado en una choza al pasar por Dumbría podía ser una adivinación.

No se atrevió a reñir al día siguiente, ya templado su rencor. El agua del río amorataba las manos de Volvoreta, y él la contemplaba serio y meditativo, con cierta piedad. Pero una pregunta iba barrenando obstáculos dentro de su alma para formularse. Cuando ella terminó y tendió la blancura de las ropas sobre los tojos vecinos, para que el viento, ya que no el sol, las secase, rogó él:

—Siéntate un poco.

—Pueden venir.

Entonces Sergio se puso en pie y miró en torno. En un prado vecino, un rapazuelo de siete años, gravemente enfundado en un traje de hombre, apoyado en una larga vara de fresno, vigilaba el pacer de unas vacas. Sergio le gritó:

—¡Ei Santiaguiño!

El rapaz berreó, sin moverse:

—¿Qué quer?

—Avisa si viene alguien, hom, que he de darte un pitillo.

—Bien está, sí, señor.

Se sentaron. El tránsito del agua por el cauce pedregoso llenaba todo el aire de un rumor. Callaron unos instantes. Sergio inquirió, al fin, sin mirarla:

—¿Me has de decir lo que te pregunte?

Ella le contempló, sorprendida.

—Diré.

Hubo otra pausa. Él arrancó unas hierbecillas.

—¿Quién fue el primero?

Sonrió la moza.

—Tú.

Sergio arrojó las hierbecillas a la corriente del río.

—¡Bah!… Bien sabes que no. ¿Quién fue el primero? Dime.

Aún añadió suavemente, para facilitar la confesión, mientras rapaba el suelo con sus dedos nerviosos:

—Es por saberlo nada más…

Entonces Volvoreta fue atenuando poco a poco su sonrisa. Contestó con su sencillez habitual:

—Fue allá, en Dumbría.

—¿Un mozo?

—Un mozo.

Y Federica, sin nuevo requerimiento, contó, en una evocación en la que más que el suceso descollaban el ambiente y las figuras de la aldea lejana:

—Nuestra casa estaba en el medio de un monte…

Y habló… Aquellos montes de Dumbría, todos llenos de pinos; manchas y manchas de pinares siempre verdes, siempre llenos de rumor, como el mar… En algunos de ellos se había perdido cuando era muy pequeña y abandonaba las vacas para ir a buscar entre el bosque algún pino macho y después tostar sus piñones al fuego del hogar. A veces los leñadores derribaban centenares de árboles robustos; pero los pinos recién plantados iban creciendo y pronto volvía la fronda a extenderse. Después de la tala quedaba el bosque aquí y allá lleno de las manchas blancas del tronco segado casi a ras del suelo. Gustaba ella de sentarse allí, y la fresca resina se pegaba en sus ropas humildes.

Más tarde, las lluvias y el sol iban volviendo el tallo del color de la tierra, más ceniciento aún, y se resquebrajaba con sus raíces secas hundidas todavía en el monte. Por la carretera, una larga procesión de carros chirriantes conducía los troncos hasta el mar, y embarcábanlos en pataches ventrudos, que se balanceaban dentro de la barra de Puenteceso. Y en cada barco había un perro sucio que ladraba siempre desde la borda como los perros de los parajes aldeanos. Ella había ido allí una vez. Y tan ajeno estaba ahora su pensamiento a la pregunta del amante que había motivado la evocación, que se detuvo a describir el aspecto del Monte Blanco —como si todo él estuviese hecho de arena— que hay a la orilla del mar. Sonreía, maravillada de hallar en su memoria, a pesar de los años transcurridos, un tan claro recuerdo del paisaje. Sergio preguntó, rencoroso contra aquella delectación y aquella memoria anterior a él, donde él no podía surgir nunca:

—¿Y tu novio?

No era novio. La pretendía; pero ella era niña aún: catorce años. Él tendría veinte. Sus viviendas no estaban lejanas. Los sábados, de noche, acudía él invariablemente a repiquetear con el canto de una moneda en la puerta de Federica, y una vez la emprendió a garrotazos con un mozo de parroquia distante que tunaba con ella. En las romerías la buscaba: para bailar, pero ella le huía; quería libertad para divertirse. Una

vez habían ido a una *palillada*; era en casa distante, donde las mozas se reunían para hacer sobre sus almohadillas, moviendo rápidamente los palillos de boj, con un constante ruido, el encaje de Camariñas, que después vendían a los exportadores.

—¡Reímos bien! Al volver, él quería acompañarme; pero yo me escapé. Era ya muy tarde. Había que pasar un monte para llegar a mi casa. En el monte me alcanzó.

—¿Y fue entonces…?

—Fue.

Sergio censuró, malhumorado:

—Porque tú quisiste.

—¿Y yo qué iba a hacer?… En un monte, fíjate… La vivienda más próxima, a un cuarto de legua… Ni gritar valdría.

—¡Ah! —exclamó él, sorprendido y colérico— ¿Tampoco gritaste?

Y Volvoreta, sin bajar los ojos y como si apelase con su tono al buen sentido del enamorado:

—Ya ves…

—¡Oh!…

Y, tras la exclamación de despechada ira, él continuó arrancando las hierbas una a una, con la mirada fija en el suelo. Después de una pausa, ella siguió:

—Luego estaba empeñado en casarse conmigo, pero no quise. Se fue a América.

Alzó Sergio la cabeza para interrogar, pero volvió a su abstracción sin haber hablado. Todo aquello era absurdo: la indiferencia de la moza, su negativa a la proposición matrimonial… Y aquel tono sencillo que utilizaba en el relato que él creyó tener que escuchar entre lágrimas y rubores… Y no era por vicio; le constaba bien. ¡Mujer más fría, más inerte…! «Es que no se da cuenta», meditó. Ahora tenía la dolorosa seguridad de que entre el aldeano que la asaltó en el monte, en la negrura nocturna, y sus relaciones presentes, Federica había vivido otras aventuras, resbalando por ellas con aquella naturalidad que conservaba toda la expresión infantil de sus ojos. En la capital…, mientras sirvió en la capital… Preguntó bruscamente:

—¿Tú estuviste en casa del cuñado de los de Souto?

—Estuve dos años.

—Y él, ¿no te hizo el amor?

Volvoreta rio francamente, con los ojos llenos de alegría. Se incorporó un poco, como quien va a contar algo interesante:

—Hizo…; don Gerardo…, ¿sabes? Una vez me regaló un pañuelo de seda, y otra me enseñó unos pendientes… ¡Qué risa con don Gerardo!… Era un sucio: en los dos años que llevé en la casa, nunca pidió agua para bañarse.

—Pero tú le harías caso.

Ella hizo un gesto de repugnancia:

—¿Sabes qué?… Que siempre que tenía yo al pequeñito en los brazos venía a

cogérmelo para pellizcarme… Nada más.

Él se indignó.

—¡Bueno, vete; no quiero oírte!

—Si te digo que no hubo nada. ¡Asco de viejo!

—¡Vete!

Se levantó y se fue, haciendo un mohín.

Sergio siguió la margen del río, hacia el mar, desazonado por el disgusto de aquellas revelaciones provocadas por él y en las que aún se complacía en escarbar su alma. Santiaguiño atravesó el prado corriendo y se plantó frente a él, muy grave dentro de su chaqueta de pana, las manos en los bolsillos y la vara de fresno bajo la axila:

—¿Y luego? ¿No me da ese pitillo?

Se lo arrojó. Santiaguiño se puso al socaire del vallado para encenderlo. El joven siguió su caminata. Desvióse un poco del río para subir a las viejas ruinas de un fortín abandonado que, a la vera del mar, sobre un promontorio, atalayaba la ría. Apenas quedaban en pie algunas dentadas paredes. Sobre su suelo crecían la hierba y las ortigas, cubriendo las piedras en que se desmoronaban los muros. Una puerta conservaba aún su dintel y, borrosamente esculpido, un escudo de armas. Cuando Sergio leía alguna novela de Benito Vicetto, la imagen de estas ruinas se suscitaba en él. Las reconstituía, las ornamentaba, y se figuraba que dentro, en las remotas edades del feudalismo, se había entregado a la orgía el feroz caballero Corno-de-Boi, o se había desarrollado la terrible tragedia de los Boborás. Y veía también a las Hermandades de Galicia sitiar el castillo y arrasarlo, y se imaginaba el penacho de humo, torcido por el viento del mar, y las ventanas transparentando en la noche la interna hoguera. Rodeiro, que era un fervoroso admirador del Walter Scott galiciano, le facilitaba estos libros.

De la playa, bajo las mismas murallas del fortín, subía una tenue humareda. Sergio, sentado sobre las piedras grises, con las piernas colgantes en el vacío, miró. Unos marineros habían encendido una fogata, y sobre ella, apoyado en dos pedruscos, se ennegrecía un caldero, donde cocían peces. La lancha, fondeada cerca de las rocas, apenas se movía en la unánime calma del mar. Los hombres estaban tumbados sobre la arena. Un marinero le saludó. Era de la Gándara. A veces llegaba hasta la casa de Abelenda a vender pescado. El padre del mozallón había muerto hacía apenas una semana, envuelta su barca por una ola al salir de la ría. El hijo llevaba un pañuelo negro como luto.

—¿Quiere un bocado? —ofreció.

Y Sergio:

—Gracias. ¿Qué tal de pesca?

—Aún no empezó. Vamos a la ardora.

Un viejo de mentón pronunciado intervino:

—No; buena pesca, ya la hicimos. Ahí va un arroás[1], con el vientre abierto, por el medio de la ría. Aprecio más su muerte que llenar la lancha de pescado. Toda la sardina escorrentan…

Los marineros comentaron, riendo, la caza del odiado enemigo. El viejo opinó aún:

—Pues yo digo que los barcos de guerra debían dedicarse a matar arroás. Así servirían para algo útil.

Los pareceres dividiéronse. Sergio volvió a entregarse lentamente a su preocupación dolorosa. ¿Qué concepto era el que Federica guardaba de su propia honestidad, hasta de su propia valía de mujer guapa?… ¿Cómo se formularían los deberes y los derechos sentimentales dentro de aquella adorable cabeza, en aquel corazón de ritmo uniforme, que no suscitaba desequilibrio, ni arrebatos, ni alteraciones; que no ponía una inflexión emocionada en la voz que contaba el drama de la iniciación?… El drama: para Sergio era un drama bestial. El monte negro…, los foscos pinares todos llenos de rumor…, la inmensidad hostil del cielo en los novilunios…, las ásperas manos forzudas del campesino… ¡Si pudiese imaginar también el rostro de Federica, contraído por el terror!… Pero la veía con aquel mismo gesto con que hizo el relato. ¿Por qué este absurdo había ocurrido así?

El gris del mar brillaba ahora herido de soslayo por las últimas luces de la tarde. Después se tornaría más oscuro y opaco; simularía en su quietud como una llanura donde los pies podrían asentarse y andar. Y con la noche tendría también esos misteriosos matices que luce el mar bajo la suave claridad de los astros. Las montañas de la opuesta orilla iban sumergiéndose lentamente en sombras. La eterna y vieja belleza del crepúsculo, suavemente tamizado por las nubes, se mostraba un día más con su sencillez inmutable. Y los humildes hombres de la playa caminaron hacia su embarcación. El hijo del ahogado saludó, riente. Y Sergio pensó en lo extraño de aquella risa, cuando entre las aguas que iba a surcar el mozo vagaba aún el hinchado cadáver del padre, esperando ser arrojado un día a cualquier playa, sin ojos, con los labios comidos por los cangrejos, con el vientre deforme… Sin embargo, era así y debía ser así… En aquella hora de paz, atalayando los montes y el mar y la curva línea de la gándara, imbuido por la gigantesca solemnidad de las cosas, Sergio tuvo un atisbo de comprensión: comprendió la pequeñez del cadáver marinero, invisible, perdido entre las aguas con las misma indiferencia que el del delfín; comprendió la naturalidad del amor… ¿Por qué torturarse complicándolo con morbosidades? Para la muerte y para el amor, para las miserias que sabemos miserias y para las miserias que creemos grandezas, la Naturaleza tiene el mismo gesto dulce, la misma mirada candorosa de Volvoreta, la misma misteriosa tranquilidad. Las fuentes brotan para los labios; del mantillo que forman en el bosque las hojas caídas y muertas se nutren

árboles nuevos… Y todo en una gran placidez inmutable.

Estos viejos axiomas se insinuaron en el alma de Sergio, y la idea de su egocentrismo se diluyó y sintió un gran bien en advertirse ligado sutilmente a los montes, al mar, a las rocas, al río, a las nubes oscuras, como átomo de una obra gigantesca, de oscuro significado, en la cual sus sentimientos y sus voliciones eran como el estallido de una burbujita en el mar.

VIII

El día primero de todos los años don Manuel Souto reunía en su pazo a las familias señoriales de los alrededores y celebraba su fiesta con un almuerzo. Don Manuel Souto era el segundón de una casa distinguida, que había emigrado a Cuba casi en la niñez y que había hecho allí, tras veinte años de trabajo en un almacén de ropa blanca, una fortunita codiciable. Entonces compró un billete de primera en el más ostentoso vapor de lujo que salió de La Habana después de la fecha en que liquidó sus asuntos, y desembarcó en La Coruña, seco, como si toda la humedad de su organismo la hubiese sudado en aquellos cuatro lustros de calores tórridos, con el estómago averiado, hundidas las sienes, bailándole las canillas dentro de un blanco pantalón y oculta la precoz calva bajo un jipi de quinientas pesetas. Su familia se había ido extinguiendo. La casa de la gándara (un viejo y enorme edificio de piedra, de esos que los antiguos señores hacían alzar estratégicamente como centro para el cobro de su rentas forales) estaba casi derruida. Él la reconstruyó confortablemente. Mientras las obras se realizaban, vivía en la capital, donde su pesada cadena de oro y los puros con su retrato en la anilla le habían dado una reputación y consecuentemente una consideración de hombre riquísimo.

Pensó en matrimoniar; quería que cuando la casa de la gándara estuviese terminada, fuese su inauguración pareja de la inauguración de una nueva vida que le llevase, por de pronto, calor de cariño; y después, unos rubios chicuelos; precisamente rubios; como fruto de las lecturas folletinescas con que alguna vez distraía en la Isla sus escasos ocios, don Manuel tenía un concepto excesivamente literario de los niños y se los imaginaba tiernamente blandos, con exclusión de todo otro matiz.

Pensó en casarse; pero cierta timidez, cierto enmohecimiento por desuso de sus facultades de conquistador le retenían en el celibato. Una mañana veraniega, don Manuel, según su costumbre, tomó su baño de mar. Salió de su caseta de lona un poco cohibido, porque se le ocurría siempre pensar, al verse a pleno sol sobre la arena de la playa, que sus piernas eran demasiado peludas y demasiado prominente su nuez. Creía que todas las miradas se clavaban en él con mofa. Entonces daba una carrerita, sofocaba un grito al tocar el agua, se zambullía y surgía después, con los ojos cerrados, resoplando, caído el escaso pelo sobre la frente, desmoronado el bigote a la usanza china, goteando por los codos taladrantes y por la nariz y por la bolsa que formaba el flojo bañador. Luego volvía a hundirse en el agua y se alejaba nadando.

Pero aquella mañana, a veinte metros mal contados de la orilla, donde ya no hacía pie, el señor Souto sufrió un calambre; sintió que los músculos de sus piernas se entorpecían, se inmovilizaban…, le sacudió súbitamente la idea de la muerte; dio unos chillidos, manoteó en vano y tragó, al hundirse, un gran sorbo de agua. En la

arena, la gente comenzó a gritar. Un bañero se echó a nado en su auxilio. La señorita Simona Rúa, hábil nadadora, que estaba cercana a don Manuel, dio unas brazadas y le asió por el bañador. Entre sus dos salvadores, Souto fue llevado a la playa; le pusieron diez minutos boca abajo, le friccionaron, hiciéronle beber coñac, y el hombre pudo ir por su pie hasta casa. Aquella noche tuvo corro en el Casino y se vio obligado a explicar muchas veces lo que había sentido al irse al fondo.

Al día siguiente, un periódico contó el suceso bajo este título: «Salvado por una señorita.» Y en la narración había párrafos elogiosos para «el arrojo temerario de la distinguida señorita de Rúa, que, despreciando su propia vida, salvó la de nuestro opulento convecino el señor Souto». Tras el elogio desmesurado había una enérgica excitación a las autoridades para que se concediese a la salvadora una medalla o una cruz.

Souto, al leer el periódico, se acusó repentinamente de ingrato. En verdad, él no se había dado cuenta de quién le había llevado a tierra firme. Alguien le dijo que la de Rúa «había echado una mano». Inquirió: «¿Cuál de las hermanas?» «La mayor.» Y procuró recordar el rostro huesudo y el cuerpo sin garbo de Simona, a quien él había visto alguna vez en los paseos. Pero creía haber cumplido ya con las cien pesetas que dio al bañero el mismo día del accidente.

El suelto del periódico le inquietó. Algo había que hacer. ¿Qué pensaría aquella señorita?… Se dio a meditar, salió apresuradamente, compró en la primera joyería una sortija de brillantes y se la envió a Simona con una carta en que reconocía galantemente deberle la existencia; y le rogaba que aceptase «aquellas tres gotas de luz cristalizadas, en recuerdo de las incontables y amargas gotas en que él había estado a punto de fenecer». La señorita de Rúa aceptó el reconocimiento, pero devolvió la sortija. Él, entonces, confuso, advirtiéndose culpable de indelicadeza, la visitó para dar fe más viva de su gratitud. Simona declaró solemnemente que no había hecho más que cumplir con su deber. El señor Rúa, viejo magistrado, pronunció acerca de todo aquello un breve discurso y le invitó a almorzar. Presentólo a los demás invitados con una frase concisa: «El salvado por Simona»; como si Souto no pudiese ser ya otra cosa en el mundo, y sus veinte años dando salida a la ropa blanca del almacén, y sus dolores de estómago y su riqueza fuesen caminos misteriosos por los que la Naturaleza le hubiese ido llevando, previsora, a aquel destino.

Luego, alguna vez, en los paseos, se acercaba a saludar a la familia Rúa y aun daba algunas vueltas con las jóvenes por la alameda. En el Casino, en sus círculos de amistad, le hablaban de Simona frecuentemente:

—Porque usted le debe la vida…

—¡Claro, como usted le debe la vida!…

A don Manuel, el novelero romanticismo de la historia le placía; pero se lamentaba en su interior de que su salvadora fuese tan fea y tan flaca, con aquel largo

mentón y aquellos ojos diminutos y aquella nariz que colgaba sobre los labios como una gota de carne pronta a caer en el exiguo pecho desde su altura. Intentó enamorar a la hija de un rico conservero, francamente guapa; pero a las primeras insinuaciones ella protestó:

—¡Si le oyese a usted Simona Rúa!…

—¿Y si oyese? —se atrevió a desdeñar él.

—Pero ¿no está usted comprometido con su salvadora?

Desde entonces, Souto comprendió, melancólicamente, que su destino estaba trazado, y que aquel chapuzón iba a tener en su vida consecuencias más trascendentales de lo que hubiera podido presumir. Las gentes le empujaban a un romántico desenlace. Creyó adivinar que si no procedía de acuerdo con esta opinión de las gentes su descrédito sentimental estaba consumado. Se le tendría por un hombre sin corazón, incapaz de la virtud suprema del reconocimiento. El mismo se dijo que su deber le impelía categóricamente a tal solución. Y sus relaciones con Simona se hicieron más frecuentes, y un día, en medio de la satisfacción de quienes ya lo habían previsto, se casaron.

Cerca de cuatro lustros habían transcurrido ya. Sin embargo, la historia del salvamento no había cesado de ser recordada entre ellos, con sucesivas modificaciones que le daban una novedad lenta y constante. Don Manuel solía decir siempre:

—Si no fuese por mi mujer, no tendría el gusto de hablar con ustedes…

Pero su gesto aburrido y la escasez de su entusiasmo sugerían la idea de que estaba pagando una tremenda deuda día por día y mes por mes…

Rodeiro fue a buscar en su tílburi a los de Abelenda para llevarlos hasta casa de don Manuel. Al llegar al crucero que se alzaba frente al parque, y que daba nombre al lugar, se apearon. Don Miguel se había anticipado a ellos y paseaba bajo los castaños sin hoja, charlando con otro cura que en los días de fiesta acudía a decir misa en la capilla de los Soutos. El cadete, vestido con su uniforme, pequeño y caprichoso como un *groom*, acudió a estrechar las manos de las mujeres, haciendo una estudiada ostentación de finura. Sergio y él se miraron apenas. Más tarde llegaron los de Acevedo: un matrimonio distinguido, que no tenía propiedades rurales, pero que había alquilado un hermoso chalet al otro lado de la ría. Él era banquero y estaba ligado a Souto por razón de intereses. Habían llegado en automóvil. La hija, una joven de dieciocho años, tenía entre las pieles, en que, pese a su opulencia, no se perdía su esbeltez, la delicadeza belleza de una joya en un estuche de terciopelo. Vestía con gran elegancia, y sus modales eran de distinción. Ahora venían directamente de la ciudad; tenían cerrado el chalet hasta la primavera. El pequeño Souto se hizo su caballero desde que saltó del estribo del auto.

Todos iban diciendo:

—Felicidades, don Manuel.

Y luego se deseaban, entre sí, muy afectuosos:

—Buen Año Nuevo; buen Año Nuevo.

Souto quiso enseñar las reformas que había hecho en su finca, y, pisando los húmedos senderos, fue preciso ver un nuevo estanque en el jardín, la parcela para los espárragos en la huerta, y el gasógeno para el acetileno, que había hecho instalar fuera de la casa, por temor a explosiones. Sergio, un poco turbado por la presencia de Luisa Acevedo, no hablaba, y aun procuraba esconderse tras el grupo, lleno de preocupación por sus botas recias de piel de becerro sin lustrar.

Avisaron para comer; pero los Poupariñas no habían llegado. Aún se dejó transcurrir algún tiempo en el mirador de la casa —una amplia galería de cristales—, desde el que se dominaba el paisaje maravilloso. Al fin, los Poupariñas entraron, deshaciéndose en disculpas. El marido explicaba:

—Con ésta así, tal como está, no se puede ir a ninguna parte; ni en caballo, porque teme caerse; ni en coche, por el traqueteo…

Y señalaba el vientre hinchado de su mujer.

—¿Otra vez? —observó, amablemente, el banquero.

—Siempre —afirmó Poupariña—. Siempre. Es infatigable.

Era verdad. En sus nueve años de matrimonio, Celsa había lanzado al mundo seis hijos. Delgada, envejecida, nadie se la podía imaginar sin el vientre abultado y el andar balanceante de su casi ininterrumpida preñez. Poupariña no sabía qué remedio poner, ni cómo reducir aquella obstinada maternidad. Le preocupaba el porvenir de tanto arrapiezo, para la vida de los cuales había de ser exiguo su patrimonio. Al fin concluyó por adoptar una alegre despreocupación ante lo irremediable. Fingía no saber nunca de una manera cierta el número de sus hijos y haberse olvidado de sus nombres. Para reducir a su mujer había ideado una coacción extraña. El romanticismo de Celsa le impelía a bautizar a sus retoños con nombres noveleros, que alarmaban al párroco de Santa María de la Gándara. A la hija mayor la llamó Irma; al segundogénito, Sigfredo; el tercero se bautizó con el nombre de Raúl. Poupariña fue tolerante y dejó hacer. Pero al llegar a este número planteó a su mujer, medio en broma, el problema:

—O no hay más chiquillos, o los bautizo yo y les pongo los nombres que se me antojen.

Y nació el cuarto, y Poupariña le hizo llamar José como él mismo; y nació el quinto, y se apellidó Nicolás; y al sexto lo puso bajo la advocación del santo del día, que era san Robustiano. En un refinamiento de crueldad, cuando su mujer le enteró de que el séptimo comenzaba a bullir en sus entrañas, le buscó nombre ya antes que naciese.

—Si se atreve a salir, se llamará Exuperio.

Celsa protestaba:

—¡Eres un mal padre; estás matando el porvenir de tus hijos con esos nombres horribles!

Pero Poupariña era verdaderamente implacable.

Cuando los requirió doña Simona, sentáronse a la mesa. En casa de Souto se comía siempre espléndidamente, y en ocasiones señaladas, hasta con lujo. La mezcla de vino alegraba a los comensales y soltaba las lenguas, y, al final, cuando pasaron a la sala contigua para fumar, se charlaba abundantemente. Don Manuel contó la historia de su salvamento una vez más; los invitados apreciaban, no obstante, de año en año, algunas sensibles diferencias en la historia. Del bañero, que, en rigor, había sido el que apresara al indiano ya entre aguas, no se hablaba en las últimas narraciones. Primero compartía el mérito con Simona; después fue un simple auxiliar; luego, *había llegado tarde*; por último, su silueta, lentamente borrosa, se extinguió como la de un fantasma. Ahora, si alguien llegase a recordar su ayuda, el matrimonio Souto se hubiese reído buenamente como de una invención.

—Conque yo —explicaba don Manuel— me sentí ir para el fondo. A mí no me consta si fue el calambre o que me había agarrado algún pulpo, ¿eh?, porque allí hay muchos. Y empecé a gritar y empecé a tragar salsa… Y una ola va y otra viene… ¡Tremendo aquello; estaba tremendo!…

—Como montañas —intervenía doña Simona.

—Claro está, nadie se atrevería a lanzarse al agua. Entonces ésta, ¡zas!, de cabeza… Todo el mundo se puso a gritar desde los andenes; estaba allí lo mejorcito de la ciudad: el capitán general, el gobernador, sus señoras… Y todos a gritar. Y ésta llega al fin junto a mí, después de una brega terrible; alargó los brazos para asirme…

—Y yo le di una patada en la cabeza.

Don Manuel vaciló un poco, porque aquel detalle era nuevo. Pero lo suscribió en seguida:

—Eso es: tú me diste una patada en la cabeza. Una terrible patada…

—Naturalmente —explicó doña Simona a la concurrencia—; es lo que se hace siempre. Las personas que se están ahogando no reflexionan, y lo primero que hacen es aferrarse a su salvador y ponerlo en idéntico peligro. Lo que se suele hacer es darles, según se va nadando, una patada; se las atonta y se las conduce fácilmente.

—Así fue, así fue…

Las señoras oían emocionadas. Los dos curas y Poupariña jugaban al tresillo cerca de una ventana. Rodeiro, desmoronado en un butacón, junto a ellos, fumaba un enorme puro. Su ancha cara hoyosa se había teñido de púrpura. Interrumpía a los jugadores con su charla constante y con sus advertencias:

—¡Entre sin miedo, Poupariña!

Poupariña miraba y remiraba sus cartas, haciendo un recuento de probabilidades.

Argüía, furtivamente:

—¡Que tengo treinta hijos, Rodeiro!

Rodeiro se desmoronaba melancólicamente en el sillón.

—¡Boh! —lamentaba—. ¡Boh!… Más valen treinta que ninguno.

—¡Cásese, diablo! —gruñía don Miguel.

—¡Ah, terrible capitán Araña!… ¡Cómo gustamos de embarcar a la gente y quedarnos en tierra!… ¿y usted?

—¡Hereje! —sonreía don Miguel, barajando.

Rodeiro mordía el puro y despedía como una bala el trozo seccionado.

—Oiga, don Miguel: hereje, y de los gordos, es un huésped que le voy a traer a mediados de mes; Rosales, el director de *El Avance*.

—¡Dios nos libre!

—Oiga: no viene en clase de ateo; viene a cazar, ¿sabe?… Ya le hablé de usted. Tenemos que dar una batida.

—¡Si caza lo que usted, no peligran las piezas!

—No, no; es una escopeta de cuidado.

Entonces comenzó a tocar un gramófono un trozo de *Elisir d'amore*. Rodeiro gritó:

—Ponga algo gallego, don Manuel. ¿No tiene nada de la tierra?…

Don Manuel asintió y le impuso silencio sin hablar.

Sergio, en un rincón ya penumbroso, se iba dejando invadir por el blando sentimentalismo de la música, propicio como nunca a él en la laxitud posterior a la comida. Miraba enfrente a Luisa Acevedo, tan hermosa, tan elegante; tenía una mano puesta sobre el brazo de la butaca, y se veía lucir las uñas pulidas y una esmeralda en un dedo, rodeada de pequeños brillantes. La alta bota de charol, la piel mate del escote insinuado, los rizos negros que bajaban a la frente, aquel sutil trazo de las cejas, que parecía hecho con lápiz… Sergio iba examinándolo todo detenidamente y todo se le antojaba exquisito, insuperable en distinción y en gracia. A veces creía advertir que llegaba hasta su rincón el perfume de la joven, y aspiraba profundamente, cerrando los ojos.

Luisa no le había mirado ni una vez. El pequeño Souto charlaba de continuo con ella. En ocasiones llegaba hasta el rincón alguna frase:

—Este año, en el *skating*…

—Mañana dan un té.

Y se despreciaba a sí mismo y advertía crecer a Souto en su admiración. Él querría también entonces tener un traje distinguido y el don de hablar de aquellas cosas y aquellas personas brillantes, y poder, como Souto, inclinarse sobre el brazo del sillón para charlar con la joven y recoger tan de cerca su divina sonrisa. Se acordó de Volvoreta con cierto desdén. Si aquellas gentes supiesen que era el novio de

Federica, una criada, ¡cómo se reirían de él!… Se advirtió insignificante. Cuando, pasado un momento, se encontraron solos el cadete y él en la galería, Sergio se acercó, un poco colorado, para decir:

—Supongo que no te habrá parecido mal lo de la otra tarde…

Souto fingió no recordar:

—¿Cuál?

—Lo de Federica.

El cadete echó un hilillo de humo entre sus labios exangües, como para indicar su indiferencia:

—¡Figúrate tú!… ¡Lo que me podrá importar a mí una criada!

Sergio asintió, vivamente:

—Por eso…

—¡Nada, hombre, por Dios; ya me había olvidado!

Dio una bocanada y otorgó, petulante:

—Si tú tienes interés, puedes trabajarla…

—¡Oh, no! ¡Qué tontería!… ¡Ningún interés!

—No la creo difícil.

Tiró el cadete su colilla y entró, cortando la charla. Sergio se sentía humillado, y permaneció un instante viendo cómo la noche iba envolviendo el paisaje, invadido él de amargura y de celos por Luisa.

A las seis, ya con noche, marcharon. Chinto, que había ido a llevar paraguas, porque la tarde tenía mal cariz, había enganchado el tílburi. Comentó confidencialmente con Sergio:

—Mucha grandeza hay en la Cruz del Souto. Comí un plato de carne asada, con una cosa que diz que le llaman batatas, que así Dios me lleve como no probé cosa de dulces más rica en la vida mía. ¡Vaite que hay buenas larpeiras en el mundo!

El tílburi pronto corrió por la carretera, bajo las altas ramas de los olmos centenarios. En un sendero, campo traviesa, brillaba la linterna con que Poupariña alumbraba cuidadosamente el camino para evitar a Exuperio bruscos sobresaltos dentro del hinchado vientre de la madre. El automóvil de los Acevedos bramó de pronto detrás del tílburi. Los focos potentes iluminaron la carretera hasta muy lejos, y alargaron por ella, en caricatura, la sombra del cochecito y del caballejo. Pasaron, saludando, y pronto se perdieron en la lejanía. Isabel comentó:

—¡Qué bien vestida estaba la hija de Acevedo!

—¡Uf! Es insoportable… ¡Más orgullosa!…

La madre intervino:

—No diga, Rodeiro; es una muchacha muy guapa.

—¡Boh!… Sin salir de la Gándara encuentra usted cualquier aldeana mejor. Volvoreta, sin ir más lejos…

—No diga, Rodeiro, no diga…

Y Sergio recibió aquellas palabras como un alivio a su tristeza. Volvió bruscamente todo su amor y le sacudió una ansia aguda de ver a Federica. El tílburi saltaba sobre los baches, y sus faroles alumbraban el camino con una luz amarillenta y hacían girar las sombras de los árboles alrededor de sus troncos; y a veces se advertía la tenue humareda que se desprendía del sudoroso caballo. Rodeiro lo animaba con chasquidos. Aquí o allá brillaba de pronto una charca. Los perros ladraban a lo lejos. Bajo las ramas de los olmos, cerrada entre muros de sombras, la carretera semejaba un túnel enorme.

Llegaron a la finca. Sergio entró el primero, con la esperanza de hallar a Volvoreta y besarla. Doña Rosa, después. Junto al camelio donde las blancas flores se deshojaban, en el enorme silencio de la noche, Rodeiro asió una mano de Isabel, emocionado…

—Sabeliña…

La joven se detuvo.

—¿Qué, Amaro?

Pero Rodeiro nada añadió. Estrechó lentamente la mano femenina y marchóse. Desde el umbral, Sabela oyó los cascabeles del caballejo, que desandaba el camino, y vio pasar y alejarse las lucecitas amarillentas del coche.

IX

Aquella noche de Reyes tuvo una decisiva influencia en el noviazgo y hasta en la vida de los dos jóvenes. Aún no habían concluido de cenar los Abelendas, cuando Federica entró, con cierto misterio en la voz y en las pisadas.

—Están ahí los de Carballo. Vienen a cantar los Reyes. ¿Pasan?

—Que pasen.

Sonaron en el vestíbulo las recias pisadas de unos zuecos. El ruido llenó la casa, envuelta ya en la oscuridad de la noche. En el corredor detuviéronse los pasos. Interrogó una voz:

—¿Se puede?

Entraron cuatro hombres. En el umbral inmovilizáronse parpadeando, deslumbrados por la luz del comedor. Dos eran casi ancianos; dos eran casi niños. Siguiendo la costumbre de todas las aldeas de Galicia, caminaban aquella noche de pazo en pazo y aun de choza en choza, cantando un romance de viejo sabor en que se cuenta la mística historia de los tres Reyes Magos que van desde el lejano Oriente de todos los relatos misteriosos a hacer la ofrenda de sus dádivas al Niño Dios.

Saludaron; hubo un instante de silencio. Se miraron, tras unas toses de carraspera. Luego rompieron a cantar. Y la canción iba hablando del peregrinaje tras la estrella, y de cómo los tres monarcas llegaron a Belén, y de cómo la Virgen María salió a recibirlos y ellos se quitaron las coronas, respetuosamente. Todo el romance tenía una dulce ingenuidad. Los hombres, con una mano aplicada a la oreja, apoyada la otra en la larga vara de castaño, cantaban a grito herido. El más joven era un caso de unción, inmóvil, con su chaleco rojo, con sus zuecos ocultos bajo la gruesa capa de barro, cerrados los ojos, chillando hasta hacer hinchar las gruesas venas de su garganta… El romance terminaba con un galano llamamiento a la generosidad de los *fidalgos* y el asonante *aguinaldo* surgía final y fatalmente. Hubo una pausa; y después de embolsada la peseta y de trasegado el buen vaso de vino, los hombres hablaron de la feria pasada, de las arrobas que pesaba el cerdo muerto, del coste de los bueyes… Entonces fue cuando doña Rosa se fijó en un rostro que asomaba a veces a curiosear por la puerta, a dos palmos del suelo, casi entre las piernas de los cantores.

—¿Quién está ahí?

Los de Carballo se rieron.

—Es Santiaguiño.

Le empujaron. Santiaguiño entró, algo ruboroso, alzando la boina sobre la frente, pero sin quitársela por completo. Traía su chaqueta de pana negra, y la vara de fresno, más alta que él, bajo el brazo. Toda su carita redonda sonreía con la malicia aldeana.

—A las buenas noches —saludó.

—Empeñóse en venir con nosotros… —explicaron sus acompañantes.

—¿Y tu amo te deja, Santiaguiño? —preguntó Sergio, divertido con el aspecto del rapaz.

—Ya no tiene amo, señor —respondieron—. Marchóse de su casa porque no le pagaba el jornal.

Rieron todos. ¡Oh, Santiaguiño incomodado, requiriendo su hatillo de ropa y su vara de fresno, plantándose ante el labrador formidable que contrató sus servicios y solicitando su dinero en una disyuntiva de reclamación judicial!…

—¿Qué pediste a los Reyes, Santiaguiño?

—¡Je!…

A Santiaguiño se le escapa una risita socarrona y mira de soslayo las rodillas de sus compañeros, que están a la altura de su pequeña nariz, enrojecida por el frío. Santiaguiño no cree en los Reyes. En las morenas casitas aldeanas, los pequeñuelos no esperan la visita de los Magos dadivosos. Los pequeñuelos han reunido el ganado al anochecer; sonaron sus vocecitas agudas, espoleadoras de las reses tardas, de los bueyes solemnes de paso perezoso, que van arrojando dos conos de humo por sus narices contra el húmedo suelo; de los locos rebaños asustadizos, del caballejo que huyó relinchando, moviendo entre los tajos las trabadas piernas peludas… Después, ya en casa, el niño se durmió sin esa inquietud, sin esa ansia, sin esa noción de cercanía de lo sobrenatural que en esa edad y en esa fecha a todos nos ha rozado. No hay fantasía en las almas de los pequeños campesinos. La severa madre tierra, buena y grave, sincera, educadora, no deja crecer las alas de ese pájaro de colorines que no sabe más que cantar. ¡Cómo va a pensar en los Reyes Santiaguiño!… Santiaguiño oirá, desde su cama dura, cómo pasan cantando los de Carballo, o los del Piñar, o los de la Cruz del Souto, y pensará que cuando él sea tan crecido como el señor Mingo, o el señor Chinto, o el señor Antón, podrá aspirar a que su amo no se niegue a pagarle los jornales.

Y pasará el canto, conmoverá una ráfaga las ventanas, se agitará una vaca en el establo, y los Reyes habrán transcurrido ya para el rapazuelo.

Ahora, bebido el último sorbo, enjugada la boca con el revés de la mano, se van los cantores. Vuelven a sonar las fuertes pisadas.

—Vaya, ¡a la obediencia de ustedes!…

Y se pierden en el silencio y en las tinieblas.

Dos horas después, cuando Sergio creyó dormidos a todos los moradores de la casa, emprendió su caminata misteriosa. Federica estaba despierta. Al entrar en el cuarto, Sergio derribó el aguamanil, torpemente situado cerca de la puerta. Entonces una mano de la joven lo buscó entre las sombras y le apresó fuertemente con cierta angustia. Juntas las cabezas, Federica susurró a su oído:

—¡Por Dios! Rafaela no duerme…

Y quedaron inmóviles mucho tiempo. Se oyó rebullir —a través del tabique— en

el jergón de la vieja criada. Después volvió a caer la quietud, más pesada y más honda, esa quietud en la que las arterias baten ruidosamente.

Sergio indagó:

—¿Está despierta?

Y con un soplo refirió Federica:

—La he oído quejarse hace un momento.

Esperaron aún. Volvoreta volvió a atraerlo para conjeturar, tranquilizadora:

—Quizá fuese en sueños.

Y como nada extraño ocurriese, ni turbase la calma de la casona ningún rumor, fue renaciendo la confianza en sus ánimos. La costumbre les había dado cierta seguridad en sus entrevistas y a veces hasta saboreaban el peligro de una risa que pudiera ser escuchada o de un crujir del piso o del lecho que pudiera ser delator. El joven gustaba de permanecer inmóvil oyendo el ruido de las ráfagas que pasaban tan cerca, sobre sus cabezas, experimentando esa sensación de desleimiento que sufrimos cuando ponemos toda nuestra atención en el magno silencio de las noches. En esos instantes era feliz, y se estremecía al pensar en salir de aquel abrigo y aquella inmovilidad para descender a su alcoba por los fríos corredores de la casa. En estos momentos suyos de quietud satisfecha, Volvoreta solía dormirse, y a él se le antojaba tener una misión amparadora cerca de ella, y soportaba la molestia del brazo extendido bajo la cabeza femenina, para no turbar aquel sueño suave, seguro, venturoso.

De pronto una mariposa de luz, un luminoso hilillo, corrió por la pared del cuarto. Se lo advirtieron mutuamente, con un sobresalto, que hizo separar sus cuerpos. Miraron. Bajo la puerta brillaba una línea amarillenta. Sergio se arrojó del lecho, temeroso. No habían sentido las pisadas; pero él pensó que acaso Rafaela… En un instante las ideas se entrecruzaron y confundieron en su cerebro, como los alambres de un soporte caído. La raya de luz estaba inmóvil; el silencio era obstinado… Sospechó que la vieja criada, a quien Federica había oído quejar, se habría levantado para ir a la cocina a prepararse alguna tisana… Eso debía de ser, porque la luz no se movía. Advertíase aquella raya amarilla, y también el ojo de la cerradura, encendido, y en un lugar del estrecho tabique, donde faltaba un nudo, se transparentaba un pequeño disco de madera, con color sonrosado, como de carne…

Pero he aquí que se sintió un ligero rumor en el picaporte. Y, lentamente, la puerta se abrió. Sergio estaba como petrificado, en pie junto a la cama. La puerta se abrió y entró la mano de Rafaela sosteniendo la palmatoria de cobre, y después el propio rostro de la mujer… Todo muy despacio, muy en silencio…

¡Jesús!…

Y volvió a cerrar la puerta. Sergio seguía viendo, en la oscuridad, la cara de la vieja servidora, iluminada de abajo arriba por la luz, y sus ojos asustados fijos en él.

La exclamación de sorpresa y escándalo duró también mucho tiempo en sus oídos… Desapareció la luz; se oyó crujir el catre de Rafaela… Sin hablar, sin volverse hacia Federica, sin pensar casi, Sergio salió. Se fue en puntillas; no sentía frío ni le importó pisar aquel escalón que chirriaba siempre y que él evitaba tocar… Entró en su alcoba, se arrojó en la cama y se tapó la cabeza, consternado.

Cuando despertó supuso que era temprano todavía; no había entrado aún su madre a llamarle, según costumbre; la casa estaba en silencio. Filtrábase una débil claridad por los resquicios de las contraventanas. Decidió esperar a que le avisasen, como habitualmente, y lo ocurrido la noche anterior volvió a su memoria con una intensidad que le hacía sufrir. Rafaela lo había descubierto todo. ¿Qué ocurriría?… Temblaba al escándalo como a una catástrofe. ¿Cuál sería la cólera y el desprecio hacia él de su madre, tan rígida, tan severa, sorprendida por el relato de un hecho indigno?… Tan monstruoso le pareció entonces a Sergio su proceder, que no creyó que Rafaela se decidiese a denunciarlo. Se prometió tener con ella una entrevista en la que había de procurar engañarla, acerca del verdadero motivo de su presencia en el cuarto de Federica. «Engañarla… —se paró a pensar—; pero ¿cómo…?». Resolvió confiarse a ella absolutamente, referir la verdad, atenuándola en lo posible, y suplicar su silencio, con la promesa de no reincidir nunca… Y no reincidiría. Ahora hacía un voto solemne de sustraerse a la tentación. Dedicóse a imaginar lo que había de decir a Rafaela. Oía mentalmente sus admoniciones y se dictaba las respuestas que creía indicadas. Cuando sonaron pasos próximos a su estancia, fingió dormir. Entró doña Rosa. Casi desde el umbral, gritó:

—¡Sergio!

Simuló no oír.

—¡Sergio!

Se desperezó y abrió un ojo.

—Es tarde ya.

Gruñó, como de costumbre:

—Voy… ahora.

Y volvió a cerrarse la puerta.

Lo de siempre; todo había pasado como siempre. Rafaela, pues, no había hablado. Se levantó, se zambulló en el agua y fue al comedor. La inquietud latía, sin embargo, en su pecho. En la mesa humeaba una gran taza de café; pero en los sitios donde solían desayunar la madre y la hermana tan sólo quedaban algunas migajas de pan y unas manchitas de café sobre el tapete de hule. Miró el reloj y eran las diez. ¡Las diez!… ¿Por qué le habían dejado en la cama hasta las diez?… Su madre, de pronto, se detuvo ante él, al otro lado de la mesa, y le dijo severamente:

—Desde hoy irás todas las tardes a dar tus lecciones a don Miguel.

Nada más. Sergio bajó los ojos hacia el tazón. Al concluir tomó su libro y fue a

estudiar al huerto. Rafaela fingió no verle pasar. Aquel día hizo una observación el enamorado. Volvoreta no sirvió la comida ni la cena, ni estuvo en el huerto ni en el jardín, ni se oyó en la casa su voz cantarina. Y tampoco al día siguiente, ni al otro…

Sergio supo, al fin, que en la mañana de eterna memoria Federica había recibido su salario, había recogido sus ropas y se había marchado a la ciudad. Supo también —Rafaela lo contaba en la cocina— que «ni aun se había puesto encarnada».

X

Todas las tardes, después de comer, Sergio seguía el camino de Santa María de la Gándara, y ya en la casa rectoral, recitaba sus lecciones, mal aprendidas casi siempre, ante don Miguel inmovilizado en una actitud seria e importante.

Sergio no recibía grandes luces de aquella enseñanza, porque las asignaturas que había de estudiar eran totalmente desconocidas para el párroco; en realidad, éste se limitaba a mirarle severamente cuando, en la enumeración del itinerario que había de seguir una carta certificada, olvidábase el estudiante de citar algún pueblo. Transigía difícilmente con que Sergio alterase, en su aplicación, las frases empleadas por el autor de la obra. Terminada la clase, escribía en un cuadernito su parecer acerca de la aplicación del alumno, le sermoneaba a propósito de su conducta y de su misión en la Tierra, y, a veces, le hacía merendar una taza de leche, en la que desmigaba dorado pan de maíz.

Algunas tardes, Rodeiro, cuya hacienda no estaba lejos de la rectoral, aparecía en ella y disparaba contra don Miguel sus apotegmas revolucionarios o menospreciaba las condiciones de cazador de que el párroco hacía gala insistente. Le amenazaba de continuo con la presencia de Rosales, el director de *El Avance*, que, según él, había de instruirle en lo que era tirar a liebres y avefrías. Don Miguel sonreía, un poco picado en su amor propio…

—Bueno, hombre, pues que venga… Ya se verá. A aprender estamos.

Y Rosales apareció con Rodeiro en la tarde de un sábado. Rosales era un hombre de pequeña estatura, seco de carnes, de color cetrino, con ásperos bigotes recortados y largos dientes de tono marrón. Un vello abundante y negrísimo envolvía sus muñecas y no se detenía más que ante la imposibilidad de crecer también en las uñas. Ante todo —él lo confesaba—, era cazador; después radical. Tenía algún dinero que le permitía vivir con cierto desahogo, y gozaba en la ciudad de reputación de periodista formidable, nunca vencido en las polémicas, en las famosas polémicas con que él, muy de cuando en cuando, porque no gustaba de prodigarse, desvanecía de satisfacción a sus correligionarios.

Aquella tarde Sergio no dio su lección. Enfrascáronse deliciosamente don Miguel y su huésped en una charla acerca de su afición común, y al llegar la hora de la merienda —la partida había de ser al día siguiente, después que don Miguel dijese su misa, casi con el alba— sentáronse todos frente a un lomo de cerdo fiambre y a una panzuda botella de vino de Avia, el mejor de todos los vinos del mundo, en la opinión bien fundamentada de Rodeiro.

Las anécdotas inevitables surgían entre trago y bocado. Don Miguel suplicó:

—Venga mañana con nosotros, Rodeiro. Yo le presto escopeta.

—*Vade retro*. No están los caminos para andanzas.

Abrió un paréntesis para elogiar el vino y afirmó después, siguiendo el tema:

—Yo no creo en eso; bien lo saben. Yo continúo afirmando que es imposible cazar. Existen la escopeta, el perro, el monte, el cazador, la perdiz…, todos los elementos. Pero lo que no ha ocurrido nunca es que ese cazador, auxiliado por su perro y haciendo uso de la escopeta, mate a la perdiz, o al conejo, o a la liebre.

Los otros soltaron la risa.

—¡Este Rodeiro! exclamó el radical.

—Pero si en su vida ha encañonado a un triste gorrión…, ¿cómo se atreve a hablar, hombre?… ¡Venga con nosotros; venga a ver y a creer, caramba!…

—¡Oh! —ponderó el menospreciado—, ¡oh!… ¿Quién le contó que yo no he ido de caza?… Mientras viví en Madrid, en aquel insoportable Madrid, todos los domingos… Iba con el jefe de mi negociado, don Ismael Zanón. Iba, claro está, a oxigenarme… Cazar, nunca he cazado nada.

Y contó largamente. Medio Madrid salía al campo los domingos. Las estaciones se llenaban de gentes que aún llevaban los ojos hinchados por el sueño y se dejaban arrastrar por canes corpulentos atados a una cadena y sudaban bajo su chaquetón de pana, y su morral, y su cinto de cartuchería, y su terrible escopeta, y sus polainas, y su sombrero, en el que triunfaban las plumas de una perdiz o el rabo de una liebre sacrificada en un festín familiar. Los trenes mañaneros iban invadidos por este ejército de utopistas. En cuanto arrancaba la locomotora, los feroces perseguidores de alimañas abrían sus morrales y extraían el grasiento envoltorio, en cuyo interior hay siempre una tortilla de patatas o el yerto alón de un pollo. Y comían terriblemente, con un gesto que haría estremecer a las más animosas perdices.

Rodeiro iba también, cuidadoso de no revelar su escepticismo. Suponía de buena fe que si sus compañeros llegaban a descubrir que no era cazador ni creía en las patrañas cinegéticas, le fusilarían en un rincón del monte, como a un espía que pudiese venderlos. Callaba y andaba; sobre todo, andaba: kilómetros, leguas, miriámetros, y, a veces, por el buen parecer, disparaba la escopeta, «procurando hacer —decía— mucho ruido».

Su consciente complicidad le causaba divertimiento. En ocasiones se dividían los cuatro compañeros habituales e iban dos por aquí y dos por allá, con el arma preparada, ojo avizor, escrutando en las matas de tomillo.

—En las matas —explicó él—, que apuntan en aquellos horribles montes castellanos como mechoncitos de pelo en un cráneo tiñoso.

Don Ismael y Rodeiro iban juntos frecuentemente. Don Ismael tenía un perro elefantíaco y estaba equipado espléndidamente para cazar; no le faltaba una tilde: desde las polainas al sencillo alicate para sacar el cartucho cuando el extractor está reacio. Don Ismael, sin embargo, nunca mataba pieza alguna. Un día, fatigado ya, sentáronse a la sombra de un olivar. Era en Aranjuez. En el valle se veía la fronda de

los famosos jardines. Sobre la cinta acerada del Tajo se alzaba una neblina que seguía el curso del río: semejaba una rúbrica de humo en el aire. Descansaban los dos cazadores al lado de sus escopetas. Don Ismael miraba al cielo con melancolía.

—¡Poca suerte! —gruñó.

—¡Sí, poca suerte! —apoyó Rodeiro.

Don Ismael preguntó de pronto:

—¿Ha cazado usted mucho en su vida?

Rodeiro dio un silbido para hacer entender que el número de sus víctimas no podía contarse con palabras. Pero comprendió al mismo tiempo que un buen cazador debía referir alguna hazaña insuperable.

—Este verano —aseguró— cacé en mi tierra cincuenta liebres en un solo día.

—¡Oh, cincuenta liebres! —el asombro de don Ismael era sincero— ¿Quizá con galgos?

Rodeiro replicó prontamente, sin dar importancia a su declaración:

—No; fue con reclamo.

Don Ismael tuvo un éxtasis de sorpresa.

«Es singular —murmuró, como hablando consigo mismo—. Jamás he oído contar cosa semejante.»

Y, sintiéndose evidentemente inferior, confesó, tras pequeñas cavilaciones, como si se hubiese detenido a considerar si Rodeiro era hombre capaz de guardar una confidencia:

—Yo soy muy desgraciado. No acierto jamás. ¡Nunca he cazado nada, amigo mío!…

Y, sin embargo, había ensayado; había consagrado un mes entero a ejercicios preparatorios. Compró entonces un conejo. Lo soltaba en el pasillo de la casa, y el pobre animal huía, azorado, a refugiarse donde se creía más seguro. Entonces don Ismael salía con el perro por el otro extremo del pasillo:

—¡Búscalo!…

Y el perro olfateaba y comenzaba su tarea investigadora. Don Ismael marchaba detrás con una escopeta de aire comprimido. Así se adiestraba él y adiestraba al perro.

—Nada conseguí —concluyó, mirando a la tierra, donde incontables esferitas daban fe de la existencia de los conejos y de las liebres—. Sin embargo, no se puede negar que hay caza. Ahí tiene usted al rey. El rey mata centenares de piezas en un solo día.

—¡Bah! —respondió Rodeiro para consolar a su jefe—. ¡Así caza cualquiera!… Todas las piezas que le sueltan al rey llevan un collar de cascabeles.

—¿Usted cree…?

—Estoy bien seguro.

Y reanudaron su marcha en silencio. Don Ismael meditaba. En su cinturón, los casquillos de los cartuchos brillaban como las tachuelas de una cincha… De pronto agarró a Rodeiro por un brazo. Jadeaba de emoción, inmóvil, con los ojos muy abiertos fijos en un punto del monte. Indicó en voz baja:

—¡Allí!…

Rodeiro sintió tambalearse su incredulidad. Junto a una mata de tomillo, a unos treinta pasos, se veía el cuerpo de un conejo, con las grandes orejas erectas. Lo contemplaron un minuto con estupefacción, como si fuese el primero que viesen en toda su vida. Después lo encañonaron. ¡Pum! ¡Pum! ¡Zas! ¡Plim!… Cuatro tiros. Enloquecían. Si en lugar de dos cartuchos tuviesen veinte en cada escopeta hubiesen continuado hasta acabar. Cuando miraron, el conejo estaba en el mismo lugar en que lo habían divisado al principio. Vociferaron entonces como energúmenos:

—¡Hurra!

—¡Cayó! ¡Cayó!

Y corrieron hacia él, embriagados de alegría.

Muerta estaba, en verdad, la pieza. Pero su muerte era remota. Un sutil lazo de alambre unido a una estaquita le rodeaba el cuello. En la parte que descansaba en la tierra, su cuerpo se había hecho plano; corrían las hormigas por él; un ojo había desaparecido por completo. Podía hacer un día o dos que el animal había exhalado el último suspiro.

—¡Qué lástima! —gruñó don Ismael.

Y añadió vacilante:

—Si a usted le parece…, nos lo llevaremos… para no ir así, de vacío.

Cuando bajaron a Aranjuez ya era de noche. Brillaban los farolillos de la estación —rojos, verdes, blancos— como una verbena. Una muchedumbre de pescadores y de devotos de la cetrería —todo el gentío que por la mañana había salido de Madrid para asolar los montes y despoblar el Tajo— asaltó el convoy. Don Ismael, ya en el coche, colocó el conejo bien a la vista; un pescador colgó, próxima a él, la red con el botín ganado. En la red había hasta una docena de sardinas. Aquel vecino, genial desconocedor de la ictiología, trataba de encubrir su fracaso y había adquirido en Aranjuez los primeros pescados que le ofrecieron. ¡Gentes felices con sus inocentes patrañas!…

Pero he aquí que ya en marcha el tren, comienza a difundirse por el vagón un olor sospechoso; se acentúa, se hace más y más intolerable… Rodeiro y su amigo comprenden y palidecen al mirarse. ¡Maldito conejo!… ¿Cómo es posible que sus compañeros de excursión creyesen la bella historia inventada por don Ismael acerca de la muerte de un animal que exhalaba un hedor tan repugnante?

El pescador había olfateado varias veces. Luego dirigió una mirada de recelo hacia la carroña putrefacta que se escondía bajo la piel del conejo. Si se descubría

todo… ¡Era un deshonor!… Pero don Ismael, tembloroso de miedo ante el ridículo, tuvo una idea. Se levantó, cogió el cadáver como para guardarlo en el morral, se acercó después a la ventanilla, fingiendo mirar el paisaje, y arrojó disimuladamente el pequeño cuerpo corrompido.

Respiraron.

—Los conejos y las liebres —concluyó Rodeiro— que se sientan por las noches a ambas orillas de la vía para ver regresar el tren de los cazadores han debido de reírse entonces largamente.

Rosales y don Miguel habían celebrado la narración con carcajadas. La botella de Rivero de Avia estaba vacía. Mandaron servir otra, y el sacerdote reprendió jovialmente a Rodeiro:

—¡Cómo inventa, Dios mío!

Él aseguró que todo lo narrado era verdad.

—Tan convencido estoy de que en el monte no se puede cazar nada, que si alguna vez me acomete esa pasión seguiré un procedimiento distinto: haré que mi criada ate por una pata en mi huerto, aquí y acullá, conejos y gallinas. Luego saldré yo con mi escopeta… Esa es la caza ideal, créame.

Don Miguel lloraba de risa, porque se imaginaba los esfuerzos de un conejo para escapar, con la pata sujeta a una col, y el alborotado cacareo de las gallinas, y a su feligrés avanzando cautelosamente y haciendo fuego con tanto orgulloso contentamiento como si los cazase en pleno campo: Cuando pudo hablar, arguyó:

—Pero, hombre, ¡no gustarle la caza…! Aunque no sea más que por admirar el trabajo de los perros… Mire usted que un buen perro, parándose…

Iba a perderse en una descripción; pero le interrumpió a gritos Rodeiro:

—¡Alto!… No siga usted. ¿Cómo voy yo admirar a los canes? Entonces, ¿usted no conoce mis ideas? Todo lo que se dice acerca del perro es literatura, nada más que literatura. Eso de que es «el amigo del hombre»…, «el fiel compañero», ¡literatura! El perro es un animal de tendencias retrógradas; el perro llega a tener el concepto de la propiedad; defiende a ladridos y a dentelladas la hacienda del amo; es individualista; un instinto especial le hace abominar de los pobres; hasta los canes de los ciegos, que debían conocer la humildad, enseñan los dientes a los transeúntes. Además, tienen antipatías voluntariosas. Yo no puedo pasar delante de la taberna de *Miñoca* sin que su perro se lance contra mí. Una vez me mordió. Sin embargo, yo nunca le hice mal. Le digo a usted, señor cura, que cuando los hombres tengan sentido común, en vez de llamar amigo suyo al perro, lo constituirán en símbolo de la burguesía.

—¡Calle usted, calle usted!

—¡Naturalmente! —vociferó Rodeiro—. Si el clero no defiende a los burgueses y a los esbirros de los burgueses, ¿quién los va a defender?…

—¡Es que usted es un ácrata!

Y la discusión derivó ya por esta senda, tantas veces recorrida por ambos. Rosales no creyó correcto intervenir. Él era, al fin, huésped del cura. Sonreía y vaciaba la copa. Cuando los adversarios contendían acerca de Marx, se oyó un resollar profundo. El ilustre director de *El Avance* había llevado su neutralidad hasta el discreto punto de quedarse dormido.

XI

Los senderos del bosque conocían la tristeza del enamorado. Con la lejanía de la amada, su cariño se sublimó en sentimentalidad, y hasta los menores detalles del pasado feliz se poetizaban. Había llegado a exaltar en términos novelescos aquella separación violenta, aquel extrañamiento de la dulce moza, rubia y sumisa, cuyas actitudes de candor eran, precisamente, las que con más ahínco perseveraban en su memoria.

Y en esta hiperestesia espiritual; las sensaciones se hacían en él agudas, y muchos viejos espectáculos se le ofrecían como llenos de un vigor nuevo y como preñados de revelaciones. Era como si hasta aquel momento la vida, las gentes, las cosas mismas, hubiesen tenido guardados, bruscamente, secretos que ahora le revelaban con prodigalidad, con la misma con que en primavera nacen en todos los rincones y en todos los lugares del campo las cándidas flores de manzanilla. Los paisajes acentuaron su expresión ante él. Todas las tardes, al volver de Santa María, Sergio se internaba en el bosque; y aquel rumor solemne y continuo que iba y venía entre los árboles, y aquel estremecerse de las ramas desnudas, le invadían de emoción. Todo tenía un significado de ternura a sus ojos. A veces cesaba bruscamente el soplo del viento, y el bosque entero quedaba inmóvil y silencioso, como si le sobrecogiese una aparición: las verdes agujas de los pinos ni aun se estremecían… Sergio pensaba entonces que su alma crecía en el silencio hondo y extraño y que su pensamiento se extraviaba en él, como si el infinito le rozase. Era un vértigo momentáneo. Después volvía el rumor, desde lejos, desde la linde del bosque, y los árboles más próximos respondían, y los inmediatos, y otra vez los remotos, y alguna piña verde caía con sordo golpe sobre el musgo, o cruzaba, piando, un ave invernal de oscuro plumaje. Casi en el centro de la arboleda había un pequeño claro. El musgo era allí suave y mullido, en grandes manchas, como cojines de terciopelo. Dos castaños muertos en la primavera pasada estaban aún en pie; pero sus ramas eran de negro color, carcomidas y rotas. La corteza de los abedules jóvenes brillaba con un tono de plata; el tojo crecido tapaba los huecos entre árbol y árbol; las ráfagas de viento marino no llegaban allí; era un relicario donde el invierno vivía, el invierno gallego verde, húmedo, melancólico, sentimental; pinos rumorosos, blanco plumón de espuma sobre las aguas de la ría, unos giros más revoltosos en el humo azul que sale entre las tejas, un abad bonachón que vigila el paso de su rocín peludo por el lodo de las corredoiras, risas de mozas en las *fiadas* o junto a las amplias chimeneas, donde duerme el can y donde el pote ventrudo, que cuelga sobre la hoguera, tiene también cierto aspecto abacial y bondadoso.

Y pensaba el joven en cien cosas pueriles en esos largos instantes en que permanecía allí, recogido sobre el corazón de la Naturaleza; en esas cien nimiedades

que salen de lo íntimo de un amor, suaves, cautelosas, meditativas, como lagartos al sol; pensaba en el frío de las cosas bajo el invierno; en el frío de un castaño lleno de humedad; en el aterimiento de todo el pinar, cuando por las noches, bajo las estrellas inmóviles, pasaban las ráfagas del Noroeste, impetuosas y duras, llenas de color de mar… Cuando desde su casa veía parpadear entre las tinieblas la luz de otra morada, distante, le parecía que era una luz perdida en los caminitos de la gándara, que temblaba de frío…

Tenía ahora esa irresistible propensión a personalizar los objetos, y sentía a veces, en el misterioso mutismo de los árboles, súbitos temores a lo sobrenatural. En más de una ocasión marchó, apresurado, por ocurrírsele de pronto que en el claro iba a aparecer, con pisadas quedas y la boca entreabierta, como en una sonrisa taimada, el lobo astuto y hambrón de los cuentos gallegos que habla con las gentes y finge la voz de los familiares cuando va a llamar a la puerta de las chozas, porque sabe que han quedado solas las mujeres.

Su más grande pena era no saber el paradero de Federica. ¿Se había marchado, en efecto, a la ciudad?… Soñaba frecuentemente que ella habría buscado acomodo en alguna casa de las cercanías y que en cualquier impensado momento la había de hallar, quizá —se enternecía pensándolo—, en la vivienda de unos labradores. Dormiría en la cama de castaño, de forma de arca, y comería el pan de maíz y acarrearía brazadas de hierba húmeda, y se encorvaría sobre la tierra, y los instrumentos de labranza endurecerían la piel de sus manos… Todo esto por cariño hacia él, para vivir bajo el mismo trozo de cielo. Cuando la hallase así, las almadreñas hundidas en el fangal de una encharcada corredoira, la apretaría contra su pecho; el olor aldeano habría triunfado del suave olor a romero que envolvía la piel; pero Sergio sabría encontrar lo escondido bajo el pañolón atado a la espalda, cerca de la carne joven.

O quizá… ¡Si Federica hubiese ido a la casa de la Cruz del Souto…!

Sergio se estremecía de iracundia y de celos. El cadete había marchado ya; pero tan sólo el recuerdo de aquella tarde en la carretera… Y la imaginación del joven se hacía trágica, y se veía machacando con sus gruesas botas claveteadas el cráneo del pequeño Souto, con la teresiana puesta, sobre la misma gradería de piedra de la Cruz.

En una de sus meditaciones le asaltó una sospecha. Acaso la novia, falta de ocupación, sin dinero, hubiese marchado a la casa de sus padres. Esto le obsesionó tan penosamente como lo anterior. Trataba de imaginarse a Dumbría como un inmenso pinar; sin saber por qué asociaba a la imagen el puertecillo de Puenteceso y los pesados pataches, en cuya cubierta ladraba un perro, y los carros rechinantes, cargados de troncos de pino… Volvoreta estaba en el pinar, o en los pataches, en el carro…, y cerca de ella, siempre cerca de ella, en el carro y en la barca, y en el pinar, el aldeano aquel… el desconocido rival, vehemente y furioso como un sátiro…

Pero Sergio se inclinaba más a creer que Volvoreta no se había alejado de la gándara, y aun hacía solapadas indagaciones para descubrirla. Un día, al fin, lo consiguió. Carmela, la aldeana cuarentona que trabajaba a jornal en la finca, mientras desparramaba la simiente en los surcos, le dijo, socarrona:

—¿Sabe a quién vi ayer, señorito Sergio?

Aguardó un momento antes de añadir:

—A su rapaza.

Él sintió un vuelco en el corazón. Tardó en preguntar:

—¿A qué rapaza, Carmela?

—¡Boh!… —la aldeana sonreía maliciosamente—. ¡Boh!… ¿A quién ha de ser, señor?…

Sergio la miró vacilante. Decidióse, y se acercó a ella, bajando la voz:

—¿Viste a Volvoreta?

—Vi. Así Dios me salve.

—¿En dónde está?

—¡Ay!… Dónde está, no sé… Pero ayer, por lo menos, que yo fui a la ciudad, en la ciudad estaba.

El mozo suplicó:

—¡Carmeliña!… ¡Te he de regalar…! —no encontró qué regalar en el momento —. ¡Te he de regalar lo que quieras si me cuentas todo!…

La jornalera frunció los labios, llenos de arruguitas, satisfecha del apuro del joven.

—Pues todo… ya está. ¿Qué más quería?…

—¡Anda, Carmela!…

Y, tras largo regateo de detalles, Carmela contó:

—Vive en la plaza… —no se acordaba del nombre—. ¿Sabe dónde está el Instituto?… Pues allí, en el nueve. Hay una posada, y tienen cuadra también, donde yo dejo la caballería cuando voy al pueblo… Aún no encontró casa donde servir.

Agregó, volviendo al trabajo:

—Como guapa, es bien guapa, señorito.

Y Sergio, aquella noche, encerrado en su alcoba, escribió a Volvoreta una larga carta en la que nada decía: era la espuma del contenido amor; una carta lírica en la que vertió una romántica tristeza. La releyó y quedó satisfecho.

Pensó en los medios de que la respuesta pudiese llegar a sus manos y, tras una larga cavilación, resolvió que se la dirigiese a nombre de Ramón, el hermano de Chinto, que aún yacía enfermo en la choza. El mismo escribió el sobre para sí propio, pegó el sello y lo mandó dentro de su carta, con un ruego porfiado de réplica: «¡Escribe pronto, escribe pronto; no vivo sin ti!»

Al día siguiente preparó a Chinto. Fue a ver lo a la huerta.

—¿Cómo marcha tu hermano, hom?…

—Va yendo, nada más —se lamentó, sin gran pesadumbre, el criado—. No sé qué tiene en aquel cuerpo el pobre, que no sale de penas.

—¿No volvió el médico?

Chinto se encogió de hombros.

—¡Boh!… ¡Los médicos!… Ya vio… No le dan con el mal… Allí tenemos la receta…

—¡Pero Chinto!…

—¿Y usted sabe lo que costaba, señor, que no llegaban dos duros para ella?… ¡Y total…, si ha de estar de Dios!…

Luego añadió, como para justificarse:

—Pero ya lo visitó la saludadora del Carballo, que tiene manos de santa. Dice que lo que trae a mal traer a Ramón es un «aire de difunto». Y luego él recordó que en el velatorio del zoquero de Treves se había sentado en la cama donde murió el hombre. Mañana quedó en venir la saludadora para quitarle el aire.

—¡Si mi madre se entera, Chinto!

Chinto volvió a hacer un mohín:

—¡Ojalá hubiésemos empezado por esto, que ya estaría bueno el pobriño!

Sergio, entonces, deslizó su propuesta:

—Mira… Tengo un amigo que…, ¿sabes?…, no quiero que me escriba a casa… Mandará los sobres dirigidos a Ramón. Que no los abra, ¿eh?… Ya iré yo a recogerlos.

Chinto asintió y ofreció advertirle. Sergio, radiante, volvió a escribir el mismo día otra larga carta sentimental.

Con el aparente motivo de presenciar la curación del mozo, Sergio fue al siguiente día a la choza donde Ramón era consumido por el mal. Un grupo de aldeanas esperaba a Chinto: la saludadora del Carballo estaba entre ellas; era una anciana de ademán recogido, de boca picuda, y cuyas piernas salían, como dos estacas ennegrecidas, de los zuecos de gruesa suela de castaño. El padre del doliente había abandonado también las labores para estar presente al exorcismo. Las cortas patillas blancas lucían en su rostro carmíneo, y, apegado a las costumbres de la mocedad, gastaba el corto calzón de botones azules, y la parda montera, y la gruesa polaina rematada sobre el pie en una borla decorativa. Sentado cerca del hogar, picaba, sobre sus propias manos callosas, los tabacos de a cuarto. Chinto le deseó al entrar:

—Buenas tardes, mi padre.

—Buenas tardes, hom.

La saludadora comenzó sus funciones. Se había comprado un barreño nuevo, y la vieja lo puso sobre un banco, cerca de la cama del dolorido. Vació en él unos cuencos

de agua. Fue preciso darle alguna prenda de ropa que hubiese estado en contacto directo con el cuerpo del mozo, y Chinto le entregó una tosca camisa de Ramón, de la que arrancó un trozo y lo apretó entre sus manos hasta formar con él una pelota.

Luego cruzó sobre el barreño dos ramas de laurel. Era de rigor que la sostuviesen dos personas de la familia, y tuvieron que esperar a que el viejo concluyese de hacer llegar las chispas de su pedernal a la yesca guardada en el fondo de un trozo de un cuerno de buey. Conseguido esto, encendió su cigarro y se acercó, cachazudo. Sobre las ramas cruzadas, la saludadora depositó el apelotonado jirón de tela, y prendió fuego por los dos extremos libres a la cruz. Se alzó un humo oloroso. La saludadora recitó en voz alta, solemnemente:

Loureiro que fuches nado
e non fuches enxendrado,
sácall'o aire do vivo,
de morto ou d'escomulgado!

Un profundo silencio. La emoción supersticiosa se había adueñado de todos aquellos espíritus, propicios a ella; Se oía crepitar las ramas secas de laurel en la calma aparatosa, llena de misterio. El trozo de tela comenzó a arder con un humo espeso. Sobre el humo, las manos descarnadas de la vieja se extendían y sus labios murmuraban un susurro de frases como en una oración. Cuando las ramas —apoyadas ya en los bordes de sus cuatro extremos— se quebraron, carbonizadas, cayeron al agua, y en ella chirriaron los tizones.

La saludadora tomó en la oquedad de una mano el líquido y roció con él el rostro y la cama de Ramón. El exorcismo había llegado a su fin. Después buscó la anciana en el barreño el trozo de camisa, quemado ya, y entre sus dedos nudosos lo abrió al medio, como un fruto de madura pulpa, y se acercó a mirarlo a la luz. Escudriñaron en él sus ojillos grises. Opinó al fin:

—No fue otro que el zoqueiro de Treves, meu filliño. Ve aquí uno de sus pelos rubios.

Acercáronse todos a mirar.

—¡Infeliz!… ¡Era «aire de muerto»!

—¡Bien tiraba de él el campo santo, infeliz!

—¡Malpocado!

La choza estaba oscura ya; pero por la puerta, abierta de par en par, se veía una perspectiva de paisaje lleno del luminoso azul de los anocheceres.

La primera carta llegó al fin. Sergio la recogió con la misma sorpresa y la misma alegría que si no llevase cerca de una semana esperándola. Huyó con ella, buscando un sitio donde poder entregarse a la lectura con un absoluto aislamiento. Su inquietud

le hacía vacilar. El ruido de un regato que caía entre las rocas le molestaba; más allá, era el rumor de un grupo de robles el que parecía turbar indiscretamente su atención. Por último, rasgó el sobre en la carretera; extrajo el papel: era la hoja de un cuaderno de notas, rayada fuertemente de azul. Leyó: «Apreciable Sergio…» y cayó sobre su espíritu una gran tristeza. ¡«Apreciable Sergio…»! Creyó adivinar que la carta le traía la decisión de una ruptura. Continuó leyendo, con el corazón estremecido. «Apreciable Sergio: sabrás que me alegro de tener noticias de tu salud, y la mía es buena.» Seguía después: «No me engañes con otra; quién sabe con qué mujer te estás entreteniendo; pero yo lo sabré… Suya afectísima», terminaba diciendo.

El joven quedó con los brazos caídos, inmovilizado de estupor. Tardó en comprender la carta. ¿Qué quería decir todo aquello, tan desatinado e incongruente? Él no había dado noticia alguna de su salud, ni Volvoreta podía presumir un engaño. ¡Un engaño!… ¿Con quién?… Volvió a leer la carta y tuvo tentaciones de romperla. La letra era ancha y desigual, y aun con el amparo de las rayas azules no consiguieron los renglones ser trazados derechamente. En algunas palabras faltaban sílabas, y la ortografía, en todas. Sergio creyó al principio que se trataba de una burla. La idea de que alguien hubiera podido interceptar su carta y mofarse de su lirismo extremado —en mofa soez de gente reunida en torno a una mesa de posada— y pergeñar aquella respuesta imbécil, le encendía en vergüenza y en coraje. Esperaba él una contestación como la suya, apasionada; el relato, también, de la odisea de Federica… Todas las preguntas de su carta quedaban sin réplica.

Pero, pasados los primeros instantes, sosegada su razón, pensó que era un absurdo exigir de Volvoreta sentimentalidades literarias, y que los renglones trazados en aquel humilde trozo de papel correspondían a la comprensión aldeana de una carta de amor. Volvoreta había querido, sin duda alguna, mostrar cierta elevación epistolar, y había estampado al final aquel «suya afectísima» que habría retenido en su memoria alguna vez como detalle de distinción. Probablemente las lucubraciones del enamorado eran ininteligibles para su lectora, y las cartas escritas hasta aquel día habrían quedado sin traducción, sin aprecio posible.

Rectificó su conducta, se afanó en ser sencillo y en usar expresiones vulgares en las misivas posteriores. Volvoreta contestaba sin apresuramientos, cada tres, cada cuatro días; sus cartas comenzaron a ser pintorescas. Rara era aquella en que su cordialidad no hallaba concreción en algún verso, probablemente copiado del cancionero popular. Uno, con especialidad, era frecuentemente repetido:

Te quiero más que a mi madre,
y, si no fuera pecado,
más que a la Virgen del Carmen.

En ocasiones venían también hojas de calendario, con poesías, dentro del sobre. Las cartas llegaban orladas, con unas ingenuas orlas hechas a mano, y al final, después de la rúbrica —en la que casi siempre se clavaba la pluma en el papel y despedía borrones—, Volvoreta dibujaba unas ramitas, o una flor, o una paloma. Una vez trazó un macaco abominable, con un cigarro en un oído, aunque bien se advertía que la intención era habérselo dibujado en la boca. Debajo decía: «A ver si te conoces.» Federica observó que Sergio usaba algunas veces los puntos suspensivos, y, creyéndolo de rigor, llenaba con ellos renglones de extremo a extremo, con una copiosa complacencia.

Al joven todo esto le parecía poco formal; pero quería sospechar que bajo tales inconsciencias se ocultaba, en su primitivismo adorable, un sincero amor. Cierto día en que el revés de la carta estaba absolutamente invadido por una rama formidable, en la que Volvoreta debía de haberse cegado a fuerza de trazar los redondelitos que simulaban las hojas, pensó Sergio:

«¡Pobre muchacha!… ¡Lo que ha trabajado aquí!…»

Aquella frondosidad le enternecía, y para corresponder de alguna manera a semejante esfuerzo, le envió una postal de peluche, preciosa postal, casi tan gruesa como un libro, que tenía unos recortes de celuloide y un espejito en el centro.

XII

Fue en una de las noches finales de enero, cuando llamaron fuertemente a la puerta de la quinta. Los Abelendas se disponían a acostarse. Rafaela entró en el comedor con un gesto de compunción en el rostro:

—Es el jardinero de la señora de Solís. Viene a pedir el caballo de Chinto, porque tiene el suyo cojo y ha de ir a la ciudad.

Doña Rosa preguntó, inquieta:

—¿Pasa algo en casa de los Solís?

—La niña, señora, que está a la muerte, la cuitada.

—¡Válgame Dios, válgame Dios!… ¡Qué tormento para la pobre madre!… ¡Que vaya Chinto a sacar el caballo de la cuadra, en seguida!

Se asomó al pasillo para gritar a Rafaela, que se alejaba:

—Y que pregunten a la señora si podemos servirle para algo…, que iríamos allá…

Comentó después, suspirante:

—¡Qué desgracia!… ¡Jesús!…

Sabela suspiró también, contristada; pero no habló. Daban las once y rezaba a toda prisa una salve que, según sus preocupaciones, debía terminar antes que cesasen las campanadas. Madre e hija fueron al mirador. Al través de los vidrios, donde espejeaban vagos reflejos, vieron la masa sombría de la casa de los Solís, y en ella un mirador iluminado. Y esa luz que, a lo lejos, debía sugerir ideas de tibio hogar apacible, las espantó como la luz de un velatorio. En medio de la inmensa negrura del campo, entre la quietud y la indiferencia de todas las cosas y de todos los seres, ¡qué llamada desesperante hacia lo infinito aquel resplandor que huía de la casa como para pedir socorro de la enorme tristeza que alumbraba!…

Doña Rosa sintió lágrimas en sus mejillas. Se envolvió en una toca y salió. Isabel intentó acompañarla.

—No; acuéstate tú. Yo no podría dormir sabiendo tan cercana esa angustia. Sergio vendrá conmigo.

Y fueron. En casa de la de Solís, la criada que les abrió la puerta tenía los párpados enrojecidos de llorar. Doña María, más pálida que nunca, con un extraño fuego en el fondo de los ojos, envuelta en un chal negro, los recibió. Fingió ánimos:

—Como supe que mandaba usted buscar al médico… Por si acaso yo podía serle útil, he venido. Ya sabe que, a las madres de familia, la experiencia nos permite a veces poder servir… Pero no será cosa grave…, ¿verdad?

Doña María se sentó en una pequeña butaca, muy envuelta en su chal.

—Sí es. Es todo: es lo que faltaba… Esta maldición que me persigue… ¡No sé; yo no sé!… Maruja está muy grave, doña Rosa.

Tiritaba en su envoltura, hasta el extremo de oírse a veces cómo sus dientes chocaban. Explicó:

—Llevo tres noches sin dormir; por esto estoy así, destemplada.

—¡Dios mío!… ¿Cómo no avisó, cómo no avisó?

Doña María bebió unos sorbos de una tisana humeante.

—Gracias, muchas gracias, amiga mía. No era cosa de causar molestias…

Tenía, casi constantemente, en los labios un ligero temblor, que a veces se acentuaba y distendía las comisuras, como si fuese a llorar. Pero sus ojos estaban secos. Habló, refiriendo, con esa maternal prolijidad de detalles, las últimas evoluciones de la dolencia. Había sometido a Maruja a una sobrealimentación. La pesaba frecuentemente, y le vio aumentar un kilo en su peso. Mas, de súbito, el estómago de la enferma se había negado a admitir alimentos. Toda la labor cuidadosamente realizada se desmoronó. En quince días, nada más que en quince días, consumóse el aniquilamiento. Maruja no pudo abandonar la cama. Estaba allí, inmóvil; blanca… Parecían haberle crecido los ojos…

—Lo horrible —confesó doña María, bajando la voz, en la que había un susto secreto del corazón—, lo horrible es que ella se ha dado cuenta ya… Muchas veces la he sorprendido llorando… ¡Llorando sin ruido, con un llanto espantoso!…

Ocultó ella la faz entre las manos y rompió a sollozar, angustiadísima. Todo su encorvado cuerpo se sacudía, como si lo fuese a romper el hipo convulsivo. Doña Rosa, traspasada por el horror de la confidencia, no pudo hablar. En un tremendo dominio de su desconsuelo, la madre se repuso bruscamente y calló, mirando para el oscuro vano de la alcoba, amedrentada ante la idea de haber sido oída. La de Abelenda la reprendió con dulzura:

—Se atormenta usted recordando…

Pero ella siguió:

—¡Oh, si usted la hubiese visto…! Pasa a lo mejor minutos y minutos mirando sus pobres manos, en las que no hay sobre los huesos más que la piel, tan transparente y tan sin sangre… «¿En qué piensas, Maruja?» «No pienso en nada, mamá»; y se vuelve lentamente hacia la pared, y está callada, con un silencio tenaz, una hora y otra. A veces finge dormir; pero yo la sorprendo, de pronto, con los ojos abiertos y la cara humedecida de lágrimas… Y yo, entonces, pido mi muerte a Dios… Ya ve usted, doña Rosa, ya ve usted; son quince años los de mi Maruja; los otros dos murieron casi a esa edad. Los he amparado, los he defendido…, y murieron. ¿Es justo, es…? ¿Podrá haber quien sepa resignarse?… ¿Se puede morir a los quince años?… Si esto lo hace Dios, ¿por qué Dios me los dio?… Yo fui buena; yo fui siempre buena…

Lloraba esta vez sin sollozos, y entre el llanto repetía su frase obsesionadora, que era, en sus labios, como una acusación contra la saña de su destino:

—¡Yo fui siempre buena…, siempre buena!…

Cerca de las doce, un débil quejido de la moribunda la hizo levantar de la butaca, La alcoba estaba tenuemente alumbrada por una lamparilla. Los gemidos de la enferma se acentuaron. La madre, cerca de ella, le hablaba con una voz de sobrehumana ternura:

—¡Marujiña… vamos!… ¿Qué es, que tienes tu?…

La adolescente agitaba el flaco cuerpecillo bajo las sábanas… Sus brazos se movieron un poco en el aire y se ciñeron a la materna cabeza, para volver a abrirse y caer nuevamente sobre el embozo, como si toda ella estuviese sacudida por una gigantesca angustia interior.

De pronto hizo esfuerzos para incorporarse, con los ojos iluminados por el miedo…, los grandes ojos que parecían mayores en las cuencas oscuras…; jadeaba en una congoja escalofriante. Doña María la ayudó a sentarse en la cama, de la que salió un tenue vaho de sudor del cuerpo enfermo.

—Pero ¿qué es?… Di, ¿qué es? ¿Qué sientes, hijiña?

Casi había en su rostro el mismo terror y la misma ansia que en el de su hija. Y ésta jadeaba, como si el pronunciar cada letra le costase un esfuerzo vital:

—No sé…, no sé…

Después miró a su madre. Aseguró con su voz infantil hecha más aguda y más débil por el sufrimiento:

—Esto es horrible, mamá… Yo no sé.

Y bruscamente se agarró a ella con una energía desesperada, para gritar:

—¡No quiero morirme!… ¡Yo no quiero morir!… ¡Por Dios, yo no quiero morirme!…

Sonó, alterada por el espanto, la voz de doña María:

—¡Si no morirás, hijiña; no morirás! ¿Quién pensó en tal cosa?…

Sin fuerzas ya, Maruja volvió a caer en el lecho. Doña María se apartó para que do viese sus lágrimas. En medio de la alcoba se arrodilló, cayó más bien, y alzó al cielo sus manos huesosas y marfileñas, en cuyo dorso los dedos se clavaban con furia. Y elevó los ojos, llenos de ira y desesperación:

—¡Dios!… ¡Dios!…

Podía ser una súplica o una imprecación rencorosa la suya. Hízola salir la de Abelenda y la llevó a la butaca. Sergio, mudo, invadida el alma por un creciente miedo y una creciente piedad, no se movía del rincón donde al entrar se había sentado. Tenía también él un punzante deseo de llorar.

Casi al amanecer llegó el médico. Entonces el mozo salió de la estancia a desentumecerse, más que el cuerpo, el espíritu, angustiado en aquella persistente presencia del dolor. En la cocina la servidumbre estaba levantada y despierta. No había más que una pequeña lámpara de acetileno encendida, y a veces corrían

sombras misteriosas por las paredes. Cuando alguien andaba lo hacía en puntillas. La voz del jardinero resonaba como resuenan las voces en las casas desiertas, de donde han sido retirados los muebles. Un silencio, que era somnolencia o era expectación de lo sobrenatural, llenaba las habitaciones y los pasillos.

Cuando transcurrió Sergio le preguntaron:

—¿Cómo está la pobriña?

Y la más vieja criada opinó:

—Aún durará hasta que suba la marea.

Volvieron a callar. Sonaron después unas tenues pisadas. Doña María, envuelta en un chal negro, apareció. Llamó al jardinero:

—Llévate los perros. Bien distantes… A donde tú veas…

Se lo ordenó casi al oído, como temerosa de escuchar su propia voz, obsesionada por la idea de que un aullido advirtiese a Maruja.

Sergio se estremeció. Le parecía que toda la casa estaba ya ocupada por la Muerte.

Maruja expiró al amanecer. Aniquilada, sin fuerzas, vencida por lo implacable del Destino, doña María tuvo, sin embargo, tan sólo un momento de absoluta entrega al dolor. Después se dejó llevar. No hablaba ni sentía; sentáronla en un sillón en la galería de la casa, para que el fresco mañanero la reanimase y le hiciese bien, y allí se dejó estar, tiritando, con la mirada fija en un punto, tan refugiado su espíritu cuerpo adentro, que hasta la expresión había huido de sus ojos.

Era invernal el amanecer, y la vista de aquellas gentes, fatigadas por la emoción y la vigilia, parecía más triste aún y más plomizo. Algunas aldeanas que arrendaban tierras de los Solís habían acudido e invadían la amplia cocina o se agrupaban en el jardín que rodeaba el edificio. Una, llegada de lejos, refería cómo había visto a medianoche caer una estrella hacia el lado de la casa donde agonizaba la adolescente. Entonces se acordó de ella y adivinó que iba a morir.

—Es el tercer hijo que pierde —explicó un antiguo casero.

Y entonces una vieja aldeana afirmó, avanzando en el grupo su mano encallecida:

—¡Es un meigallo; es un meigallo que cayó sobre los señores!… Algún mal ojo los vio que embrujó a sus hijos. ¡Mucha envidia hay por el mundo!… ¡Uno tras otro, los tres caraveles de mi alma! ¡Pobriños!…

Algo más tarde, los señores de la Gándara comenzaron a acudir. Poupariña llegó disculpando a Celsa, que no podía comparecer hasta la tarde, retenida por la turba infantil; doña Simona, la de Souto, traspasada de un dolor sincero ante aquel infortunio; Rodeiro, que tropezaba en los muebles y en las personas, sin dejar de murmurar a cada instante:

—¡Gran desgracia! ¡Gran desgracia, caray!

Más tarde fue don Miguel, al trote de su extraño caballejo color corinto. Había

llegado hasta él la noticia, por casualidad, cuando se preparaba a marchar al Carballo, donde se celebraba una fiesta.

Los labriegos abrieron camino y le saludaron respetuosos. Él se encaró con las criadas de la casa:

—¿Cómo no se me ha avisado a mí? ¿Por qué no mandasteis un propio a cualquier hora?… ¿Está eso bien?… ¿Qué habrá pensado de mí doña María?

Su indignación era sincera. Los criados intentaron disculparse. La señora no había ordenado… Ellos bien se habían acordado del sacerdote; pero… como el ama no lo mandase… ¿Qué iban a hacer?

—¿Y luego?… ¿Va a estar en todo doña María?… ¡Bastantes cuidados le manda el Cielo a la infeliz!… ¡Andad, galopines: id a avisarla de que he llegado!

Entre los labriegos corría un susurro de murmuraciones. ¡Entonces, habían dejado morir sin confesión a la señorita!… La aldeana vieja gimoteó:

—¡Mi joya!… ¿Qué pecado iba a tener? A estas horas es más feliz que nosotros.

La niñera había subido a advertir a su ama. Se detuvo, temerosa, en la galería, para anunciar:

—Está ahí el señor cura de la Gándara.

Y entonces doña María pareció salir de su ensimismamiento. Volvió la luz a sus ojos y oyó:

—¿Le digo que suba?

Doña María se volvió en la butaca para mirar a la servidora, como si desconociese su voz. Luego irguióse, casi bruscamente, con una insólita dureza en su rostro. Extendió una mano imperiosamente:

—¡No!

La criada vaciló, sin comprenderla.

—¡No, te dije!

Volvió a caer en el sillón… Le parecía que al arrojar de su casa al sacerdote en aquel momento había roto con el Señor en una rebeldía contra su propio infortunio.

XIII

La cercana visión de la muerte, su condición de próximo espectador de aquella dolorosa agonía y de aquella desesperada rebelión maternal, llenaron durante algún tiempo el ánimo de Sergio de una honda melancolía y de terrores súbitos. Toda la aldea le pareció repentinamente asombrada por la tristeza; los grandes olmos sin hojas, las brumas que entraban por la boca de la ría, densas y pesadas y blancas, como una pared que fuese avanzando lentamente; la mansedumbre del paisaje…, todo le sugería pensamientos de desolación. ¡Y aquella lluvia eterna, insistente…! Miraba largo tiempo cómo en la vastitud de la gándara el viento arremolinaba los largos hilos que caían de las nubes plomizas, y cómo a veces hacía correr horizontalmente jirones tenues de humo, que eran agua menuda, cómo los árboles se curvaban, luchando, y toda la casa se llenaba de frío y de rumor. Súbitamente, una racha impelía contra los vidrios un turbión, y el paisaje quedaba velado, como visto al través de un cristal de esmeril… Entonces Sergio, recogido en su rincón, invadida el alma de aquella tristeza, sentía el recóndito deseo de llorar.

Creía a veces advertir misteriosos dolores: se supuso enfermo, y la diaria contemplación de las tumbas del atrio y de la pequeña necrópolis de crecida hierba, guardada por dos cipreses, envuelta en la franja de un tapial, silenciosa y humilde, hacía acudir a sus ojos la humedad de una emoción.

Pero tuvo un sacudimiento. Una carta de Volvoreta le anunció que había hallado colocación. La casa parecía buena, aunque había muchos niños, y no la dejarían salir más que un domingo de cada mes. Sergio sintió una cólera irrazonable. Le indignaba la idea de que Federica hubiese de prestar humillantes servicios a unas gentes desconocidas. Aquello no debía ser. Escribió pidiendo detalles de las personas, de las costumbres, del trabajo que le imponían. Volvoreta tardó en contestar. Entonces el enamorado sintió recrudecidos sus celos.

Pensó que, como había ocurrido en la Gándara, ocurriría también en la ciudad. Otro señorito joven… u otro señorito no tan joven —recordó los requerimientos repugnantes de don Gerardo— le sucederían a él. Y él no pudo hallar, tras su examen detenido de las condiciones de Volvoreta, de aquella extraña naturalidad con que hacía donación de sí misma, ningún motivo de seguridad para creer en la lealtad de la novia. Llegaría a ocurrir, acaso había ocurrido ya… Impotente y colérico, el enamorado lanzaba a su mente por el oscuro cielo de sus temores, y la mente volvía como un azor, trayendo en el pico y en las garras imaginaciones celosas. Otro hombre avanzaba como él por un pasillo enarenado, por unas escaleras crujientes…, y Federica tenía bajo sus ternuras, aquella misma expresión de tranquila inconsciencia…

Tardaban las respuestas de la ciudad. En una semana no llegó a su poder noticia

alguna de Volvoreta. Y una noche, al volver de la rectoral, Sergio halló que su madre le esperaba con un gesto serio en el semblante. Llevólo al comedor y cerró la puerta. Después extrajo de su bolsillo un papel en el que el amante advirtió las orlas rameadas y la tosca letra de Federica.

Diole un vuelco la sangre. Balbució:

—¿Qué es?

Y, doña Rosa, muy grave, con un temblor en la mano que sostenía la carta reveladora, le dijo:

—Me da vergüenza hablarte de este asunto. Te has olvidado de quién eres y de quiénes somos, y tengo que recordártelo. Creí que no insistirías en eso que tuve como una falta de respeto a tu propia casa; pero eres un mal hijo y eres un hombre sin estimación.

Sergio callaba, arañando el mantel, con los ojos fijos en el suelo.

—¡Con una… criada; tienes amores con una criada! —escupía el humillante vocablo—. ¿Es eso digno?… Tu padre moriría de vergüenza si pudiese verte, desdichado.

Avanzó en un arranque de iracundia, puso sus manos sobre el hombro filial y le hizo encararse con el retrato en el que el señor Abelenda, envuelto en su toga, parecía ir a pronunciar un informe.

—¡De rodillas! ¡A pedirle perdón, a jurarle que no volverá usted a ofender su memoria en el apellido que lleva!

Sergio se hincó.

—¡Rece usted!

Le miró, ceñuda, y tras un silencio, dirigióse a la puerta. Desde allí conminó, con voz encalmada, solemne, como si pronunciase un juramento:

—Si llego a saber que insistes en esta locura, te haré embarcar para América. Quedas advertido.

Al amanecer el día siguiente, Sergio huyó a la ciudad.

Durante la noche había madurado su decisión. Se había negado a cenar, y, en la soledad de su alcoba, se sintió torturado a la vez por la vergüenza y por la ira. Le sonrojaba que su madre se hubiese enterado de aquella continuidad del noviazgo, y, más que nada, que hubiese leído la carta de Volvoreta, con sus incorrecciones, sus versos y sus corazones ardientes y sus palomas absurdas dibujadas con una sentimental sencillez. Pensó que todo aquello debía de obedecer, primero, a una indiscreción, y después, a una deslealtad de Chinto, que había hablado de las cartas consignadas a Ramón y se habría avenido a secuestrar alguna.

En aquel estado de rencorosa exaltación, Sergio se creyó más enamorado que nunca y menos dispuesto a consentir que se alzasen nuevas vallas entre él y la campesina de Dumbría. Desde el momento en que la idea de escapar se formuló en su

voluntad la acogió con resolución irrazonada. Huiría. Huiría para no volver. Se imaginó que aquella huida suya a la ciudad era como si se marchase a una región recóndita y lejana en la que su rastro se perdiese, y que detrás de él no había de quedar otra cosa que el sentimiento de quienes le impelían a abrazar el heroico partido. Hasta tuvo un momento de melancólica complacencia al suponer a su madre acongojada, arrepentida ya de su rigor, y a Rafaela y a Chinto paseando por la gándara, durante el resto de sus días, en hondo pesar de haber provocado aquella catástrofe de la desesperación de un Abelenda que huía de su hogar con un hatillo y andaba cuatro leguas a pie para no volver nunca.

Pensó en escribir una carta, y hasta llegó a precisar algunos términos pomposos. Pero desistió. En una antigua maleta de cuero, agujereado por la polilla, guardó alguna ropa y todas las cartas de la ausente. Guardó también los libros de estudio —él se proponía ser un hombre y ganar a pulso su carrera—. Esperó el alba, despidiéndose mentalmente de los oscuros pasillos tantas noches cruzados con los pies descalzos, y de aquella alcoba donde, en lo sumo de la casa, entraba a veces la luna por el tragaluz. Con las primeras tintas grises del día abrió su balcón, arrojó la maleta y se descolgó él mismo sobre el blando y húmedo suelo del jardín. Una idea sentimental le hizo coger una flor del frondoso camelio; envolvió la casa en una mirada, creyó un deber suspirar hondamente y echó a andar carretera arriba…

Por fortuna suya, no llegó a llover; manteníase el cielo entoldado y corría, todo a lo largo del camino, un fresco viento que agitaba las ramas desnudas y hacía rizar el agua en los charcos. Dormía aún la gándara; pero en algunas heredades veíanse confusamente las sombras de aldeanos madrugadores. Sergio apresuraba el paso, con un creciente temor a ser descubierto. Cuando llegó a lo alto de la cuesta se volvió para abarcar el paisaje que abandonaba, como había visto en una estampa de asunto de emigración que había en su casa… *El adiós a la aldea*. Cambió de mano su carga y siguió apresurado.

La primera legua la anduvo sin fatiga. Después comenzó a estorbarle la maleta. El día había abierto ya, y pasaban por el camino, en la misma dirección que el joven, vendedores de piñas y aldeanos que llevaban a la ciudad la leche de sus vacas en panzudos jarros de metal. Sus caballejos menudos, de abundante crin negra, arrojaban en el frío mañanero largos chorros de vapor. Al pasar, las gentes saludaban:

—Buenos días nos dé Dios.

Sergio contestaba:

—Buenos días.

Y las veía alejarse, estimulando con sus voces a las bestias.

La doble fila de olmos había quedado muy atrás. Ahora la carretera corría casi bordeando el mar, lleno de olas perezosas que tenían blancas tildes de espuma. La ría era ancha, y los montes fronteros aparecían brumosos. Un bote de parda vela venía

hacia la costa, dando bordadas, muy caído hacia estribor. Y allá lejos, cerca ya del mar, se veía, como puntos negros, la escuadrilla de traineras salida antes del alba de todos los pequeños puertos vecinos, arriadas las velas, dejándose zarandear por las olas llegadas del confín temeroso.

Cuando hubo andado la segunda legua, Sergio se arrepintió de aquel arrebato de amor a la ciencia que le había hecho guardar en la maleta los libros de estudio. Seguramente eran ellos los que la hacían pesada. La dejó sobre un poyo, y flexionó varias veces el brazo para desentumecerlo. Entonces se tronchó el pecíolo de la camelia que llevaba en el ojal del gabán, y hubo de continuar el viaje asiéndola blandamente con la mano libre. Por último, como le molestase, la arrojó sobre un montón de grava. Hacia el final de la legua número tres, tuvo tentaciones de solicitar que le dejasen ir en uno de los caballejos que aún pasaban, o subirse a los carros chirriantes bajo montañas de hortalizas. Pero desde un pino paraje vio, repentinamente, la torre del faro de la ciudad, que se alzaba a lo lejos, destacándose sobre el fondo gris del cielo y el fondo gris del mar. Cobró alientos, comenzaron a aparecer a los lados del camino alegres casas de recreo, con bosques de eucaliptos y verjas labradas; en la carretera el lodo había crecido —un lodo negruzco—, y las rodadas de los carros lo surcaban profusamente. Más allá eran pequeñas casitas de obreros las que formaban calle; los chiquillos, medio desnudos, jugaban en las cunetas, y las gallinas se paseaban con sordo cacareo entre su prole, huyendo despavoridas al advertir la proximidad de un transeúnte o el ruido de un carro.

Y en otro instante, más lejos, por encima de los tejados de una fábrica, otra vez el mar… y la ciudad entera, con su semicírculo de blancas casas y la mancha oscura de los jardines, casi en la ribera, y el castillo alzado en un islote a la entrada del puerto, y el rebrillar de los cien mil cristales de los miradores, y tres grandes buques anclados hacia el centro de la bahía, más allá de los vaporcitos pesqueros y de los barcos de cabotaje. Y sobre todo el conjunto, las cúpulas de las iglesias, rompiendo aquí y allá la confusión de tejados, y más alta aún, como una flecha hundida en la pesada nube gris, la torre del faro, oscura, aguda, firme, haciendo la centinela del pueblo y del mar envuelta en el pardo capotón de su granito…

Silbó cerca un tren. Como respondiéndole, el ronquido de una sirena llenó todos los ámbitos, y todos los ecos lo repitieron. Y entonces uno de los grandes buques se movió lentamente sobre el agua quieta de la bahía, y el humo de sus chimeneas se extendió, agitándose, como un pañuelo en una despedida… Sergio se sintió alegre y entró en la ciudad.

Fue a albergarse el enamorado a la misma modesta casa de huéspedes en donde estuvo en los días en que lo llevaban a la capital para hacer sus exámenes del Bachillerato. Pretextó ir a continuar sus estudios. Puso a la vista sus libros, desembarazó de lodo su calzado, se acicaló todo lo que el contenido de su maleta le

permitía y, después de comer, se lanzó a la calle.

Dedicóse a vagar ante la casa donde Volvoreta había encontrado empleo. Le pareció un poco estrecha, con cierto aspecto de humildad que le hacía tener la vieja pintura verde de sus galerías, que el sol había ido rebajando de tono. La calle no era muy concurrida, y Sergio pudo avizorar desde un extremo el portal de la vivienda, en palpitante ansia de la aparición de la amada. Transcurrió una hora, dos, Sergio se apoyó en la jamba de una puerta y continuó esperando. Federica habría de salir o de entrar en algún momento… Pero Federica no entró ni salió. Otra hora, otra… El enamorado pensó en subir; pero le retenía el temor de comprometer a la moza. Desde la acera opuesta atisbó largamente la galería; vio aparecer en ella una mujer de media edad, en cierto desarreglo; después unos chiquillos, que consagraron diez minutos al deporte de aplastar en competencia, sus naricillas sobre el cristal; luego, un hombre maduro ya, que miró insistentemente a Sergio, tamborileó en los vidrios y volvió a entrar. En toda la tarde no pasó en la galería cosa de mayor trascendencia que las narradas.

Desanimado, mustio, Sergio vagó por la ciudad, en un soliloquio de conjeturas. Su anhelo le condujo a la posada donde antes se había hospedado Volvoreta. Estaba próxima al gran edificio cuadrado y sobrio del Instituto, en un grupo de casitas humildes. A la puerta, sentadas en la piedra del umbral, departían dos mujeres del pueblo. Tras sus cabezas se veía el estrecho portal y un pasillo, y más allá, la amplia cocina, donde había el resplandor de una cansada luz vacilante.

Sergio inquirió:

—¿Está la dueña?

Una de las mujeres respondió, sin alzarse:

—¿Qué le quería?

El joven explicó, un poco turbado:

—Deseo saber si conoce el paradero de Federica, de una tal Federica que estuvo aquí.

—¿De una que anda a servir?

—Sí.

—¿Que es de allá, de Dumbría?

—Eso es: de Dumbría.

—¿Y luego? ¿Qué le quiere?

—Le traigo un encargo de sus parientes.

La mujer volvió la cabeza hacia el portal y gritó:

—¡Ay Federica!

Sergio balbució, asombrado:

—Pero… ¿esta aquí?.

—¡Federica! —tornó a vocear la mujer.

En el vano del pasillo, sobre el fondo de luz, destacóse la negra silueta de la joven.

—¿Qué?

—Ven, que te llaman.

Avanzó. La enorme plaza estaba sumida en el azul de Prusia del crepúsculo. Preguntó Volvoreta desde el portal:

—¿Quién es?

Y Sergio, con la voz conmovida:

—Soy yo.

Se admiró la joven:

—¿Y tú?… ¡Vaya, Señor!… ¡Quién contaba contigo!…

Salió a la calle. Llevaba una saya vieja y una blusa de algodón, desprendida de la cintura. Sonrió frente al novio:

—¿Cómo estás aquí?

Las dos mujeres le miraron con atención. Sergio, un poco azorado, propuso:

—¿Puedes salir?

Hizo ella un gesto, y bajó la voz para contar:

—Les estoy ayudando ahí dentro. Pero un momentito, si no es más que un momentito… Espérame…

Marchó y volvió a salir con una negra toquilla sobre los hombros. Fueron hacia el centro de la plaza.

—Pues yo estoy aquí por ti.

—¡Boh! —rio ella, incrédulamente.

Sergio se incomodó. ¡Era aquel un buen recibimiento!… Le había visto llegar como si acabasen de verse la víspera: ni un arrebato, ni un cariño, ni una frase de júbilo. ¡Era de mármol!… El tonto era él en seguir queriéndola y en preferirla a todo y en pasar apuros y correr aventuras por ella. ¿Así es cómo se paga un amor?

Ella callaba un poco sorprendida, sin comprender la razón de aquella iracundia. Y así hubo una pausa. Sergio, al fin, la rompió, preguntando:

—¿Por qué has vuelto a la posada?

Y ella explicó. Había abandonado a aquella familia; no estaba contenta; era preciso pasarse los días con los cuatro pequeñuelos arracimados…; no podía salir…; la cocinera, por otra parte, le tenía muy mala voluntad. Se detuvo a contar con aire lastimoso alguna mala jugada padecida. Sergio escuchaba con un sordo rencor contra aquella gente:

—¡Salvajes!…

Añadió después, meditativo:

—No me gusta que andes así…, de casa en casa…

Ella se encogió de hombros. ¿Qué iba a hacer?… Era verdad: ¿qué iba a hacer?…

¡Si ellos pudiesen estar juntos!…

—¿Tú querrías?

Y ella, con el mismo ademán y la eterna sencillez inconmovible:

—¿Por qué no?…

—¿Cuánto te cobran en la posada?

Una peseta; le cobraban una peseta diaria. Le daban caldo y pescado; como había mucha gente, Volvoreta tenía que compartir su cama con una moza de Narahío que estaba también sin empleo. No lo pasaba mal; era gente muy buena.

Sergio oía, malhumorado. La situación de Federica no era fácil, y la suya mucho peor aún. Se le descubrió, en un atisbo, la locura cometida; pero de su debilidad propia sacó fuerzas de rebelión. Fue preciso que acallase tiránicamente sus meditaciones, porque ahora que había logrado su objeto, advertía que en la ausencia había poetizado con exceso a la novia, y aquella blusa desceñida y aquella toca de pelo de cabra, rota en algún punto, y los viejos zapatos que asomaban bajo la sucia falda, le causaban cierto malestar. El reloj del Instituto dio una hora con el toque apresurado de sus campanas. Volvoreta quiso tornar. Anunció él entonces:

—Mañana vendré a buscarte.

—Bueno.

—Pero… —vaciló un instante— quiero que estés arreglada…, no como hoy…

—Estaré arreglada.

Atravesaron la plaza sombría, y en el portal oscuro la besó. Entre el resplandor amarillento de la cocina se veían pasar unas sombras, y a veces llegaba el estrépito de una tapadera de metal que caía sobre las losas. Como sintiese el ruido de las pisadas en el portal, salió la posadera y miró:

—¿Quién está ahí?

Acercóse. Era una mujer gorda y pequeña, de fuertes brazos desnudos.

—¿Quién está ahí?

—Estoy yo —contestó Volvoreta.

Continuó la otra avanzando; curioseó a Sergio muy de cerca para ver su cara en la penumbra. Dulcificó la voz:

—Buenas noches…

Y después, limpiándose las manos con el mandil:

—¿Es éste tu mozo?

—Es, sí, señora.

—Vaya…; por muchos años.

Sergio sonrió y dio un gruñido, saludando para marchar. Sin saber por qué, le había molestado aquella pregunta y aquella respuesta. Y mientras se alejaba a buen paso, se dibujó en su memoria el retrato al carbón del señor Abelenda, con su toga solemne y su birrete hexagonal.

XIV

Al día siguiente Volvoreta no fue sola al paseo: acompañábala la moza de Narahío, recia, pequeñita, casi cuadrada, picado por las viruelas el rostro y con reciente olor a los bueyes que cuidaba en los montes de su tierra. Sergio tuvo un disgusto, y aun suplicó a Federica que influyese para que su amiga se quitase el mandil. Pero el mandil tenía un precioso entredós y formaba un lazo fastuoso sobre la grupa de la moza, y ella se resistió tenazmente a despojarse de la prenda servil. Alumbrados por el brillante sol de la tarde, bajo las miradas de los vecinos, marcháronse los tres. Sergio, contrariado, yendo un paso más adelante que las jóvenes, creyendo que todo transeúnte que por casualidad los miraba seguía pensando: «¡Vean al de Abelenda con dos criadas, el muy…!»

Procuró conducirlas hacia las afueras. Al morir el día, como se tratase de volver a la ciudad, pensó Sergio con rabia en su tránsito ante los ojos de la multitud junto a la moza de Narahío y decidió hacerlas entrar a merendar en un figón que descubrió en los arrabales. La moza de Narahío pidió pasteles; no los había; entonces reclamó una lata de pimientos morrones: le gustaban mucho y tenía formada una alta idea de su distinción. Los comió con pan y bebió una botella de vino.

—La gaseosa —declaró, disculpándose— tira por el flato, y no la puedo tomar.

Sergio casi no despegó los labios durante el paseo, ceñudamente preocupado en la contemplación del ridículo. Al despedirse recriminó a Federica:

—Otra vez, si no has de salir tú sola, me avisas. A la moza de Narahía, que la pasee su padre.

¡Se había atrevido a darle la mano al despedirse: una mano sudorosa y dura!… Si no estuviese tan indignado, se habría echado a reír.

Después, vagando él solo por las calles, entre el hervidero de la avenida, bajo las cascadas de luz de los focos, mareado por el bullicio de la ciudad, Sergio se advirtió aislado, empequeñecido, falto de ayuda, y sintió la melancolía trepar por él. Le causó tristeza, en ese momento, hasta que su madre no hubiese ordenado su captura… A nadie importaba; nadie le recordaba. ¿Qué hacer ahora en la ciudad, desconocido, inservible, aislado?… Había traído de la Gándara veinte pesetas, todos sus caudales; aquella tarde había gastado dos. Como en la fonda le cobraban diez reales diarios, tenía apenas dinero para vivir una semana. Después, tendría que claudicar, volver a cerrar su maleta y desandar las cuatro leguas. ¡Qué grotesca entrada la suya en la finca!… Llegó a pensar que su madre no querría recibirle. Pero él no volvería así. Primero —lo pensó con lágrimas en los ojos—, primero embarcaba de polizón en un transatlántico, como había hecho el hijo de *Miñoca*, y se iba a América.

Poco a poco la animación de la avenida le separó de sus meditaciones. Encontró un placer en mezclarse entre los grupos, en aspirar el olor a flores de las mujeres que

pasaban, en ver cómo la caja, llena de luz, de un tranvía, se acercaba o marchaba con destellos lívidos de vez en vez entre sus ruedas o en el trole; en admirar la extensión pulimentada de asfalto, donde la luz de los focos tenía un suave reflejo; en dejarse absorber por la compacta masa humana que iba y venía por la calle Real, brillante como una ascua entre los resplandores que cruzaban los escaparates de acera a acera.

Inesperadamente, una mano se posó en su hombro. Se volvió. Los ojos pequeños y vivos de Amaro Rodeiro le miraban severamente, casi al través de los grandes bigotes.

—¿Qué haces tú aquí?

Sergio tuvo un sobresalto:

—Nada.

—Ven conmigo.

Siguieron una calle transversal y se detuvieron cerca de los malecones penumbrosos en que el mar chapoteaba.

—A ver: ¿cómo fue eso?

Pero el joven había recobrado su entereza. Adivinó en Rodeiro un enviado de su madre. Replicó:

—¡Cómo había de ser!… Que soy un hombre ya, e hice lo que debía.

Quiso verter un capítulo de quejas, pero no encontró qué decir. Embrollóse en puerilidades. Rodeiro interrumpió entonces:

—Todo eso es una estupidez. Es preciso que pidas perdón a tu gente. Lo malo es —se retorcía el bigote, preocupado—, lo malo es que tu madre ni quiere ni oírte. Está furiosa contra ti.

Y luego, como si hablase consigo mismo:

—Y no hay para tanto, ¡qué diantre!… La moza lo vale, ¿eh?… Yo, en tu caso…, no sé…

Sergio declaró, envalentonado:

—No volveré a la Gándara. Si ustedes me llevan, escaparé otra vez. Me iré a América.

—Tú no eres más que un majadero. ¡América!… ¿Qué ibas a hacer en América, desdichado?

Sergio no sabía qué hacer en América, y calló. Más sumiso, fue contando dónde se albergaba y cuánto dinero tenía. Rodeiro le preguntaba secamente. Al fin, le despidió:

—Ya veremos lo que puedo hacer, mientras no se dulcifica tu madre. Quiere que la vida te dé una lección, y hace bien. Pero no es cosa de dejar que te mueras de hambre. Ven a verme todos los días. A la una y media salgo del despacho. Espérame a esa hora. ¡Valiente lío has venido a armar tú!…

Y se marchó con un gesto de disgusto. Abelenda fue, en lo sucesivo, a esperarle a

la puerta del viejo caserón donde funcionaban las oficinas de Hacienda. Al tercer día le dijo Rodeiro:

—Tu madre no quiere saber de ti, y le sobra razón. Tengo seis duros, que te manda tu hermana; pero no te los doy; pudiera ocurrir que los gastases en tonterías. Serán para la dueña de la fonda.

La suerte del joven le preocupaba. Gruñía delante de él, frecuentemente:

—¡Si pudiese encontrar para ti algún destino…! Pero está tan mal esto…

Sin embargo, antes que la semana transcurriese pudo brindarle una ocupación. Fueron juntos a visitar a Rosales, y Rodeiro presentó a su protegido.

—Aquí está el cristiano de quien te hablé: un mozo despierto, que ha de dejarme quedar bien.

Rosales le miró apenas:

—Créame, Rodeiro: le admito por ser usted el recomendante; pero no estamos en condiciones de hacer aumentos en la nómina. Aquello no marcha todo lo bien que debiera. La gente es así: se pasa la vida clamando por alguien que la defienda, y cuando surge un Quijote, le vuelve la espalda. Este es un país muerto, querido; no hay salvación. Si no fuese por los compromisos que uno ha aceptado localmente, yo me habría retirado ya a mi casita y mandado a paseo a todo el mundo…

Rodeiro ponderó:

—De este muchacho no tendrá usted quejas que darme.

El periodista se detuvo en sus paseos por el gabinete:

—¿Trabajó ya en otros sitios?

—No; no ha trabajado; la verdad…

—¡Mejor, caray! Prefiero gente nueva; así la forjo a mi gusto. En cuanto vienen de hacer una gacetilla en cualquier papelucho, no hay quien los aguante. Bien; pues que vaya mañana por la Redacción, a las cinco, y charlaremos.

Al salir, Sergio oyó, estupefacto:

—Ya lo sabes: mañana, a las cinco, en la Redacción de *El Avance*. Hete aquí hecho un periodista.

Y ante el susto del joven, Rodeiro rio de buena gana:

—No hay otra cosa, chico; aún tenemos que bendecir nuestra suerte. ¿Qué? ¿No te agrada eso?

Sí, le agradaba; pero sentía un gran temor; asustábale el exceso de prestigio del cargo y el misterio que sospechaba él tras la palabra «periódico». Rodeiro le tranquilizó; ya se iría enterando; la labor de él no podía ser más fácil: recorrer los centros oficiales en busca de noticias que ni aun tendría que redactar. Poco trabajo. Verdad era que también daban poco dinero: diez duros. El resto hasta reunir lo preciso para la fonda, se lo daría el propio Rodeiro, mientras no se ablandase doña Rosa. ¡Y qué diablo!…, entrar así, en un periódico, no era cosa baladí, ni mucho

menos. El periodismo es una escala…, siendo avisado… Podía citar él centenares de personas que habían conseguido altos puestos, hasta la celebridad, escribiendo para la Prensa. Todo consistía en saber manejarse. Sergio era joven, no era tonto…; podía hacerse un porvenir.

—Yo creo que tu madre se pondrá muy contenta.

Veinticuatro horas después, Sergio Abelenda era gacetillero de *El Avance* y ocupaba un puesto en la larga mesa común.

El Avance era redactado casi todo él durante la noche. A las diez en punto don Agustín Rosales entraba en su despacho, y poco después sonaba imperioso el timbre en demanda de café. Don Agustín no escribía nunca; pero ingería pasmosas cantidades de café para tener despierta la inspiración en caso preciso. Su principal labor era poner títulos y apostillas a los trabajos de sus redactores. Un telegrama, por ejemplo, en que se reproducían las declaraciones de un ministro, lo encabezaba con este epígrafe: «Palabras, palabras y palabras…» Si era una simple noticia local, en la que se contaba cómo un marinero borracho había golpeado a su mujer, don Agustín, tras leerla con escrúpulo meditativo, trazaba debajo sumariamente: «¡Lástima de cárcel!…» A veces era aún más compendioso. Escribía: «¡Bestia!…» Los lectores de *El Avance* sabían encontrar la sabia mano de Rosales en estas filigranas, y la admiración hacia el terrible polemista crecía.

Dos eran los redactores del periódico: Muñiz, que era el literato de la casa, y Prego, que escudriñaba durante el día los periódicos de la región y por la noche se encorvaba sobre los telegramas, siempre mustio, siempre callado, con las solapas sucias, con los ojos enrojecidos… Era un republicano de corazón; había hecho promesa de andar de luto hasta que volviese el régimen de la democracia, y las pocas veces que dejaba oír su voz era para hacer citas de Nakens y de Alfredo Calderón; su espíritu no podía soltar esas muletas. Despreciaba a Muñiz por fútil y culpaba a Rosales de comedimiento. No había escrito más que un solo artículo, titulado «¡A la lucha!», en el que excitaba a los hombres de ideas avanzadas a una actuación violenta; ofrecíase a morir el primero en las barricadas y opinaba que «era preciso correr si no se quería llegar tarde», porque a él le constaba que España hallábase agonizante, bajo la tiranía y la concupiscencia. De este artículo nadie le habló jamás, y su amargura se acrecentó desde entonces, inconfesadamente.

Muñiz simpatizó en seguida con Sergio. Muñiz firmaba con el galano seudónimo *Juan del Lirio*. Sergio, al enterarse, se admiró: ¿era Muñiz *Juan del Lirio*?… Él había visto esa firma muchas veces y admirado sus divagaciones preciosistas, y hete aquí que este joven, vestido con afectación, grueso y con los ojos abultados, era auténticamente *Juan del Lirio*… ¡Quién iba a suponer!… Muñiz le envolvió en su protección. En su primera charla aseguró que él era, positivamente, el escritor regional que con más lectores contaba. Después, ya puesto en el camino de las

confidencias, no tuvo recelo en afirmar que su sentimentalidad le daba un gran partido entre las mujeres.

—Y, mire usted, debe de ser mi sino: todas me tocan histéricas. Cada amor mío es una novela de refinamientos y de exaltaciones. Figúrese: ellas histéricas y yo histérico también.

—¡Ah! —balbució Sergio, sin comprender, en tono de condolencia ante el mal—. ¿Usted también es histérico?

—Histérico, sí —agregó, resignadamente, Muñiz.

Continuó. Ahora estaba en relaciones con una estupenda mujer que tocaba el piano vestida con una bata de encaje y con lazos azules en los muslos. A lo mejor interrumpía la ejecución, vertiendo lágrimas, y se abrazaba a él, pidiendo que le jurase que morirían juntos.

—Ya ve usted: esto es terrible.

Pero tenía otras dos… Era para no acabar la historia.

—Y luego, como yo soy así…, tan pasional… ¿Vio usted ese cuadro que hay en la Dirección: una matrona que simboliza la República? ¿No se fijó usted en que tiene un pecho desnudo?… Pues yo, amigo mío, no puedo mirar para ella apaciblemente. Y a le he pedido a don Agustín que lo mande repintar para ocultarlo…

A la una de la noche Muñiz se marchó con el director. Sergio, sentado en su silla, después de leer todos los periódicos que se amontonaban en la mesa, comenzó a sentir sueño. La Redacción estaba en un silencio profundo; rasgueaba incansablemente la pluma del triste autor de «¡A la lucha!» Llegó la canción de un borracho, Después, toda la casa se llenó del ruido de las máquinas que comenzaban a tirar las primeras planas del periódico. Y aquel ruido, constante e igual, un poco amortiguado por los tabiques, acunó a Sergio y lo durmió.

Pero despertó al sentirse sacudido. Prego le miraba fríamente con sus ojillos rojos.

—Dé una vuelta por ahí antes que cerremos, a ver si ha ocurrido algo.

El joven se levantó, ruboroso por su falta:

—¿Qué debo hacer?

—Vaya a la Delegación de Policía. Todas las noches es preciso hacer eso a las dos.

Envolvióse Sergio en su gabán y salió. Una fuerte ráfaga le abofeteó en la puerta. La calle estaba en una completa oscuridad; cuando los calendarios anunciaban plenilunio, y aun en los primeros días de cuarto menguante, el Municipio apagaba las luces después de medianoche. Pero la luna se había puesto ya o los nubarrones la ocultaban; y así, la calle estaba sumida en una negrura amedrentante. Sergio, sobrecogido, se arrimó a una jamba. Llovía misteriosamente entre las sombras, y en todos los alambres silbaba el viento con angustiosos quejidos. En una y en otra acera,

las azules llamitas de gas de los faroles, no totalmente extinguidas, temblaban tan sutiles y tan tenues, que parecían ir a dormir. Y eran como fuegos fatuos que fuesen en procesión entre la noche… El rumor del mar agitado se advertía en toda la ciudad, y el viento parecía traer el olor y humedad de aquellas olas, que su misma furia hacía estallar contra los malecones, en una explosión de espuma… Sergio sintió miedo; miedo a lo sobrenatural que podía existir cabalgando en las rachas, o agazapado en las tinieblas, o gimiendo en los hilos telefónicos; miedo también a las historias de perversidad que había oído referir acerca del pueblo en la paz aldeana: al ladrón audaz, al asesino siniestro, al vagabundo impío… Suponía él una legión de malhechores deslizándose cautelosamente en la sombra propicia y asaltando con el puñal en la mano aquellas casas silenciosas, como ocupadas por difuntos, perdidas en penumbra… Esperó de un momento a otro oír, entre aullidos del temporal, el grito de agonía de una voz humana… Y se apretó más contra la puerta;… no se atrevió a marchar. Esperó. El agua de la lluvia corría por su rostro; el miedo le sujetó, empujándole hacia el quicio con su mano fuerte y helada… Cuando pasaron veinte minutos, entró. Prego le interrogó fríamente:

—¿Ocurre algo?

—No.

—Pues márchese.

Sergio vaciló. Pudo encontrar una disculpa con que encubrir su pánico:

—Está lloviendo a mares.

Se tendió en el largo diván, y el constante y lejano runrún de las máquinas volvió a dormirle.

XV

Al anochecer solían verse los enamorados. Atravesaban la amplia plaza e iban hacia los andenes que orillaban el mar. Alzábase la ciudad en una península, y a uno y otro lado las aguas formaban dos senos: en el mayor y más resguardado agolpábase todo el tráfico marítimo: grúas chirriantes, malecones ennegrecidos por el carbón, muelles laboriosamente asentados entre las arenas, y sobre el mar las lucecitas de los grandes buques y el cabeceo continuo de las lanchas, que, cuando se movían al impulso de los flexibles remos, eran como un enjambre de moscas de río, yendo y viniendo y entrecruzándose en la vastitud de la bahía.

La ensenada que al lado opuesto de la ciudad abría su semicírculo rocoso, apenas tenía otra utilización que la veraniega de los baños. En las demás estaciones quedaba en el abandono y en la soledad. Desaparecían las alegres banderas de los mástiles pintados; encerrábanse, desarmadas, las casetas de lona: el mar, hinchado por los vientos del Noroeste, batía obstinadamente, un mes y otro mes, en los cantiles y en la mampostería del andén… Hoscos edificios —una fábrica, un convento, después las tapias de un solar, casitas humildes de mareantes— daban su espalda a las olas, que a veces escupían sobre ellos su espuma. Ni una luz, ni una ventana que dejase resbalar un resplandor hasta la arena. Y en la arena, a veces, una vieja barca cansada, quilla al sol, dejándose rellenar de estopa sus grietas y acariciar por las brochas alquitranadas, con la misma complacencia perezosa de un animal espulgado por el dueño.

Los novios caminaban por el andén. Al embocarlo, el enorme raudal del aire libre llegado de lo infinito, bravo aún, todo saturado de olor a mar, la ráfaga inmensa que venía de silbar en los palos de un bergantín, de estorbar la marcha de un transatlántico, de arrugar el Océano en olas formidables, de guiarlas después, corriendo ante ellas y sobre ellas hasta los cantiles y las playas, los envolvía, los empujaba en prisa por entrar en la ciudad y asaltar las calles en un revuelo de papeles viejos y en un susto repentino de las galerías, que temblaban, y de las muestras, que comenzaban a oscilar en el dintel de los comercios. Después, el estruendo de las olas que venían entre las tinieblas, desmoronadas ya por su choque contra los bajos, rodando sobre sí mismas, misteriosas, invisibles, en toda la longitud de la playa… Este ruido acompañábalos como una amenaza continua. En un extremo del andén, cerca de un bosquecillo de pinos jóvenes, se sentaban, y les parecía quedar aislados de todo, en aquella sombra densa, bajo la grave admonición del mar. A veces, el ascua del cigarro de un carabinero vigilante los alarmaba en su refugio escondido. A veces, también, el rumor de los arbustos les hacía evocar la fronda de la Gándara o los bosques plácidos de Dumbría. En un lejano promontorio, en la boca de la ensenada, la linterna del faro parecía morir por instantes. Temblaba su reflejo, como una flecha de oro en el mar, y se veía el largo brazo de luz ir recorriendo lentamente

los cuatro puntos cardinales. Cuando llegaba a ellos el fuerte haz luminoso se separaban cohibidos, instintivamente, como si fuesen descubiertos por un severo ojo vigilante, que desde un agujero abierto en el cielo negral hiciese la centinela de las malas acciones humanas en el desamparo del mar y en el desamparo de las sombras terrenas.

Y este mismo vago temor los sobrecogía largo tiempo, deliciosamente; pasaban a veces siluetas calladas, otras parejas de enamorados que se ocultaban en la noche y a las que sólo se advertía por el crujido de la arena en el andén; se veía la lucecita remota de un barco cruzar, rayando las tinieblas… En ocasiones se alzaba la espuma de una ola cerca de ellos, como un fantasma blanquecino, y caía después con el son de una fuerte tela desgarrada. Entonces huían, entre amedrentados y rientes, como si hubiesen visto el Océano asomar una mano robusta y ávida sobre los malecones para llegar junto a ellos, apresarlos y sumirlos después en su hervor.

—¡Nos va a alcanzar!…

Y corrían, cogidos de la mano, con una angustia que era al mismo tiempo placer… Y cuando las luces de una calle herían sus ojos, se admiraban secretamente de encontrarse ya en la ciudad, tranquila junto a aquella furia cercana.

Las inquietudes de Sergio no desaparecieron totalmente con su presencia en la capital: en más de una ocasión despertaban sus celos ciertas observaciones que él agigantaba. Alguna vez Volvoreta no estaba en casa al anochecer, y aparecía ya tarde, justificándose con la busca de ocupación. Pudo sorprenderla en coloquio con un sargento, y, por último, después de una labor de investigación que realizó para averiguar el origen de una peineta de celuloide que apareció un día entre los rubios cabellos de Federica, logró saber que se la había regalado un mozo vecino con quien solía charlar. Sergio se enfureció, y aun dedujo de esa conducta de Volvoreta amargas máximas filosóficas acerca de la condición de las mujeres. Con ansia de batir al enemigo en su propio terreno, fue poco a poco comprando para ella estupendas joyas en los comercios que poseían brillantes al boro y piedras americanas. El anillo de cobre que lucía aún en la mano de la moza fue sustituido por una intachable esmeralda de dos pesetas; Federica tuvo, por el mismo procedimiento, fastuosos pendientes de amatista, un *pendentif* de platino y brillantes y un imperdible que figuraba un lagarto, con los ojos formados por dos rubíes. Total: nueve pesetas y cincuenta céntimos. Federica daba brincos de alegría ante cada nuevo despilfarro del novio, y los domingos iba como una india, toda llena de cristales de colores engarzados en latón. Pero era feliz.

Una noche, en la cocina de la posada, se trató de ir a un baile. Era Carnaval, llovía, y Sergio había entrado después de la repetida invitación de la hospedera. Un campesino, borracho de aguardiente, dormía sobre las losas con la chaqueta enrollada bajo el cráneo, teniendo aún pegada a los labios la negruzca colilla. Dos mozas recién

llegadas a la ciudad, mustias y silenciosas, contemplaban el fuego desde un rincón, pensando quizá en sus hogares de la montaña. La joven de Narahío mondaba ligeramente un montón de patatas y las dejaba caer en un balde de cinc. Propuso la posadera, ordenando los leños bajo el trípode:

—Lo que debíais hacer era ir al baile.

La moza de Narahío suspendió su labor:

—También es verdad, señora. Pues por mí que no quede.

Volvoreta rio; las rapazas del rincón siguieron mudas. Entonces la posadera cruzó sus manos sobre el vientre deforme:

—¡Válgame Dios, qué juventud ésta!…

Increpó a las del rincón:

—¿No vos da vergüenza, soiniñas?… ¿Qué vades vos a buscar a la América, coitadas?… Quisiéralo saber… A vuestros años no había baile ni romería donde yo no estuviese.

La de Narahío apartó el balde de sí, arrastrándolo con estrépito sobre las losas.

—¡Vamos nosotras, porra!… ¿Qué tenemos que ver con ellas?

Y se puso en pie como si ya fuese a partir para el baile. La posadera se echó a reír, haciendo temblar la blanda masa de sus pechos. Idearon el disfraz y requirieron a Volvoreta para acompañarlas. La joven se negó tibiamente, con cierta envidia hacia la dichosa independencia de las demás. Al despedirse, aclaró Sergio:

—Supongo que no te dejarás convencer. ¿No irás al baile?

Y ella, con brusquedad de incomodada:

—¿No me has oído decir que no iré?…

Sin embargo, Sergio no pudo desechar la celosa inquietud. A las doce se escapó del periódico y fue al baile. La luz de los focos parpadeaba sobre las puertas del teatro; un hombre ebrio, disfrazado con un tieso y crujiente impermeable de pescador, canturriaba inmóvil, resignado a no poder separarse de la pared en que se había apoyado. Era aquel un baile público, en el que los arrabales volcaban sus legiones de mozos inciviles, y la ciudad sus mujerzuelas y sus jayanes. Una mezcla de cargadores del muelle y de señoritos devotos de la crápula fácil. En los pasillos se alineaban, detrás de sus cestas, las vendedoras de naranjas y de refrescos gaseosos; una murga atronaba todo el ámbito. Pero los gritos, los zapatazos, los rugidos de la muchedumbre, eran más poderosos que el estrépito musical. Sergio se detuvo en la entrada del patio, sobrecogido por cierto temor. Le parecía haberse asomado al infierno, tal y como don Miguel lo describía en los sermones de la misa dominguera. Cada ser humano era un energúmeno; cada boca, un grito; cada brazo, un aspa; y en todos los rostros había llamaradas del incendio del alcohol. A veces un grupo de gente se extendía como una cadena, trabada por los brazos —cincuenta, sesenta locos —, y brincaba desaforadamente sobre el tablado, haciéndolo cimbrear, con: un ruido

como si todo el teatro se derrumbase. En los palcos se habían guarecido mujeres que llevaban un mantón de Manila o un traje escotado; la turba que llenaba el salón lucía disfraces de una arbitrariedad nauseabunda; algunos eran, sencillamente, colchas llenas de lamparones; otros, ajados trajes de campesinos; otros, capuchones desgarrados, que aún conservaban el lodo por donde los había arrastrado la máscara que lo alquilara en la fiesta anterior; ciertos bailarines se habían contentado con ponerse la americana con los forros hacia fuera; en muchas caras, el hollín había sustituido a la careta, y entre la negrura abrillantada por el sudor, los ojos y los dientes lucían una aguda ferocidad. Y todo estaba envuelto en una niebla de polvo y de humo y de vaho vinoso de dos mil bocas, que atenuaba la luz de las lámparas; y olía a vómito y a sudor agrio de cuerpos sucios, y a la miseria que aquellas gentes dejaban en sus chozas de los arrabales y en sus casitas del barrio de pescadores, y a las esencias baratas del tocador de las mujerzuelas…

Sergio pensó en marchar, pero se sobrepuso su ansia. Cuando pisó el salón rompía a tocar la murga, y se vio repentinamente envuelto en el ir y venir atropellado de las parejas. Fue empujado, prensado, pisoteado: le pareció que iba a ahogarse e intentó salir; pero lo rechazaron hacia el centro del patio, y allí quedó un poco más en calma.

Entonces se dedicó a escrutar las mujeres. Vio pasar a la posadera con un solo trozo de antifaz sobre la cara envejecida, imponente con la doble ampulosidad de sus carnes y de una sábana flotante; llevaba en las manos un soplillo de mimbres, se abanicaba con él, a la vez que se dejaba remolcar, al compás de una danza, por un hombre macilento, huesoso, que clavaba los dedos engarabitados en la espalda de la posadera y dejaba caer el cráneo casi sobre el suculento cogote de su conquista, en una traza que podía ser de lujuria o de hambre avivada por tanta y tan próxima carnosidad.

En una joven que entrevió bailando con alguien que llevaba un disfraz de labriego creyó descubrir a Volvoreta: la misma estatura, el mismo pelo del color de la miel… Luchando a codazos entre el gentío, intentó seguirla. Se extravió; injurió a un marinero que le había aplastado un pie; enredó los botones de la americana en el fleco de un mantón… Quiso volver al centro del patio, y no pudo lograrlo. Cuando cesó la música, lanzóse en descubrimiento de la máscara sospechosa. La encontró entre un tumulto; el labriego se la había echado a la espalda, como quien carga un saco, y daba torpes brincos. La mujer agitaba las piernas en el aire, chillando y riendo. Al fin, logró desprenderse. En la parte que la careta dejaba ver el rostro del rufián, entre la barba, sin rasurar, corría el sudor en gotas. Sergio, ceñudo, contempló a la muchacha; no era Federica; más gruesa, más alta, con una voz chillona… No era…

Y corrió detrás de todos los cabellos rubios y de todos los cuerpos de talle análogo al de la novia. Veinte veces le pareció divisarla y otras tantas se convenció de su error. Subió los diversos pisos del teatro. En los pasillos, ocupados por mesas, se

cenaba bulliciosamente, Arriba, ya en los corredores que llevaban al paraíso, había apenas doce o quince parejas misteriosas. Ellos, hombres casados o jóvenes enemigos de la turbamulta; ellas, tal vez, criadas recatadas, modistas aventureras o entretenidas infieles. Cuando alguien subía hasta el corredor, había una misma actitud de disgusto y de azoramiento en las parejas; se cuchicheaba; las caretas no se separaban ni un instante de la faz… Los disfraces eran igualmente meticulosos: *viudas, dominós*, una *doncella*, una *Colombina* con medias de lana roja y peluca de color canario…

Muñiz pasó con una mujer hinchada, monstruosa, que se balanceaba bajo su capuchón al andar, como si fuese un globo pleno de hidrógeno que estuviese a punto de desprenderse del suelo. El periodista la abandonó un momento para acercarse a su amigo:

—¿Va a ir al diario? No diga que me vio, ¿sabe?

Después, bajando la voz:

—Es una mujer estupenda, ¿eh?… Fíjese qué pechos.

—¿Histérica también?

—¡Al amigo!… Perdidamente… ¡La peor, la peor!… Ya se lo contaré mañana.

Y huyó a brinquitos. Sergio no le envidió. Le había parecido una anciana la amiga de su compañero. Cuando quiso comprobarlo, otra máscara le volvió a su obsesión primera. Ahora se trataba de una *viuda*, que al pasar había clavado en él sus ojos verdes. Esta podía ser…, seguramente era… Hasta juraría Sergio que advirtió en ella un movimiento de sorpresa, y que le había visto apretar más fuerte el brazo de su galán. Les cortó el paso y la miró con ansia. Ella, entonces, sujetó con la mano enguantada la barbilla del antifaz. Descendieron las escaleras. En el piso inferior los distanció el gentío. Aún pudo ver la cabeza del acompañante de la máscara sobresalir entre un grupo. Luego los buscó inútilmente. Subió, bajó, se internó en el salón, escrutó en los palcos, persiguió a otras mujeres vestidas de negro… Nada vio… La moza de Narahío, sin careta, pequeña y redonda, encendida con el buen color montañés, bailaba una jota sin música entre las cestas de frutas, en el desenfreno de la dinámica. Abelenda la llamó:

—¿Viste a Federica?

—No —respondió ella, limpiándose el copioso sudor.

—Di la verdad: ¿vino Federica?

—No. Págueme una naranja.

—Mira —amenazó Sergio con toda la rabia acumulada aquella noche—: como yo descubra que ha venido Federica, a la posadera y a ti os pateo como a odres. Ya lo sabes.

Y se dirigió a la puerta para marchar. La de Narahío quedó un momento confusa; pero después corrió tras él, indignada:

—Oiga… ¿A quién va a patear usted, señorito esfamiado?… ¡Atrévase, que me

basto yo sola para escorrentarlo!… ¡Lampantín!…

XVI

Don Agustín le confió cierta vez a Rodeiro, con aire de honda melancolía, su mala impresión acerca del futuro de Abelenda en el periodismo. Tenía dos capitales defectos: la falta de instinto reporteril y una gran timidez. En los centros oficiales se burlaban de él, dándole noticias absurdas; desconocía en absoluto todo cuanto pudiera relacionarse con la política; las referencias que llevaba al periódico eran siempre vagas y deficientes.

—Y es una pena, ¿sabe?, porque el muchacho no es tonto.

Y cuando Amaro refirió a Sergio el descontento del director, el joven no pudo justificarse. Sin duda, no había nacido para hacer gacetillas. Jamás podría decidirse, por ejemplo, a molestar a un señor afligido por un incendio en su casa, para interrogarle, ante la hoguera desoladora, acerca de cuanto importaba el seguro y cuál era la edad de la vieja que se había achicharrado en las guardillas. La inoportunidad del cuestionario se le revelaba tan vivamente, que volvía a la Redacción sin las notas. Podría ser «falta de instinto reporteril», como afirmaba Rosales, y era, desde luego; timidez, la timidez que en las ciudades cohíbe a las gentes del campo. Esto constituía para él, frecuentemente, motivo de conturbación. Uno de los fracasos a que su cortedad le arrastraba había ocurrido unos días antes en el café París. Un domingo, cierto compañero suyo del bachillerato le había descubierto, entre grandes ponderaciones, a una bailarina que trabajaba en el tal café. Fraguaron una aventura.

—Tú —insinuó el amigo—, con tu carácter de periodista…, ¡figúrate!…

Y tomaron asiento en una mesa después de convencerse de que sumaban seis reales la monedas de cobre que guardaban en sus bolsillos.

La bailarina se llama Lulú. Lulú era un nombre típico, ligero, de frivolidad, representativo de una época. Cuando queráis penetrar en el espíritu de un siglo, averiguad qué nombres llevaban las mujeres que vivían en él. En las edades heroicas se llamaban Brunequilda, Fredegunda…, palabras fragosas y recias. Cuando el romanticismo paseaba por los senderos la pluma enhiesta de los trovadores, había Isaura y Graziella… La época de misticismo bautizó a muchas Diosdada y Luzdivina. Este siglo comenzó creando a Lulú, y a Fifí y a Frufrú; lo sutil y lo trivial, la bagatela aterciopelada.

Esta Lulú presentábase embutida en un trajecito de hombre. Tenía en los ojos oscuros una mirada pecadora, y la corta melena le envolvía el rostro en algún rápido giro del cuerpo sobre sus pies de niña. Sergio asistió a esta revelación deslumbradora con el mismo interno cosquilleo de quien vende el alma al diablo o del que da el primer mordisco en la fruta del árbol del Bien y del Mal. Tomaban los dos amigos el deplorable café entre un cabo de Artillería, que fumaba un cigarro hediondo, y un cochero de punto, que escupía en el mármol de la mesa. A veces, el cabo apartaba el

puro de la boca para gritar: «¡Olé!», con el mismo tono con que podría decir: «¡Marchen!» Y entonces, el cochero, transportado de La Coruña a Triana, se decidía a vociferar:

—¡Tu mare!…

¡Oh! Sergio y su amigo hubiesen dado sus títulos de bachillerato por poder gritar como aquel cabo o como aquel cochero pervertido. Pero el mozo del café, próximo a ellos, con su negro traje y su pelo brillador partido pulcramente, les inspiraba un respeto temeroso… Por fin se decidieron a acompañar con los tacones bajo la mesa. Y cuando el camarero los miraba, al acaso, se aquietaban, como cuando los miraba en clase el profesor de latín.

Terminado el baile, la mocita saltó del tablado. Fue y vino entre las mesas. El cabo le gritó al pasar su «¡olé!» imperativo. La pequeña Lulú se detuvo entonces, ocultas las manos en los bolsillos de su chaqueta:

—¿Convida usted?

El cabo expuso bruscamente su opinión de que debía convidarla su madre. Ella hizo un mohín. Miró después a los dos amigos con su oscuro mirar malicioso, y preguntó, sonriente:

—¿Convidáis?

Enrojecieron: sonrieron también, pero con esa sonrisa de los azarados, que sólo dilata un extremo de la boca. Al fin el camarada de Sergio balbució:

—¡Si a usted le gusta el café…!

Mas el cochero agarró a la bailarina por un brazo y la hizo sentar junto a él.

—¡A ver, mozo!…

En la calle detuviéronse los amigos desesperados:

—¡Mira que si llegamos a tener dos reales más, nada más que dos reales, lo suficiente para haber quedado bien…!

La consecuencia de su apocamiento proporcionaba al joven agudos sobresaltos. Casi todos los días, sobre su carpeta, el implacable don Agustín acumulaba, marcados con lápiz rojo, los recortes de los otros periódicos que contenían relatos de sucesos de los que Abelenda no había tenido ni la sospecha. Esto le producía una constante inquietud. Singularmente Boado, el reportero de *La Independencia*, un joven diminuto, activísimo, conocedor de todas las gentes y por todas las gentes conocido, conmovía sus nervios con su sola presencia. Cuando Sergio le veía pasar con su paso rápido y menudo, haciendo girar el bastón en grandes círculos, se advertía presa de la angustia.

¡Gran Dios! ¿Qué noticia trascendental había adivinado aquel hombrecillo de azogue? ¿Adónde caminaba? ¿En busca de qué suceso recóndito?… Sergio concluía por seguirle cautelosamente. De buena gana le hubiese acometido muchas veces para arrebatarle las cuartillas en que le veía trazar rápidas anotaciones. ¡Y cómo envidiaba

aquel desenfado con que el rival charlaba con el capitán general, y aquella sencillez con que detenía al gobernador en la calle, y aquella audacia con que, en la visita hecha por un príncipe a la ciudad, le vio subirse a uno de los automóviles del séquito!… ¡Oh, Boado era su pesadilla constante!… Deseaba arrodillarse ante él con las manos juntas y suplicar, gemebundo y rendido:

—¡Boado, por Dios, no corra usted por las calles, no dé vueltas nerviosas al bastón, no tome notas en sus cuartillas, no tutee al inspector de Policía, Boado!

Un día presentáronle en el café a un periodista madrileño que había hecho el largo viaje para servir a su diario una *interview* con *Manazas*, un afamadísimo torero que debía desembarcar, de regreso de América en la ciudad. El recién llegado estaba radiante, porque era el único revistero de la corte que iba a tener el honor de hablar a Vicente —él llamaba al diestro por su nombre de pila— al pisar tierra española. Comunicó a Abelenda noticias del entusiasmo que el «fenómeno» despertaba en Madrid.

—Es una locura. Mire usted: en un cine se exhibió una película de cierta faena de Vicente en México. Antes aparecía Vicente de paisano, en un café, y hacía así, saludaba y se quitaba el sombrero, sonriente. Bueno, pues… fue un delirio. El público del cine aplaudía y vitoreaba… Fuera había empellones por entrar… Y es que vale mucho, ¡mucho!… Ese hombre, si no fuese demasiado modesto…

Y preguntó, de pronto:

—Aquí se le dará un banquete, ¿no?

Sergio tuvo que responder, con cierta pena:

—No.

—Bien; pero irán comisiones o algo así, ¿eh?…

Repitió, ya avergonzado:

—No.

—Pero —clamó, sorprendido y colérico, el colega— ¿no se hará nada?…

Y Sergio, ya francamente consternado:

—¡Nada; ni aun se sabe que va a llegar; ni aun importa que llegue!

Se miraron con desolación. Abelenda creyó su deber bajar la vista humildemente.

Meditando después en su ansia de merecer alguna alabanza de Rosales, decidió Sergio que había llegado la ocasión de lucimiento y se resolvió a la *interview* con el coloso de la tauromaquia. Cuando fue divisado el transatlántico, casi de noche ya, embarcó con el periodista madrileño en la lancha de vapor, donde ya se acumulaban varias personas: los carabineros, los consignatarios, algún mozo de hotel. El joven indagó anhelosamente y no vio a Boado. Le dio un brinquito de júbilo el corazón. Por esta vez, él le «pisaría» un suceso de importancia al terrible rival… Trepidaba la lancha, avanzando. Casi en la boca de la bahía se detuvo a esperar al monstruo, que mostraba a lo lejos las filas de sus luces. De noche ya; con una neblina ligera; velada

la luna.

Pasó un vapor de pesca, mirándolos con su ojo verde y su ojo bermejo. Un frío húmedo entumecía a los que esperaban. El transatlántico seguía aproximándose lentamente. Fondeó al fin. Acercóse la lancha. En lo alto de la escalerilla, los ojos atónitos de Sergio descubrieron la figura desmedrada e inquieta de Boado, que había ido a bordo con el personal de Sanidad, antes que nadie.

—¿Y Vicente? —gritó, ya en la cubierta, el revistero cortesano—. ¿Dónde está Vicente?

Vicente estaba allí, envuelto en un gabán, calada la gorra de viaje. Le cercaron. Atisbando entre el colega de Madrid y el rival de *La Independencia*, Sergio pudo ver el largo rostro y las cejas pobladas y la nariz abundante y los abultados labios del ídolo. El ídolo contó que el viaje había sido bueno, que el día de su beneficio le había dado un toro un puntazo y que estaba ansioso de pisar tierra firme. Pero esta última declaración confidencial fue interrumpida por el madrileño; el madrileño quería saber detalles del puntazo. El diestro explicó:

—Fue al capear el cuarto. Lo quise pasar por delante y se pasó por detrás… Entonces amparé el golpe con una mano. Perdí dos domingos.

Aquello era muy confuso para Abelenda… El fotógrafo llevado a bordo por el revistero intervino para disponer la pose del Manazas. El hombre de la corte se apresuró a colocarse junto al torero, y aun apoyó una mano en su hombro, con un aire de familiaridad llamado a suscitar la envidia de media España. Surgió el fogonazo del magnesio. Luego marcháronse todos, deslumbrados, tropezando en los baúles y las sillas desparramadas sobre cubierta.

En el *fumoir* del buque, mientras el coloso tomaba café, Sergio, que le había seguido y que palpitaba de emoción en aquel *vis-à-vis* ambicionado, se esforzaba por ordenar en su ánimo las preguntas que debía dirigirle. Meditaba en que las ocasiones de hablar con un hombre notable son pocas y es preciso exprimirlas. Por algo la Prensa madrileña hacía viajar a sus redactores, y los fotógrafos derrochaban el magnesio, y el público se batía en la corte a la puerta de un cine para ver proyectar aquella faz tosca, como hecha a puñetazos, y admirar en ella una sonrisa de la enorme boca de labios callosos. Sergio sospechaba que tenía ante sí la *interview* sensacional con que enloquecer a los mil setecientos noventa lectores de *El Avance*. Pero no acertaba… Preguntó una vez, con el tono de quien pregunta por la familia de su interlocutor:

—¿Y los toros?

—Bien… Unos, buenos; otros, malos… De todo.

Abelenda sonrió, como si esta declaración le desentrañase un misterio. Intentó el aspecto internacional:

—¿Cómo andan las cosas en México?

El *Manazas* encendió un cigarro, puso la caja de cerillas sobre la mesa y el puro sobre la caja. Después revolvió el azúcar en el vaso. Murmuró:

—¡Muy mal, muy mal!… ¡Aquella revolución, amigo…!

Y se consagró a beber el café. Sergio le vio alargar los labios, en la succión, como si quisiese llegar al fondo, y miró luego cómo la prominente nuez del torero se agitaba en la garganta, en un subir y bajar, con un ruidillo de contentamiento. El *Manazas* dijo después:

—El día que llegamos a La Habana hicieron volar los restos del *Maine*.

Sergio se animó.

—Se puede hablar de su emoción al ver cómo desaparecían esos penosos recuerdos, ¿eh?

Y el *Manazas*, recapacitando, concedió:

—Bueno.

Abrióse otra pausa. Sergio mordía el lápiz, interiormente desesperado por no saber hacia qué asunto dirigir sus inquisiciones. Iba a abrir la boca para preguntar al ídolo qué color prefería y cuál era su autor predilecto, cuando Vicente se levantó. ¡Diablo!… Ahora recordaba que debía afeitarse. Desde otra mesa, donde apuraba un *cock-tail* el revistero madrileño, temeroso de separarse del *Manazas*, gritó:

—¿Adónde va el astro?

Y cuando el astro explicó, movió el revistero la cabeza y lo vio marchar con mirada cariñosa.

«¡Oh —se leía en su mirar—, con qué estremecimiento de veneración tocará el peluquero de a bordo esa coleta!… Con qué voz respetuosa y temblona detendrá un momento la navaja para preguntar: “¿Lastima, maestro?”…»

Las cuartillas en que Abelenda consignó, tras grandes sudores, la *interview* con *Manazas*, no tuvieron éxito. Rosales las rasgó, desdeñoso:

—Esto no importa a nadie aquí. Haga sólo una gacetilla.

Y aún tuvo una crueldad. Al pie de las tres líneas en que se daba cuenta del regreso del astro puso el notable polemista uno de los rotundos comentarios lacónicos: «¡Bien pudo quedarse!» Sergio, desolado, pensó en que si alguna vez llegaba a encontrarse con el *Manazas*, era hombre muerto.

XVII

Con una alegría que se vislumbraba al través de aquella apacibilidad constante, Volvoreta le anunció, mientras paseaban por los andenes, cerca del Océano amansado ya, dormido en la dulzura de las primeras noches primaverales:

—Mañana entraré a servir en casa de los Acevedos.

Refirió muy prolijamente las preguntas que le había hecho la señora, el aspecto del comedor, con sus bandejas de plata por las paredes; el susto que había sentido ante un terrible perrazo que vio en el vestíbulo, y que resultó ser de cartón piedra… Toda la casa era señorial. La habían admitido para «doncella» de la señorita Luisa y afirmaba ahora que no podía haber encontrado una ocupación mejor en todo el pueblo.

Callaba el joven, oyéndola, internamente roído por aquella celosa prevención contra el bajo oficio de la novia. Inquirió, al fin, malhumorado:

—Y ahora, ¿cómo hemos de hacer?

Federica no podía aún decírselo. Era necesario esperar, conocer las costumbres de la casa, saber los días en que habían de permitirle salir.

—Tú, escríbeme.

Sergio no escribió. Espiaba la puerta de los Acevedos, y podía ver alguna vez a su amada, vestida de nuevo de pies a cabeza, airosa, gentil, notoriamente satisfecha al lado de la lujosa Luisa. Cuando, inopinadamente, se cruzaban, Sergio solía saludar con un rendimiento cortés, al que la señorita contestaba apenas con un leve movimiento de sus ojos más que de su cabeza. Federica mirábale rápidamente, y nada más. El primer domingo, Sergio hubo de soportar el copioso relato de todas las costumbres y peculiaridades de la casa, y la referencia minuciosa de un viaje que Volvoreta había hecho en el automóvil, al lado del chofer, desde la calle donde vivían hasta la cochera, que estaba doscientos metros más allá. Y todo con una hiperbólica alabanza: la señora, un alma de Dios que se detenía muchas veces a charlar con ella; la señorita, un ángel, que ya le había regalado un montón de puntillas y ropa blanca casi sin usar; ¡como tenían la misma estatura…! Ropas de hilo, finísimas… Precisamente llevaba puestos unos pantalones que… en su vida había soñado.

En los días de la segunda semana, Sergio advirtió que Luisa no contestaba ya, ni con los ojos, a su saludo. Volvoreta, en cambio, se permitía sonreír para él y aun murmuraba un adiós sin el antiguo recato. El nuevo domingo llegó, y mientras el joven paseaba en espera de la salida de la moza, como alzase los ojos a los balcones, vio a la señora de Acevedo, que le hizo amablemente la insinuación de subir varias veces repetida, porque Sergio, entre receloso y admirado, no obedeció a las primeras indicaciones.

Mientras ascendía por la escalera, pensaba él que quizá fuese llamado para

hacerse oír una reprensión por sus amores con Federica. Pero, ya en el comedor, ante el gesto sonriente y la melosidad de la señora de Acevedo, se aminoraron sus temores. Sin embargo, la presencia de Luisa, sentada con cierto abandono junto al balcón, y también la de Volvoreta, endomingada ya, en pie, medio oculta tras una cortina, en una actitud pudorosa, conservaron viva la inquietud de Abelenda.

La de Acevedo le observaba al través de sus impertinentes de mango de concha. Le interrogó con su voz atiplada e insinuante, que repetía monótonamente las palabras:

—Y usted es de allá, de la Gándara, ¿no es eso?… ¿De una familia de la Gándara?…

—Sí, señora; de la familia de Abelenda…

—¡Vaya, sí; ya sé: de la familia de Abelenda!… ¿Y qué tal? ¿Bien? Su familia, ¿bien?

—Bien, sí, señora.

Daba vueltas al sombrero. La mujer no dejaba de observarle con una curiosidad escrupulosa:

—Claro: la familia, bien… Naturalmente… Pues me alegro, hombre.

Conocíase que hablaba sin pensar sus frases. De pronto se volvió hacia Luisa para exclamar:

—No comprendo por qué decías tú que yo le conocía. En mi vida he visto a este joven.

Luisa calló. Sergio, sin comprender lo que ocurría explicó:

—He tenido el gusto de saludar a ustedes en casa de don Manuel de Souto.

La de Acevedo volvió a alzar los impertinentes como si le fuesen precisos para mirar al pasado. Recordó, o fingió recordar:

—Sí…, sí… La Cruz del Souto… En efecto… Muy bien.

Y sin transición, pero acentuando más aún la empalagosa dulzura de su acento:

—¿De modo que usted es el que está tan enamorado de Federica?

La inopinada pregunta y aquel ponderativo adverbio con que aparecía admirativamente agigantada su condición de amador, le hicieron enrojecer bruscamente. No se atrevió a mirar a Volvoreta, que, turbada así mismo por el rubor, enrollaba la cortina entre sus manos casi hasta hacer de ella una cuerda. La señora continuó:

—Ya me dijo ella que usted tiene muy buenos propósitos y que piensa casarse en seguida… ¿Cuándo piensa usted casarse?…

Las mejillas de Sergio se pusieron al rojo cereza. Sentía sobre él un enorme ridículo, y aquel desdén con que Luisa continuaba mirando a la calle le hacía más daño que si se hubiese reído de él. Quiso negar, y dirigió una ojeada a Volvoreta, que continuaba retorciendo la cortina, sonrosada y riente, clavados en él los cándidos ojos

color de mar. Le faltó valor para desmentirla. Balbució:

—¿Casarnos?… Pues… no sé…

Entonces la de Acevedo le dirigió un discurso conmovedor para explicar su injerencia. Ella era siempre como una madre para la servidumbre de su casa. La bondad de su corazón se vertía especialmente sobre Federica, joven, hermosa y desamparada. Por ello había querido conocer detalles del noviazgo, para impedirlo si llegaba a sospechar de su rectitud. Pero Sergio le agradaba, le parecía «un muchachito bien educado». (Al llegar a este punto se interrumpió para advertir a Volvoreta que la cortina no podría soportar por más tiempo aquella tortura.) Exhortó al joven para que se convenciese de que la verdadera riqueza está en el espíritu, y añadió que, aunque Federica no tuviese más que dos ferrados de tierra en Dumbría, sus condiciones de mujer trabajadora, honrada y obediente hacían de ella un partido ventajoso para un hombre sensato. Para terminar, ofrecióse generosamente a ser madrina de boda, y declaró su satisfacción porque Sergio quisiese de tan pura y noble manera a la criada.

Volvoreta, radiante, se creyó en el caso de intervenir con mimo:

—¡Boh…! Lo que él tiene es zalamería nada más…

Sergio desfallecía, agobiado por la sensación del ridículo. En la calle sintió pesar sobre él la mirada de la de Acevedo, asomada nuevamente al balcón para verlos marchar. Federica intentó ofrecer a su señora el espectáculo de sus ternuras y dio un pellizco en un brazo a su novio. Pero Sergio rugió sordamente y le respondió con un empujón.

Enteróse Abelenda aquella tarde de que la infatigable curiosidad de la mujer del banquero había obtenido de la vanidosa locuacidad de Volvoreta abundantes revelaciones de sus amoríos. Hasta aquellas cartas de los primeros días, trazadas bajo la inspiración del lírico incendio en que el enamorado se consumía, fueron puestas en manos de la de Acevedo.

—Las leyó, y dijo que eras muy listo —le confesó, satisfecha, la moza.

Desde entonces la intervención de la dama en el noviazgo fue constante. Un día le mandó, por conducto de Volvoreta, un ejemplar de *Los tres masqueteros*, «porque, como se dedicaba al periodismo, le convenía conocer los buenos modelos para saber escribir». Otro día la señora insinuó su disgusto porque Sergio perteneciese a la Redacción de un diario radical que no publicaba «Ecos de Sociedad» y que ponía comentarios impíos a los sermones de Semana Santa. Cierto domingo en que Volvoreta no pudo salir encontró el joven en la fonda una carta concisa en la que se citaban varios refranes que convenían en demostrar cómo el deber es primero que el amor y cómo ve Dios con agrado a las jóvenes que prescinden del deleite de pasear con sus novios para atender a las ocupaciones caseras. La letra y el estilo no eran de la moza. La de Acevedo intentó conseguir que Volvoreta consagrase las horas libres a

asistir a las escuelas dominicales, para que pudiese ser una digna esposa con rudimentos ortográficos. Pero Sergio se opuso, ardiente de ira, contra aquella tutela que sólo le proporcionaba el placer un poco perverso de admirar las finas ropas de la hija de los Acevedos junto al cuerpo firme de Volvoreta.

Al cabo de dos meses la situación tomó de pronto un rumbo distinto. Federica anunció sus propósitos de abandonar la casa de sus amos. Sergio supo que cierta señora, ligada a Volvoreta por un parentesco remoto, había llegado de América y se quedaría a vivir en la ciudad. Federica, llamada a su lado, recibiría de ella una consideración filial. Se había acabado la esclavitud. Insinuó hasta la posibilidad de heredarla. Y todo esto mereció de su novio una aprobación sin reparos.

Trasladóse la joven a su nueva vivienda. Era una casita limpia y de construcción reciente, pero pequeña y humilde, enclavada en una calle del arrabal eternamente sola. Sergio había logrado permiso para ir por las tardes, hasta el anochecer, a conversar con Volvoreta, a la que la anciana daba el nombre de sobrina y un trato hasta tal punto cariñoso, que más parecía ser la moza la que mandase.

Servíales una mujer de la vecindad que no dormía en la casa, y la vieja no vigilaba jamás las conversaciones de los enamorados, aunque, por síntomas diversos, no parecía distinguir considerablemente a Sergio Abelenda.

Federica era feliz con su cambio de fortuna. Poco a poco advertíanse en ella refinados progresos: se cortaba las uñas en pico, y el olor a romero de sus carnes había sido derrotado por el olor a violeta de un bote de perfume de escaso precio. Su dormitorio era en los primeros días un lugar de estupefacción, donde la vista caminaba de sorpresa en sorpresa. Cerca de la cama —demasiado grande para servicio de una soltera— había hecho colocar un aparador de pino, porque tenía un espejo que ella quería utilizar en su tocado. Una enorme lámpara, con muchas arandelas y brazos retorcidos, pendía sobre la cama… Sergio no comprendía cómo se pudiese dormir allí sin la pesadilla de morir aplastado por un desprendimiento. La pared estaba cubierta de litografías arbitrarias. Sobre la cabecera del lecho, un cuadro exhibía la visión simbólica de una balanza, uno de cuyos platillos tocaba el cielo resplandeciente, llevando la dulce carga de los bienaventurados, mientras que el otro, donde se hacinaban los pecadores, descendía hasta el pavoroso y ennegrecido antro infernal, donde unos cuantos demonios bailaban contentos ante la copiosa remesa. La mano de Dios, entre nubes esplendorosas, sostenía la balanza. Cerca de la estampa simbólica, igualmente encerrada en un marco oscuro y sutil, otra litografía suavizaba la honda impresión que la anterior pudiera dejar en el espíritu, solazando los ojos con el espectáculo de unas perdices muertas junto a un besugo, al frondoso amparo de una coliflor depositada junto a sus suculentos cadáveres como una ofrenda lírica. En otro cuadro, un cazador besaba a una pastora. En otro podía admirarse la escala de las categorías, desde el labrador —«Yo mantengo a todos»— hasta el Papa —«Yo rezo

por todos»—, muy solemne, con dos dedos erguidos para bendecir.

Todo este desorden, provocado por el afán de Volvoreta de acumular junto a sí las riquezas del modesto mobiliario, fue siendo corregido poco a poco por una mano misteriosa. El aparador y la lámpara pasaron al comedor; luego aparecieron en el pasillo los cuadros eclógicos. En el techo de la alcoba fijóse un farolón de cristales rosados que daban una voluptuosa luz. Y un día Volvoreta mostró a su novio, emocionada como ante un suceso que cambiase el curso de su vida, un amplio baño de cinc colocado en su cuarto interior, sobre un trozo de linoleo.

Sergio pudo observar cómo en el alma de Volvoreta se despertaba —quizá por el fomento de su liberación— una fuerte antipatía contra las de Acevedo. Le hablaba de ellas largamente y sin que nada provocase el tema. Diríase que estaba rencorosamente poseída por la obsesión de sus últimas amas. Sergio supo que la señora tenía las dientes postizos y que en su juventud había sido modista de sombreros. Se enteró también de que usaba medias de goma porque padecía varices, y de que su edad excedía en cinco años a la de su marido. En cuanto a Luisa, era una criatura insustancial, llena de orgullo, que, aunque supiese disimularlo, se perecía por los hombres.

—A mí me odiaba —dijo un día—, porque, cuando íbamos juntas por la calle, me miraban más que a ella. ¿Te gusta esa mujer?…

Sergio opinó:

—Vales tú más, naturalmente; pero…, vamos…, no es fea.

Federica hizo un mohín. Concedió que, en efecto, algo valía; pero la acusó de tener los pechos muy blandos.

Después contó:

—A ti no te quería bien. Una vez, al pasar tú, dijo a sus amigas: «Ese es el novio de mi criada.»

—¿Dijo así?

—¡Y con un desprecio…! Yo estuve a punto de protestar… Por eso de llamarle a una «criada»…, aunque una esté a servir, que bastante desgracia es… «Criadas» son las escobas… No sé como la he podido soportar durante esos dos meses…

Desde aquella charla, Sergio compartía la indignación de su novia contra Luisa. Y más de una vez, cuando sus manos acariciaban sobre Volvoreta las telas sutiles de la hermosa hija del banquero, saboreaba voluptuosamente con los ojos cerrados el placer de una dulce venganza.

XVIII

La Redacción de *El Avance* tenía en las primeras horas de la noche una animación de casino. En el despacho del director reuníanse siempre varios personajes, accionistas del periódico o ligados a él por afinidad de opiniones, y se comentaba muchas veces la vida de los convecinos y alguna vez los altos problemas nacionales. El mozo del café entraba con refrescos y licores. Y al oír el anunciador tintineo de las copas en la bandeja, Prego alzaba el pálido rostro de las cuartillas, miraba a Sergio y a Muñiz y decía todas las noches, indicando con un movimiento de cabeza el cuarto de Rosales, donde penetraba el camarero:

—¡Y a nosotros que nos parta un rayo!… ¡Vaya una democracia!…

A la una el último visitante se había marchado ya: Pendientes tan solo de las noticias telegráficas, cada cual aprovechaba aquel descanso a su manera. Muñiz solía hojear el *Enciclopédico*, en busca de palabras desconocidas con que deslumbrar a los lectores de sus crónicas. Prego extraía de su cajón un voluminoso legajo y se dedicaba a trazar números y nombres. Había conseguido que un alcalde rural le confiriese la misión de confeccionar el reparto de Consumos. A Prego le molestaba esta colaboración en una obra de caciquismo; pero los cuarenta duros que había de cobrar por ella le hicieron sucumbir. Tenía un hijo anémico… Pensaba alquilar una casita en las afueras y llevarlo allí.

Algunas tardes el pequeñuelo iba a buscarle a la Redacción para ser paseado por veramar, y asustaba el verle tan pálido, tan sutil, con esa atroz gravedad de los niños tristes, una gravedad que parecía reflexiva. Cuando Prego y su hijo, igualmente enlutados, igualmente taciturnos, igualmente verdosos, paseaban de la mano por la ribera, diríase que aquel niño de seis años llevaba también en su espíritu la indesterrable melancolía del fracaso de la República.

Don Agustín, cuando sus contertulios se retiraban, solía entregarse a su voluptuosidad favorita: se armaba con un grueso garrote, subía el cuello de su americana, como si quedase así disfrazado incognosciblemente, y salía a cazar. Cazaba gatos. Su lugar de operaciones era un sucio y próximo callejón, al que acudían en busca de despojos algunos escuálidos felinos sin hogar o de espíritu aventurero… Don Agustín se acercaba cautelosamente y caía sobre los infelices con el bastón enarbolado. A veces se sentía desde la Redacción el ruido del garrote rebotando sobre las losas, arrojado por Rosales contra algún huido animal. Entonces los periodistas se miraban riendo:

—¡Ahí anda ya don Agustín!…

Y cuando don Agustín entraba, inquirían:

—¿Qué tal se dio hoy?

—¡Pchs!… Quedan ahí dos piezas…

Le brillaban los ojos de júbilo, y en ocasiones obstinábase a que saliesen a ver el cadáver de algún buen ejemplar, tendido, con la boca contraída aún, mostrando los dientes agudos y un ojo saltado por la violencia del golpe. A Abelenda se le encogía el corazón: Rodeiro censuraba muchas veces aquella crueldad; pero el terrible polemista perseveraba en su afición y hasta la defendía con argumentos sensacionales:

—Entonces, ¿qué? ¿He de reducirme a la caza inocente de la liebre y de la perdiz?… Yo soy un cazador de sangre; yo debía estar persiguiendo águilas y preparando trampas para los leones. Ahora éste es un país atrasado, donde no hay ni un triste chacal, y no puedo irme al centro de África. Pues seguiré cazando gatos. Al fin, el gato ¿qué es?… El gato es un tigre pequeño. Cuando los acoso, se agazapan, se les hincha el pelaje, bufan como una pantera, brillan sus ojos de furor, como el ascua de mi cigarro… Y saltan sobre mí… Como usted lo oye; saltan sobre mí magníficamente. Es el minuto de mayor emoción… Además, cada gato tiene su manera especial de morirse; no hacen como los conejos, ni como las liebres… Ayer le rompí a uno la espina dorsal… Se arrastraba hacia mí sobre las patas delanteras, maullando, con medio cuerpo vivo y el otro medio inerte, mirándome con la rabia de su impotencia para herirme. Fue emocionante… Palabra de honor.

Rodeiro gemía, compadecido:

—¡Es horrible! ¡Es horrible!… ¡Usted no tiene entrañas!…

Algunos tipos pintorescos rompían de cuando en cuando la monotonía de las noches de Redacción. Era a veces un *globetrotter*, que refería cómo estaba ganando un premio de miles de pesetas por andar el mundo a pie y sin dinero, por incomprensible capricho de una sociedad científica; o era el personaje notorio recién llegado a la ciudad y en torno del cual se forma grupo; o era el prestímano y el guitarrista que iba a trabajar en este o el otro teatrito y que se obstinaba en hacerlos anticipadamente testigos de su mérito.

Cierta noche, la puerta de cristales se abrió para dejar paso a un hombre gordo, de largas barbas, de abundante ceño, que conservaba un aire atrayente y de distinción dentro de su pantalón raído y sus botas despedazadas y su corto gabán color café, visiblemente cosido para otras espaldas menos robustas.

El hombre hizo una reverencia en el umbral y se acercó a la mesa:

—¡Salud! El señor director, ¿está visible?

Se avisó a Rosales. Cuchichearon largamente. Al fin avanzaron hasta el despacho, y el polemista, entre la vaga curiosidad de sus contertulios, dejó caer estas palabras:

—Un compañero nuestro, expulsado de Portugal por conspirar por la idea.

Corrió un murmullo de simpatía. El hombre del gabán color café hizo otra reverencia y volvió a decir:

—¡Salud!

Cediéronle un sitio en el sofá y dirigiéronle algunas preguntas. Él contó su odisea. Era portugués, de Matusinhos, pero criado en Buenos Aires; se había puesto de acuerdo con la masonería lusitana. Tratábase de hacer saltar la Monarquía con la fuerza redentora de una máquina infernal que habían construido en un sótano. Todo estaba tramado. Pero surgió un traidor: descubriéronlos. Dos conspiradores habían fallecido misteriosamente en la cárcel.

Los otros ocho fueron enviados a Lourenço Marques, donde hay antropófagos.

—¿Antropófagos? —clamó, asombrado, el concurso.

—¡Antropófagos! —afirmó el hombre de las barbas, con una sombría seguridad, moviendo el ceño peludo como los pliegues de un acordeón— ¡Antropófagos!… La Monarquía sostiene algunas tribus en ese instinto para que se nutran con los deportados. Mis pobres compañeros —agregó, con voz ronca— han sido devorados ya a estas fechas…

Elevó, con lento ademán de comprimida iracundia, una de sus anchas manos vellosas, en las que las uñas negreaban. La mano se mantuvo un poco tiempo en el aire, entre el silencio piadoso; después descendió sobre la copa de coñac de Rosales, la apresó y la vació en la boca del fugitivo. Todos comprendieron que su tribulación era amarga y profunda.

Continuó su relato. Él había conseguido huir disfrazado de buhonero. Anduvo y anduvo —allí estaban sus botas destrozadas— al través de los campos, durmiendo en los pajares, muerto de ansia y de hambre… Cuando pisó tierra de Orense se volvió para enseñar su cerrada mano peluda a Lusitania. Luego… él pensó que en la capital de Galicia había radicales organizados y numerosos que le ampararían… Y helo aquí…

Prego, que se había ido acercando a la Dirección, y que durante la historia había tenido estremecimientos de furia y crispaciones de piedad, se adelantó, conmovido, y estrechó fuertemente las manos del hombre que había luchado contra la tiranía. Don Agustín puso al terrible relato una de sus apostillas dogmatizantes…

—La hora de la libertad —dijo— no está lejana, sin embargo.

Y, descendiendo al bajo nivel de las necesidades físicas, ofreció:

—¿Quiere usted café, camarada?… Aún queda un vaso bien cumplido…

El portugués aceptó, y aceptó también un cigarro. Sujeto por la gratitud, ya no se separó de ellos en toda la noche. Desatendido por los redactores, que trabajaban, consagróse a hojear periódicos. A las cuatro y media, cuando Prego se puso en pie para marchar, el hombre de Matusinhos leía el vigésimo sexto diario. Prego insinuó:

—Cuando usted quiera.

El conspirador sonrió tristemente.

—¿No podría quedarme aquí? Dormiría en este diván un par de horas… Si usted me permite…

Prego comprendió, e invadió su espíritu una honda pena. Por impulso del bien llevó la mano a sus bolsillos; pero la mano volvió a salir vacía y no pudo ofrecer más que un apretón cordial.

—Quédese usted, compañero. Si le llevase a mi casa, estaría peor. Ni aun tengo un diván como este…

El luso hizo un amplio gesto de comprensión y estrechó otra vez con sus dos manos la del periodista.

—Dormiré aquí muy bien, compañero.

Se tumbó con los pies por alto, como un toro herido. Prego contempló con amargura las botas gastadas, descosidas, del mártir de la idea, que dejaban ver un dedo sucio y engarabitado. Suspiró y despidióse:

—¡Salud!

—¡Salud! —gruñó, al través de sus barbas, medio dormido ya, el extranjero.

Fue cotidiana la visita del portugués, adueñado ya del diván como de un lecho definitivo. Contaba episodios de su vivir en la Argentina y pedía tabaco a los contertulios sin abdicar de la dignidad de sus ademanes, Su vivir era paupérrimo. Una noche salió a recoger un gato asesinado por Rosales, y ante la repugnancia de *Juan del Lirio* lo envolvió en varios periódicos, sobre la mesa de Redacción, asegurando que al día siguiente lo haría convertir en un guiso suculento.

Pasada la primera impresión novelesca, fue extinguiéndose la aureola del fugitivo. En el despacho de don Agustín comenzaba a verse con desagrado su gabán marrón y sus calzones con flecos y su avidez para el café con leche. Se prescindía de su opinión en las discusiones, y cierta vez que estalló una tormenta, don Agustín se atrevió a rogarle que saliese a pedir un paraguas a su mujer. El revolucionario concluyó por refugiarse junto a Prego. Terminados sus quehaceres, Prego atendía con solicitud al de Matusinhos y sostenían eternos diálogos en voz misteriosa. A veces, sin embargo, se oía a Prego asegurar:

—¡Es preciso que libremos la gran batalla!

El luso asentía, agitando sus barbas rubias.

Prego añadía aún:

—La patria sufre.

Y el conspirador entonces fruncía varias veces el abundante ceño, como si se advirtiese él mismo traspasado por aquel dolor.

Fue una madrugada, solos ya, cuando el extranjero puso solemnemente su mano sobre un hombro del periodista y le miró con fijeza:

—Usted, camarada, tiene un corazón apostólico. Usted sería incapaz de una traición.

Prego se sintió impresionado por estas frases. Llevó su diestra hacia donde latía la víscera elogiada e intentó hablar. Pero el conspirador lo impidió con un gesto:

—¡Lo sé, lo sé, amigo mío!

Y bruscamente se puso a recorrer la estancia, mesándose las largas barbas, agitado, como en lucha consigo mismo. Al fin arrastró hacia Prego una silla, después de arrojar sobre la mesa el cadáver de un gato que había tendido sobre el asiento, con un desdén que reveló al periodista toda la grave preocupación que embargaba al radical, alejándole de los bienes terrenos.

—Amigo mío —confesó el portugués—, mi misión no ha terminado aún. Yo he hecho promesas a nuestros correligionarios de la Argentina, que he de cumplir a todo trance… La muerte no me aterra… Mi sangre será la que fertilice muchos espíritus…

Abrió una pausa y aclaró. El plan del comité revolucionario era dar primero el «golpe» en Portugal y poco después en España. Prevenidas las autoridades, dificultado hasta la imposibilidad su regreso a Lisboa, la primera parte del complot debía ser aplazada prudentemente. Pero él estaba decidido a realizar la segunda. Él rompería las cadenas, él iría a Madrid… ¿Cómo?… He aquí la cuestión. Todo el dinero enviado de la Argentina —muchos miles de duros— estaba en poder de uno de los deportados. El brusco y desdichado fin de aquella conjura, que terminó oscuramente en panza de unos caníbales, le había impedido coger ni un solo *vintem* de los fondos comunes. Él no podía presentarse así en la corte; su aspecto de vagabundo despertaría la atención de los agentes; le vigilarían…

—Además, y tengo esta desgracia… Fíjese usted… Mis ojos, mi barba, el color de mi rostro… Yo tengo todo el aspecto de un anarquista ruso… Esto me ha causado grandes perjuicios más de una vez. ¿No me nota usted, en verdad, la traza de un anarquista ruso?

Prego convino en que «tenía un aire»… Después de esta comprobación, el hombre de Matusinhos mesó, como si fuese a arrancar, aquellas barbas con las que le había castigado su estrella.

—Necesito cierta cantidad para cambiar todo este aspecto; usted debe orientarme. Algunas insinuaciones que hice a don Agustín y a sus amigos no dieron resultado. Son gente tibia… No tienen opiniones firmes.

—Son burgueses —condenó el periodista.

—¡Son burgueses! —rugió el portugués— ¿No habrá nadie que quiera colaborar en esta obra de redención?… ¡Oh, qué terrible tristeza para quien, como yo, tiene hecho el sacrificio de su vida, ver que los demás no quieren hacer el de unas cuantas despreciables pesetas!…

Y exaltadamente, quemando con su aliento fétido la cara de su interlocutor, expuso el plan terrible. El régimen, herido en la persona de su más alto representante, España, libre y feliz, la democracia triunfando. Invitó a Prego a considerar el espectáculo de una larga hilera de frailes y monjas marchando hacia las fronteras, diligentes y numerosos como hormigas que huyesen de su hormiguero inundado…

Las catedrales convertidas en escuelas, el pan libre, disuelta la Guardia Civil y un Gobierno de amor y de concordia asentándose sobre estas sólidas bases.

El periodista reflexionaba sombríamente.

—¿Cuánto dinero necesita usted?

Poca cosa. Con mil pesetas, el más rotundo de los éxitos estaba asegurado. Prego gimió, invadido por el desaliento:

—¡Mil pesetas!… Es una enorme cantidad… Nunca podríamos encontrar mil pesetas.

Sepultó su rostro entre las manos para meditar. Inclinado sobre él, como un rubio y gordo Satán que tentase su alma, el hombre de Matusinhos fue rebajando poco a poco la cifra. Quizá con seiscientas pesetas… Acaso con quinientas… Apurando mucho, con trescientas cincuenta… Tendría que hacerse un traje, que vivir en Madrid unos días o unas semanas, mientras la ocasión no llegase. Sin alzar la cabeza, como quien aventura una loca esperanza, preguntó el periodista:

—Cuarenta duros… ¿podrían bastar?

Los brazos del portugués cayeron melancólicamente a lo largo del cuerpo y se abatió su abultada frente. ¡Pchs!…Cuarenta duros…, poco dinero…

—¡En fin! —suspiró—. Mi suerte está ya decidida… Pensaba suicidarme después… De esta manera no hará falta… Me moriré de hambre… Sólo deseo que mis fuerzas duren lo bastante para poder apretar el gatillo…

Prego ofreció entonces, como quien acaba de resolverse a algo heroico:

—Cuente usted con los cuarenta duros. Se los daré yo.

Brillaban sus ojos. El fugitivo le abrazó fuertemente, con una alegría reveladora de un monstruoso amor por la causa. Desparramó sobre Prego una lluvia de encomios; después, como para premiar su buena acción, le hizo el regalo de una confidencia importantísima:

—Es preciso que usted conozca todo el alcance de nuestra obra… Jamás se habrá hecho una extirpación tan radical de la tiranía…

Se alzó, hizo jugar los ojos terriblemente bajo sus peludas cejas movibles. Y como sus dedos tropezasen con el cadáver del gato, crispáronse sobre él y lo suspendieron en el vacío.

—Morirá la fiera —dijo, con una significación que estremeció a Prego—; pero morirán también sus cachorros.

El periodista se opuso. No; los cachorros, no. Él era padre. Precisamente aquel dinero que había de entregar al conspirador estaba destinado a llevar salud a su hijo. Él suplicaba respeto para la tierna vida de las criaturas. El portugués, visiblemente disgustado por aquel sentimentalismo, dejó caer el cuerpo del gato.

No estaba conforme. Su procedimiento alejaba todo peligro para lo futuro. Al fin, se allanó a respetar la vida de las mujeres. Pero los infantes… Volvió a interceder el

periodista. Su cómplice rogó:

—Siquiera el primogénito…

¡Ni una gota, ni una gota de sangre inocente!

Resignóse el conspirador. Estrecháronse las manos. Y aquella noche, mientras deshacía para acostarse el lazo de su corbata de luto, Prego pensó que bien pronto podría sustituirla por otra de más vivos colores. Besó a su hijo y suspiró, metiéndose en la cama, al pensar que a costa de los glóbulos rojos de aquella escuálida criatura se estaba preparando un porvenir de libertad para la patria.

Dos días después de la marcha del luso, que desapareció con el sigilo que convenía a sus trágicas intenciones, Sergio contó, al llegar al periódico, arrojando sobre la mesa unas cuartillas de notas:

—Hoy traigo una noticia interesante para Prego. La Policía está buscando a su amigo.

Prego se puso un poco más verde.

—¿Al portugués?

Sergio rio. ¿Portugués?… El hombre de las barbas era de Tuy y se llamaba Cadaval. Había trabajado en Vigo como vigilante de Consumos y estaba reclamado por un delito de abusos deshonestos.

—Parece que es de todo cuidado el señor…

Prego calló. Inclinóse sobre las cuartillas y continuó escribiendo:

«Telegrafían de Salónica…»

XIX

Inesperadamente le vio pasar montado en el caballejo peludo, con los pies casi llegando a las losas, seco y desgarbado, luciendo la chaqueta de pana que no salía del arcón más que los días dominicales o para acompañar a su dueño en las excursiones a la ciudad. Abelenda quedó un instante inmovilizado por la emoción. Luego diose a correr tras él gritando:

—¡Chinto!… ¡Eh, Chinto!…

El servidor detuvo, al fin, su cabalgadura; hizo un aspaviento de asombro y se apeó, alzando levemente el ala de su fieltro:

—¿Y luego, señorito?

Miráronse largamente, con júbilo:

—¿Cómo están en la Gándara?

Bien. Estaban bien. Chinto había venido a hacer unas compras. Detalló con minuciosidad el contenido de los paquetes sujetos a la albarda. Sergio miró al caballo con ternura y acarició su pescuezo oculto bajo la larga crin negra. Tuvo placer en llamarle por el nombre que la bestia llevaba, impuesto por admiración de Chinto hacia el bandolero de Grañas del Sor.

—¡*Mamed!*… ¡Oooh, *Mamed!*

Y todo suspirante de añoranzas, inquirió:

—¿Y… por allá, Chinto?

Por allá…, nada. Chinto comenzó afirmando que no pasaba nada. Después, poco a poco, con la cautelosa mesura del paisano gallego, se decidió a verter en los ávidos oídos del joven unas cuantas noticias. Exuperio había brotado ya del inagotable vientre de la Poupariña. Los castaños estaban enfermos de una plaga incombatible, muchos con la hoja amarilla, como si fuese en otoño, ¡una pena!… Doña María de Solís «*llevaría el ramo*» en la fiesta de la patrona de la Gándara. Había hecho donación de un altar nuevo, y todas sus alhajas lucían ahora sobre la imagen de la Virgen, en la iglesia parroquial. Iba para santa doña María de Solís. Con lluvia o con viento, todas las mañanas marchaba a pie por las corredoiras hasta el lejano templo para oír misa con una devoción edificante.

Desde que entraba hasta que, un buen rato después de terminado el oficio, volvía a su hogar, permanecía arrodillada sobre las duras losas, cubierta de luto, rezando con un fervor que conmovía. Una vez desmayóse en la iglesia. Había hecho construir un oratorio en su casa, y se ofreciera a ir andando a visitar a la Virgen milagrosa de Pastoriza para llevarle un niño de cera del tamaño de su hijo Juan. De la piedad de doña María se hablaba dos leguas más allá de la gándara. Por las tardes, cuando bajo la bóveda de los olmos paseaba el enfermito del mal de Pott, entablillado en su coche, la madre infeliz iba detrás orando siempre, con su rosario entre los dedos sin sangre;

con su rostro de Dolorosa, sin ver, sin oír los saludos, mentalmente arrodillada ante Dios, tendidos sus brazos, toda su alma prosternada en una constante súplica de misericordia para los dolientes hijos.

Pero Sergio apenas escuchó la ponderación de los cristianos méritos de la infortunada. Preguntó, extrañándose él mismo de advertirse lleno de cordial interés hacia la causante de sus tribulaciones:

—¿Y Rafaela?

—Va yendo.

—¿Y *Miñoca?* ¿Y el señor cura de Santa María?

—Van yendo también.

Todos «*iban yendo*»: los criados, las vacas, los de la Cruz del Souto, el camelio del jardín, los albaricoques de la huerta… En aquel modismo galiciano que es respuesta grata y preferida porque nada dice y compromete, Chinto abarcó a todos los seres de la Gándara. Tras un silencio, el joven se decidió a indagar:

—Y mi madre…, ¿habla de mí?

—Hablará —evadió el campesino—. Conmigo no habla.

Sergio suspiró. Hubo otro silencio. Después el aldeano aventuró su parecer de que el mozo no estaba tan grueso como antes, ni tenía aquel color. Abelenda apresuróse a afirmar:

—Pues estoy muy fuerte. No se te ocurra decirles…

Volvió a acariciar melancólicamente el cuello de *Mamed* y enredó con sus crines de potro cosaco venido a menos. Chinto despidióse porque las sombras se avecinaban. Montó. Cuando iba a partir, Sergio tuvo una idea repentina. Sacó fanfarronamente la única peseta que llevaba y se la entregó:

—Toma, para que bebas en la taberna de *Miñoca*.

Pensó que acaso Chinto lo contaría y que era esta una suave y elocuente manera de afirmar su triunfo, su medro, su conquista de vivir, ante aquellos que le habían tan fácilmente o con tanto rigor abandonado. Vio cómo *Mamed* emprendía un trote dificultoso, y, a medida que se alejaban el hombre y la bestia, sintió él crecer la añoranza en su espíritu.

Cuando dejó de ver los suspiró y echó a andar lentamente.

Más que nunca se advirtió en aquellos instantes abandonado y solo, y como nunca le fue hostil la ciudad y las gentes. Anochecía, y la larga calle de San Andrés, la de mayor tráfico, estaba en esa hora de máxima animación en que a los grupos de paseantes se suman los grupos de obreros que salen del trabajo y los de modistas alegres, y en que los carros pasan con prisa, retumbando sobre los adoquines, vacíos ya, con una trepidación que hace saltar incesantemente el guía en pie sobre las tablas, como el conductor de un carro de combate.

En una acera y en otra, el río humano iba y venía. Apenas lograba hacerse oír,

entre el estrépito, la campana de San Andrés que tocaba al *Ángelus*. Ante la iglesia, un enjambre de niños chillaban como golondrinas y corrían entre la luz azul que ya llenaba la tarde. Desde los bancos de piedra unos mendigos harapientos los miraban correr, indiferentes. Poco a poco, el crepúsculo se hizo más azul. Desembocó un tranvía, iluminado ya, como una carroza de mascarada. Fueron encendiéndose perezosamente los faroles, casi ocultos por las acacias de bola. Y de acera a acera, como en una batalla, los escaparates fulminaron los reflejos de su luz.

Abelenda sentía un afán de ternura. Como un lazarillo a un ciego, su corazón íbalo guiando hacia la casa de Volvoreta. Todo el sentimentalismo de aquella hora de nostalgia concretóse en torno de Federica y la nimbó. ¡Dulce Federica!… ¡Cómo fue para el joven un blando sedante el recuerdo de tu tibio regazo y de tus cándidos ojos y de los frescos colores de tu cara de niña hecha prematuramente mujer!… Ahora no le esperaría ya; jamás había ido tan tarde. Junto a ella, sentados cerca de la ventana, a oscuras aún el gabinetito, Sergio cogería las manos de la novia y murmuraría con voz de emoción:

—¿Sabes a quién he visto?… He visto a *Mamed*.

Y evocarían. Volvoreta quería bien a *Mamed*, con el cariño de las aldeanas hacia las bestias. Sergio la oiría contar nuevamente aquel episodio de la blusa que medio le había comido *Mamed* con la indiferente voracidad de los caballejos galicianos, cuyos estómagos tienen un eclecticismo generoso para todas las sustancias, aun para aquellas de las que nunca se soñó que pudieran sufrir la acción de los jugos gástricos: papeles, cerdas, tojo, zapatos viejos, hasta cascos de botella, según afirmaba Rodeiro, conmovido por esta superioridad del caballo de Galicia sobre sus congéneres de las demás partes del mundo.

Llegó Abelenda ante la casa. Estaban cerrados los balcones. Subió. Tardaron un instante en contestar a su aldabonazo. Al fin, la anciana tía de Volvoreta abrió.

—Buenas noches, señora.

La vieja le detuvo.

—No me gusta que venga a esta hora, Sergio. Se lo he dicho ya. Los vecinos ven y murmuran.

Sergio sonrió amablemente.

—Por una sola vez…

—No, ni por una sola vez. Ya es de noche. No quiero andar en lenguas de nadie. Si no se marcha ahora, no le dejaré entrar ni aun por el día.

Abelenda se admiró del rigor de la amenaza. La puerta estaba entreabierta nada más y la anciana la retenía, evidentemente dispuesta a impedir que entrase. Sergio fingió acceder.

—Por lo menos, avise a Federica de que estoy aquí.

La vieja gruñó malhumorada:

—Federica no está. Váyase.

Empujó contra él las tablas de pino.

Bruscamente, Sergio sintió como un golpe en el corazón. Extendió su brazo por la abertura hacia el interior de la casa, y gritó, ceñudo:

—¡Ese sombrero!… ¿De quien es?

Acababa de ver, colgado de la percha, frente a él, en el pasillo angosto, un sombrero de varón. Sin responder, la anciana empujó desesperadamente la puerta, ahincando todo su cuerpo con una contracción que llenaba su rostro de arrugas. El joven forcejeó también, lleno de una rabia silenciosa. Entró. La mujer abalanzóse a él para sujetarle. Cerróse la puerta con gran ruido. Abelenda se apoderó del sombrero, nerviosamente, temblando, como ante un drama terrible, y corrió al comedor. En la alcoba de Volvoreta había luz. Sergio intentó entrar; pero la puerta estaba cerrada.

Gritó a la mujer, que le había seguido llena de espanto:

—¡Llame usted a Volvoreta, llámela usted!

Y, sin esperar a que le obedeciese, dio dos terribles patadas en las vidrieras.

—¡Llámela usted!

Dio otra patada, que estuvo a punto de hacer saltar los cristales.

Entonces oyéronse pasos en la alcoba. Una mano hizo girar la llave. Sergio plantóse ante la puerta, blandiendo el sombrero hongo, apretados los dientes, pálido, enardecido, clavado su mirar en los cristales esmerilados que transparentaban la luz tenue y rosada del dormitorio.

Y bañado en aquella luz rosada y tenue, tranquilo, sonriente, en mangas de camisa, balanceándose tras él los sueltos tirantes, apareció ante el joven el señor Acevedo. Como si se hubiese empapado en la luminosidad de la alcoba, su calva estaba enrojecida; de las orejas parecía brotar la sangre. Pero la idea de la agitación que simulaba delatar este bermejo tono de la cabeza del banquero era disipada por la serenidad de su sonrisa, un poco burlona… Sergio, inmovilizado por la sorpresa, permaneció con el hongo revelador en el aire, en actitud de quien va a cazar una mariposa. La sonrisa del banquero se llenó de bondad.

—Siéntese, joven.

Se sentó él mismo, cabalgando una pierna.

—¿Qué le ocurre a usted?

Sin reponerse aún del asombro, Sergio pudo encontrar un ademán lleno de un desdén en el que bullía la cólera.

—Nada tengo que hablar con usted. A Federica es a quien necesito ver ahora mismo.

El banquero repuso con su más dulce voz:

—Federica sentirá mucho no poder salir de su cuarto, mi joven amigo.

—¿Es que lo va a impedir usted? —indagó, retadoramente, el despechado.

—No. Es que está en cama.

Abelenda dio un paso hacia él, con lumbre en los ojos. Extendió una mano airada, indicando el pasillo y gritó:

—¡Salga usted de esta casa!

El banquero rio sabrosamente, con el mismo sosegado regocijo de quien en su butaca del teatro oye un chiste feliz.

—¡Es curioso! —comentó—. Durante un mes le he dejado visitar a Federica, se ha sentado usted en mi diván, me ha arañado la mesa del comedor para grabar sus iniciales, me ha roto la lámpara de la mesa de noche y el travesaño de una silla, y en nuestro primer encuentro, cuando usted me debía dar rendidamente las gracias, quiere arrojarme de una casa que es mía, porque la pago yo. ¡Juventud, juventud!… En fin, querido, yo le perdono todo esto de buena gana; pero hágame el favor de dejar mi sombrero, en el que ya advierto desde aquí una dolorosa abolladura.

Abelenda, afrentado y lívido, aulló:

—¡Es usted un miserable, y ella, una mujerzuela sin decoro!… Pero yo me vengaré de los dos.

Arrojó con furia el sombrero contra el aparador, derribando las copas, y se lanzó contra su rival. Acevedo se puso en pie bruscamente y apresó con su fuerte mano la del agresor. Luego, sin abandonar su tono de extremada finura, que la camisa desabrochada y los caídos tirantes subrayaban con fuerza cómica, aconsejó paternalmente:

—Querido joven, ha dado usted sus buenas tres patadas contra la puerta de la alcoba, abolló mi sombrero y hasta me parece que consiguió romper la vajilla. Basta ya. Debe usted estar satisfecho de sí mismo. Por otra parte, como los espectáculos heroicos muy prolongados me impresionan y despiertan mi emulación, le ruego que elija rápidamente entre marcharse por la puerta o salir por la ventana… ¿Me oye?

Le arrastró hasta el pasillo. Su mano era una tenaza sobre la muñeca de Sergio, y tanta era la energía de su presión, que ya en los peldaños, después de cerrada la puerta tras el joven, sintió éste en sus ojos lágrimas de dolor físico y de rabia, de humillación y de vencimiento. Lloró en la oscuridad de la escalera. ¡Oh… si tuviese un arma!… Por placer de apuñalar el cuerpo de los traidores daría su propio vivir… Frente a la casa juró, con llanto de ira en el rostro:

—¡He de vengarme! ¡He de vengarme!… ¡Habéis de acordaros de mí!

Anduvo por las calles oscuras para evitar que las gentes advirtiesen su agitación y sus ojos enrojecidos. El ansia rencorosa le dominaba. En aquel momento, más que el abandono de Volvoreta, dolía la burla glacial de Acevedo, su tono de irónica finura, aquella consciencia de superioridad con que le había abrumado. ¡Y aquel sutil rasgo de desdén que le aconsejó presentarse con los tirantes caídos!… ¡Oh, los tirantes caídos del señor Acevedo!… No podría olvidarlos ya nunca, aunque viviese una

eternidad, aunque en lo sucesivo todo fuese dicha en su existencia. Comprendía que el recuerdo de los tirantes balanceándose tras las piernas de su rival serían como un fantasma de oprobio perenne en su memoria.

Se detuvo un instante, vacilando, porque se le había ocurrido la idea de esperar al banquero y agredirle. Pero desistió al evocar el tipo alto, fuerte, musculoso, de su burlador. Tuvo de pronto una inspiración luminosa. Casi saltó de alegría al advertirla brotar en él, seguramente urdida por los diablillos de la venganza. ¿No tenía en sus manos el más clamoroso medio de devolver el mal, centuplicado? Haría en *El Avance* un terrible artículo contando los devaneos del monstruo. Vertería toda su hiel, acumularía en torno del asunto tantos detalles protervos que sería el escándalo de toda la ciudad.

Súbitamente se le ofreció el título: «Las hazañas de un sátiro». Añadiría otros subepígrafes: «Doncella secuestrada. La complicidad de una bruja…» Veía ya en su imaginación la primera plana de *El Avance* con estas líneas en las grandes letras del tipo reservado para lo sensacional. Veía también al banquero arrastrado a la ruina, sin reputación, perseguido por el desprecio de la gente…

Pero se le ocurrió que acaso Rosales no quisiera… Meditó, calculó… Al fin, decidióse astutamente a deslizar en la sección de sucesos la noticia de que «Un conocido banquero, cuyas iniciales eran J. A. Y una joven con la que hacía vida marital, habían promovido un escándalo…» Esto le pareció ya de una habilidad refinada. El pueblo se enteraría lo mismo; la familia de Acevedo también… ¡Su familia!… ¡La vieja beata de los dientes postizos, la niña cursi de los pechos blandos!… ¡A todos ellos debía humillaciones y rencor!

Y… esta sí que era la más cabal venganza: llevar la guerra a su hogar, referir a su esposa todo lo ocurrido, encender la hoguera de los celos… Era un arma de doble juego, con la que hería de un golpe dos enemigos. Visitaría a la mujer antes que el banquero regresase. Espoleado por la maligna idea, corrió, más que anduvo, hacia la casa de su rival. Reía y pronunciaba en voz alta frases conminatorias. Preguntó en la puerta:

—¿Está el señor Acevedo?

No estaba.

—¿Y la señora?

Le invitaron a pasar. Lleváronle al comedor, que ya conocía.

—Haga el favor de esperar un instante.

Esperó en pie, nerviosamente, palpitándole con fuerza el corazón. Vio sobre la albura del mantel la fina vajilla, ya dispuesta, y pensó, lleno de gozo, que quizá aquella noche no se cenaría en la casa.

Oyó pasos en el corredor; volvióse bruscamente. Era Luisa. La joven le dirigió apenas su habitual mirada de indiferencia; fue hacia el costurero; revolvió después en

el cajón de una mesita, de espaldas a él. Sergio sentía hervir la sangre; torturaba sus manos, con una amarga sonrisa de victoria. No pudo contenerse. Habló, subrayando todas sus frases:

—No me saluda usted porque me cree el novio de su criada.

Ella se volvió a mirarle, sorprendida, con sus grandes ojos oscuros llenos de altivez, soberbiamente hermosa, más morena la piel del escote en el contraste con la nítida blusa.

El joven sucumbió al deseo de humillar aquella belleza. Agregó:

—Pero se equivoca, señorita: ahora el novio de su criada es su padre de usted.

Luisa se irguió, coloreado bruscamente el rostro. Sergio avanzó hacia ella, implacable, encendidos los ojos:

—¡Su padre de usted!… Le ha puesto un cuarto a Federica en la calle del Inferniño, en el número doce…

Luisa gritó, llena de vergüenza y de miedo:

—¡Mamá!…

—¡Llámela usted; he venido a decírselo!…

—¡Mamá!

Ahora se había puesto pálida, y su voz tenía un velo de emoción. La señora de Acevedo entró apresuradamente:

—¿Qué ocurre?

Abelenda repitió, enardecido:

—¡Ocurre que su esposo es el amante de su antigua criada; ocurre que la tiene sostenida en la calle del Inferniño, en el doce!… Puede usted ir… ¡Yo le he dejado allí hace un instante!…

Estaba rojo de cólera; hablaba con voz roncamente contenida, a borbotones, jadeando:

—¡Puede usted ir! ¡Hace un mes! ¡Él la hizo salir de esta casa!… ¡Se han estado burlando de usted y de mí!… ¡Ya lo sabe!

Los ojos aterrados de la mujer iban de su hija a Sergio y de Sergio a su hija.

—¿Qué insolencia es ésa? ¡Salga usted!…

El joven insistió gritando:

—¡Es verdad! ¡Es verdad!… ¡Los he visto yo; los pueden sorprender ustedes si se dan prisa! ¡Con la criada!… ¡Es el novio de la criada!…

La señora alzó sus manos, traspasada de horror, gemebunda:

—¿Qué dice este hombre, Luisa; qué dice este hombre?

Pero Luisa, más grave, más pálida que nunca, se limitó a hacer sonar un timbre. Acudió un servidor. La hija del banquero extendió un poco teatralmente su índice para indicar a Sergio:

—¡Échelo usted a la calle!

El joven se resistió; pero las manos vigorosas del hombre lo levantaron casi en vilo. Entonces, a medida que se iba viendo alejado del comedor, diose a vociferar, cada vez con más energía:

—¡En la calle del Inferniño, en el número doce!…

Era como si desease dejar bien grabado en la memoria de ambas mujeres el lugar del nefando delito. Hacíase arrastrar por el mozo; luego pataleó. Lastimado en las canillas, el hombre blasfemó en voz baja y le dio disimuladamente un puñetazo en el estómago. Esto obligó a Sergio a atenuar sus berridos; pero siguió más lastimosamente, sosteniendo:

—¡En el Inferniño!… ¡En el doce!… ¡En el Inferniño!

Y ya en la escalera, se sentó, heroicamente decidido a seguir gritando las señas de la casa hasta enronquecer. Pero oyó abrir la puerta y echó a correr por los escalones, temeroso de los puños del fámulo. El fámulo, no obstante, limitóse a arrojar el sombrero del joven, que había quedado en el pasillo. Sergio lo sintió caer blandamente a su lado; lo limpió con un codo y se marchó…

XX

Hizo a Muñiz la confidencia de su desgracia una noche en que volvió a ver a Volvoreta presenciando una función desde una butaca de anfiteatro. Él había subido buscando un seguro rincón desde donde contemplarla a su antojo sin que le sorprendiesen.

Con Federica estaba la vieja aborrecible. ¡Tan galana la moza! En sus orejas había unas chispitas de luz que sustituían los largos pendientes de amatistas regalados por Sergio, unas maravillosas amatistas de dos centímetros, que colgaban en péndulo y que le habían costado tres reales. Volvoreta reía a veces con una sencilla felicidad. Buscó el enamorado al banquero con mirada de odio y no lo vio. Acaso aquel día se habría marchado a la aldea, adonde poco después de la terrible escena en su casa se había ido su familia, según la costumbre anual. Sergio se advirtió invadido de melancolía; reabrióse y sangró la reciente herida del engaño. Luego, en el diván de *El Avance*, hizo a *Juan del Lirio* la confesión de todo su drama.

El compañero le animó con algunas sabias máximas de su experiencia:

—El ramo de criadas —dijo— tiene, en efecto, procederes indelicados. Ha hecho usted mal en confiar. Carece usted de experiencia, y me causaría satisfacción que mi ejemplo pudiese ser provechoso para usted. De todas maneras, lo que a usted le ocurre no tiene interés.

Suspiró y pasó la mano por sus cabellos.

—Dramas, los que yo vivo, compañero. No puede usted ni soñar. ¡Si yo quisiera escribir novelas!…

Adoptó a su vez el tono confidencial.

—¿Sabe por qué no vine anoche al periódico?… ¿Recuerda usted aquella mujer que fue al baile conmigo?

Sergio indagó, después de explorar en su memoria:

—¿Aquella tan gruesa?

Muñiz vaciló antes de afirmar. Sí…, un poco gruesa…, pero tenía las carnes como el mármol.

—Ya le dije que yo tengo desgracia de tropezar siempre con histéricas. Anoche me recibió a oscuras, envuelta en una túnica blanca, con la melena suelta. Entraba la luna por los cristales de la galería y ella me esperaba en aquel raudal de luz. Quiso que yo le recitase unos versos que le he dedicado, y ella fue, ínterin yo declamaba, tocando levemente en el piano el «Sueño» de *Manon*. La poesía es estupenda. Voy a decirle a usted…

Y a media voz repitió las estrofas. Hablaban de una noche de verano. El poeta había salido a recorrer por los montes, porque se le había incendiado en lujuria toda la sangre. Por fin encontraba una fuente; pero a su alrededor había siete ninfas que

resultaban ser los siete pecados capitales. El desdichado seguía abrasándose y trotando por valles y colinas. De pronto sonaba una música: era la música de las esferas celestes, verdaderamente inefable, entre la que se distinguía el arpa de la Luna. Todos los astros expresaban de este modo su condolencia por la satiriasis que aquejaba al poeta, y le decían: «¡Amor!», «¡Amor!». Él gritaba también desesperado: «¡Amor!», y la fuente suspiraba así mismo, excitada por aquel espectáculo. Se advertía después que temblaba la tierra «como una amada ardiente», y un fantasma envuelto en gasas corría a los brazos del vate. ¿Era un rayo de luna? ¿Era su novia?… El poeta no lo sabía. En aquel instante todo le era igual. Los instrumentos siderales terminaban acometiendo un *fortissimo*, y el escritor agradecía el interés que demostraba por sus ansias carnales.

—Cuando terminé, los dos teníamos los ojos llenos de lágrimas. Después, entre mis brazos, ella tuvo una de esas crisis de histerismo. «¡Llámame Filis, llámame Filis!», decía. Y yo: «¡Mi Filis divina, mi Filisiña adorada!…» De pronto se queda rígida, pone en blanco los ojos y comienza a debatirse en un ataque y a gritar. Figúrese usted el tremendo conflicto, porque tiene alquilada una habitación a un empleado de Aduanas, que podía acudir a sorprendemos. No pude salir hasta el amanecer.

Hizo un gesto de profunda amargura.

—Estas escenas acaban conmigo. Tengo el corazón destrozado: los nervios, rotos; sé que mi vida será corta; pero la habré consumido en amar.

Rodeiro interrumpió el diálogo con un saludo:

—Buenas noches a todos. Y denme el pésame.

En el despacho del director suspendióse la charla.

—¿Qué le ocurre entonces a don Amaro?

Lo peor, lo peor que ocurrirle podía. Aquella mañana habían llegado las órdenes de ascenso y estaba trasladado a Segovia. Con la categoría a que ahora se elevaba ya no podría nunca, hasta alcanzar el retiro, desempeñar sus funciones en la provincia. Su dolor era grande.

—Estuve a punto de renunciar a todo…

Intentaron consolarle; pero él se obstinó en sus lamentos. Fuera de Galicia viviría en una eterna nostalgia. Él no se sentía hermano de un rudo aragonés, de un frívolo andaluz, de un castellano seco y rígido. En otras razas, como eran otras las tierras en que vivían, sin la dulzura, sin el tierno encanto de las tierras galicianas; países en los que se creía que el gallego es un eslabón entre el hombre y las bestias; que vive en la inmundicia y en la sordidez; que habla una jerigonza en la que la *o* es cambiada en *u*; que es incapaz de toda delicadeza… ¡Dulcísimo idioma de la poetisa del Sar y del enamorado Macías, en que el amor tiene una cuna de palabras mimosas y blandas como el plumón de un ave!

En el enternecimiento de su espíritu. Sergio escuchaba las frases de su protector, refiriéndolas a su obsesión penosa. Se preguntaba en qué otra lengua podría hallarse un nombre tan suave, tan bien timbrado, tan justo para representar la mariposa —con la fragilidad de sus alas bonitas, con el ir y venir ocioso de su vuelo juguetón, vacilante—, tan grato para ser dicho, que tanto se hincase en el alma y se fijase en la memoria como el amado nombre de *volvoreta*. Repitió la palabra una vez y otra vez, saboreándola. Sintió entonces en el corazón como un ansia de ser poeta, para rimarla, para poderla engarzar en otras muy tiernas, henchidas de saudade, de agarimos, de dulce y tembladora emoción. Hacer un collar de inmateriales palabras y ceñirlo a aquella alma que un vuelo juguetón trajo hasta él y otro vuelo juguetón había llevado. ¡Volvoreta, Volvoreta!

Amaro recordaba entonces unos versos de Pondal, quejumbrosos y solitarios y sencillos, como el *alalá* de un mozo en un anochecer:

San Pedro de Brandor
n'a pobre terra de Xallas;
¡cánto fai que non te vin!

Y Sergio pensó en la gándara y se llenaron sus ojos de llanto. «¡Cuánto tiempo hace que no te veo, amada tierra de la Gándara! —meditó—. ¡Cuánto tiempo hace!… Y la nostálgica marea creció en él: su espíritu se aromó con el aroma bravo del bosque donde él creyó a veces ir a encontrar el lobo de los cuentos, y con el aroma que traían los aires del mar y con el aroma del tojo quemado en los hogares; se arrodilló ante el recuerdo del pinar rumoso, siempre en verdor, y de las tardes en que las casas enrojecían bajo el beso del sol, y de los días en que la niebla guardaba en algodones el campo, y de aquella lluvia sugeridora que invitaba a sentarse en un rincón de la galería y a soñar, hablando en pereza.

Él quería vivir siempre allí; tener un caballo que le pasease bajo los toldos de zarzas de las corredoiras, y una lancha en que acunar su melancolía en el quieto mar, cerca del romántico rincón en que se alzaban las ruinas del castillo poblado por él con los fantasmas de lo héroes de *El lago de Limia* y de *Los hidalgos de Monforte*. Y que cuando en el atrio de la iglesia su cuerpo hallase una tumba, los señores de la Gándara que tuviesen asiento en el presbiterio dijesen al salir de la misa:

—Ved dónde yace un amador desgraciado que no pudo nunca olvidar.

Alguien preguntó:

—¿Cuándo marcha, Rodeiro?

—Dentro de un mes.

Abelenda decidió marchar también. Regresaría a la gándara, después de escribir a Volvoreta una carta rebosante de amargura, en la que la culpase de haber destrozado

para siempre su alegría. Pensó súbitamente que quizá su madre se negase a recibirle. Se vio forzado a deducir que no le quedaba otro camino que el de América; iría a América a morir sin ambiciones, sin cariños, encerrado en una fiera misantropía. Durante toda la noche contempló ceñudamente su porvenir. Hizo en una cuartilla el borrador de la carta a la ingrata, rebosando lirismo; pero se acordó de la incomprensión en que habían quedado las otras epístolas, y desistió de enviarla. Rompió el papel lentamente y aventó sus trozos.

—Soy —decidió— el más desventurado de los hombres.

Y la seguridad de esta supremacía le hizo quedarse más satisfecho de sí mismo.

XXI

Amaro Rodeiro no tuvo que insistir para convencimiento del mozo. Le había dicho con voz grave, con cierta tristeza en la ancha faz bondadosa:

—Es preciso que vuelvas. Se acabó la aventura. Tu madre conviene en que no se hable jamás de lo ocurrido. Cree la pobre que estos meses de vida fuera de su amparo te han servido de lección. Ahora quedarías abandonado en la ciudad. Mi ascenso me obliga a partir. ¡Otra vez a Castilla!

Había suspirado melancólicamente. Añadió:

—Esta tarde marcharemos en mi tílburi.

Y Sergio calló, también melancólico.

Partieron. Fue como una caminata hacia la paz. Cuando la copa de un árbol ocultó la última pared blanca y el más saliente tejado rojo del pueblo, llegó el blando sosiego campesino hasta el último rincón de sus ánimos. Atrás quedaban las preocupaciones ciudadanas, dispersas como tropel de brujas sorprendidas con el canto del gallo o por la aparición del ofuscante sol a la mitad de su aquelarre.

Sergio iba sintiendo poco a poco penetrar en él la suave paz campesina y levantarse evocadores mil recuerdos sutiles, como si volviese de un largo destierro. Callaba, mirándolo todo con avidez. En el polvo de la carretera, las rodadas le parecían como la indicación bondadosa que en los cuentos de los niños guía a los personajes hacia la hospitalaria casita del bosque o hacia el palacio extraño donde un buen rey de barbas blancas pide la solución de tres enigmas como precio fijado a una breve mano de princesa.

Al pasar el coche, saludaba un campesino o miraba, curiosa, una mujercilla jineta en un caballejo de piel oscura, de larga crin. Todo era quietud veraniega; hasta en el cansado rodar del coche parecía sentirse el mandato imperativo de la calma. Humeaba una casita junto al charco de una represa, y un álamo negro, torcido, parecía ir a caer para formar puente sobre el terso cristal. Y en un recodo se mostró de pronto la ría, plana, inmóvil, en el verde vaso de los montes que la rodeaban; y en medio de un intenso azul, robado al cielo, la mancha sepia de una dorna, y en la dorna la motita roja de un pañuelo de mujer, que volvía acaso de mariscar en los bajos arenosos que descubría el reflujo.

La amargura de su desengaño tuvo aún un aleteo en el alma juvenil al divisar los grandes olmos de la carretera de la Gándara. Pero el mismo paisaje amigo le devolvía la paz. Deseó fundirse en él. ¡Sentirse árbol, sentirse mata, sentirse hierbecilla!… ¡Dios mío, si pudiese contar todo lo que dice al alma el enorme silencio de la tarde aldeana!… ¿Quién lo narró jamás? ¿Imagináis el contraste de la verdad con el artificio del poeta que busca palabras, del pintor que elige colores? ¿No habéis advertido muchas veces esta sugestión del campo, esta enérgica reclamación que hace

de vuestra alma, de vuestro cuerpo mismo? Llegáis; habéis saltado del automóvil o del coche; tenéis en lo íntimo cierta sensación de hombre que está descentrado, fuera del medio; que condesciende a pisar el barro de los caminos estrechos y a escuchar la infantil charla aldeana; entráis como un ateo cortés en un templo. Y poco a poco, el recogimiento, la grave quietud, penetra en el alma como una suave admonición y corre por vuestro espíritu como si hallase abierto en él un viejo cauce. ¿Qué eres tú, voz aldeana; qué eres tú, que tienes tan aguda angustia en tu paz?

Y la voz habla lentamente, y el alma la oye con un íntimo amargor, como una mujer que llorase al saber la pena de un amador desdeñado.

Eres la verdad. Eres el aldeano ignorante, que no siente el ansia ponzoñosa del saber; que siembra y recoge; que al sembrar piensa que el desamor ajeno no puede estorbar el crecimiento de la planta nueva; que al recoger tiene el alto orgullo de su obra. Eres la mujer sencilla que no sabe engañar. Eres la ley sabia y la ley fuerte de la Naturaleza. Y en ti es santa la ignorancia del hombre, y en ti es santa siempre la caricia del amor, por ser de amor, y en la fuente donde bebió un sediento bebe otro sediento, feliz por hallar el agua fresca y rumorosa, sin el escrúpulo atormentante de que otro cariño descubrió antes el manantial y aplicó a él sus labios ansiosos.

Y la voz aldeana os dice: «Tú eres así también; tú debes ser así; las pobres ideas tuyas son como las plantas parásitas de mis campos, y ellas han podido ocultar la verdad.»

Y sentís entonces un punzante dolor, como si hubieseis negado a la madre humilde, a la madre buena, porque no fuesen de moda sus vestidos o fuese torpe su hablar. La vida debiera ser así; conocer tan solo los pequeños misterios, las pequeñas sensaciones del campo, sin torturas, sin retorcimientos del alma. Sentirse aldeano rudo. Mejor, sentirse alondra que canta, cuervo que pasa, mastín perezoso y atento a la vez. Mejor aún, sentirse árbol, mata, hierbecilla.

Ser primero semilla en el surco, en la grieta donde el azar la pusiese. Romper la tierra, subir. Ser alfombra blanda, ser sombra amparadora. Gustar el bien de soportar un niño; gustar la alegría de la lluvia y la caricia del sol. Y a veces, cuando el viento llegase del mar o bajase de las montañas, mover la copa poblada y cantar como cantan los árboles; sordamente, con un contenido placer de sanidad.

Y, al fin, un día, muchos días, ir muriendo, poquito a poquito, secándose una a una las hojas, haciéndose leñoso el tronco flexible; y morir así con la más bella muerte, sin saber de pasiones, sin saber de tristezas, sin saber del bien ni del mal. En un divino egoísmo; con un alma diminuta, extraña, que no conociese una traición, que no debiese una gratitud, que no hubiese soñado nunca con moverse del palmo de tierra del barranco o del cerro donde cayó una vez la semilla que trajo una ráfaga loca.

¡Si se pudiese borrar la vida y recomenzarla! ¡Si se pudiese elegir! ¡Si pudiéramos

matar el germen atormentante, venenoso, de la vida ciudadana!… Con qué tristeza se piensa que en todo el campo no hay tierra bastante para sepultar el maleficio del ambiente vivido, tan poderoso que una sola amargura suya entenebrece. Con qué devoción, con qué ansia extrahumana se recibiría la limosna de esta paz en que nos sentimos extraños.

¡Oh, ser árbol, ser roca, no saber, no querer, no importar nada, no tener un alma enloquecida siempre con uno, siempre en un monólogo de obsesión, de tormento!

Pero en el joven el ambiente amigo recuperó súbitamente su influjo. ¡Tanta ternura había en el olor de la brisa que llegaba del mar, atravesando el bosque de pinos!… Cuando abrazó a doña Rosa, grave, pálida, rompió a llorar. Luego, ante el severo retrato de su padre, entogado, solemne, tuvo la tentación de una reverencia.

Amaro cenó con ellos, para atenuar lo violento de las primeras horas. Después, acodado en la galería, mirando la negrura de la noche, esperó a que enganchasen el caballejo, que había de llevarle a su caserón. Isabel asomóse también. Callados, desvaída la atención en la sombra infinita, permanecieron así largo rato. Un fuerte aroma campesino crecía en la tibieza del aire encalmado. Débiles rumores llegaban alguna vez, acaso el zumbido de un insecto, acaso el rozar de las tiesas hojas del maíz contra el cuerpo del invisible perro vigilante que atravesaba la era… Muy lejos se oyó el chirrido de los carros que venían de las aldeas remotas a buscar la arena de la playa. Entornando los ojos, Isabel hacía llegar los destellos de algún astro de cambiante color hasta la misma tierra tenebrosa, claros y rectos como un haz de saetas milagrosas de suave luz.

En la casa de los Solís había una ventanilla iluminada: la del oratorio donde doña María, entre su servidumbre, guiaba con suspirante voz el santo rosario. Las cuentas de azabache eran invisibles sobre su negro traje; destacábanse en el marfil de las manos y volvían a fundirse con el triste luto. Ella, cerrados los ojos, pálida, esquelética, gemía las palabras de la oración, que el murmullo de voces le devolvía. Después, cuando los servidores marchaban, aún rezaba largamente ante el Cristo sangrante y trágico, cuya sombra hacía temblar en la pared la lamparita de aceite. Cada noche, doña María pronunciaba un nuevo voto de sufrimiento, de penitencia cruel, a cambio de la vida de sus hijos, más transparentes, más ahilados de mes en mes, cargados de amuletos ineficaces, tristes, serios…

Isabel dijo al fin en voz baja, como si temiese romper el encanto de la enorme quietud:

—¡Cuánta paz hay en la noche! ¡Parece que alrededor de nosotros todo ha desaparecido!

Rodeiro calló. Pasaron unos instantes.

—Isabel.

—¿Qué?

Pero Rodeiro tornó a enmudecer. La joven contempló nuevamente la estrella diminuta para prolongar sus hilos de luz. Otra vez, pero más mimosa, más cerca, más apagada, la voz varonil susurró:

—Sabeliña.

Y siguió todavía más próxima:

—Tengo que decirle que estoy enamorado de usted, que siempre estuve enamorado de usted…

Un silencio. La voz, más emocionada, casi temblorosa, agregó:

—Dentro de un mes marcharé; si quiere, antes de un mes nos despedimos los dos en la Gándara en la iglesia de Santa María…

Al dar las once el reloj, doña Rosa miró, soñolienta, la esfera:

—Ya son las once.

Sergio repitió con la misma entonación de escándalo de su madre:

—¡Ya son las once!…

En la estancia parecía haberse amortiguado la luz; había un suave sopor en el ambiente, en las personas, en las cosas. Se había oído correr en la puerta los pasadores de hierro, y después, las pisadas estrepitosas de los zuecos de Chinto, que regresaba, cumplido aquel su último deber de la jornada. Rafaela, antes de subir a su alcoba, había entrado en el comedor. Arrimada al quicio, con sus manos ocultas bajo el mandil, contemplaba a Sergio visiblemente, casi maternalmente complacida de su regreso. Chinto apareció también a recibir órdenes. Era preciso que acompañase a Rodeiro con su farol por entre los campos tenebrosos. Rafaela inquirió, viendo soliviantarse a Sergio en su silla:

—¿Tiene sueño ya?

—Sí, tengo sueño.

—*Allá* no se acostaría tan temprano.

—No.

Aventuró aún:

—Acaso a la una de la noche.

—Más tarde.

—A lo mejor, a las tres.

—Más.

Rafaela interrogó, asustada:

—¿Y qué harán a esas horas, señor?…

Explicó Chinto, con aire de hombre bien enterado, que habla a un ser de inferior cultura:

—Hacen esas cosas que ponen los papeles, mujer.

Sergio entró en su cuarto. En los vidrios del balcón, el fondo negro de la noche hacía espejo para su imagen. Desde fuera, aquella ventana iluminada tendría a lo lejos

un apacible encanto misterioso. ¡Oh, el grato hogar!… Desnudóse, se zambulló en el lecho, apagó la luz. Oyó el crujido de aquellas escaleras que tantas veces había subido, y que gemían ahora bajo el peso de la anciana criada. Y entonces volvió a pensar en Federica, pero sin rencor ni pasión, como algo muy distante ya. Pensó un minuto. El sueño envolvía en gasas su facultad evocadora. ¡La cama era tan blanda, tan amparadora la quietud, tan profundo el recogimiento de la noche!…

Y, casi vencido ya por el sopor, recordó con el mismo espanto de Rafaela aquellos hombres que a esa hora comenzarían su labor en *El Avance*, llenando cuartillas con «esas cosas» complicadas y absurdas que «se ponen» en los periódicos…



WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ (La Coruña, 1879-Madrid, 1964) fue un escritor español que cultivó en sus novelas, relatos y artículos periodísticos un humorismo cargado de crítica social. Se inició como periodista y obtuvo popularidad a través de una serie de crónicas parlamentarias tituladas Acotaciones de un oyente, que realizó para el diario madrileño *ABC* entre 1915 y 1934.

Sus primeras novelas se centran en la descripción de la vida provinciana gallega mediante un enfoque naturalista en el que no falta la nota melancólica. Entre ellas destacan *La procesión de los días* (1914) y *Volvoreta* (1917). Con *Ha entrado un ladrón* (1920) comienza a practicar un humorismo escéptico que será característico de creaciones posteriores como *El secreto de Barba Azul* (1923), *Relato inmoral* (1928), *El malvado Carabel* (1931) y *El hombre que compró un automóvil* (1932).

No obstante, su libro más ambicioso es *Las siete columnas* (1926), fantasía alegórica según cuya curiosa tesis el mundo sería atrapado por un mortal aburrimiento si no lo sostuvieran los siete pecados capitales, motores que impulsan las empresas humanas. En los años de gobierno republicano y durante la guerra civil española, el autor se decantó por la sátira política de inspiración conservadora, con títulos como *Aventuras del caballero Rogelio de Amaral* (1933), *Los trabajos del detective Ring* (1934) y *Una isla en el mar Rojo* (1939).

El gusto por una comicidad basada en la deformación de los hechos y orientada por una intención crítica es el rasgo más sobresaliente de Fernández Flórez, que abordó las ideas de progreso, liberalismo y democracia guiado por su visión pesimista

del mundo. Después de la guerra publicó *El bosque animado* (1943), novela en la que recuperó los escenarios rurales de su Galicia natal.

También son notables los relatos de *Las gafas del diablo* (1918) y *Visiones de neurastenia* (1924), donde su humor corrosivo brilla concentrado en los límites de la narración breve. Aunque su escritura rechazó todo tipo de experimentación, la ironía mordaz de su estilo posee una gran frescura. Ante el tono y el espíritu de nuestro autor, se ha hablado, por comparación, de la humana cordialidad de Dickens y de la ironía escéptica de Anatole France.

Notas

[1] Delfín. <<